74


La Carne de Tablado.
Escenas pintorescas de Madrid de noche.
Por Alvaro Retana.

LA CARNE DE TABLADO

ALVARO RETANA

R 55571

LA CARNE
DE
TABLADO

(ESCENAS PINTORESCAS DE MADRID DE NOCHE)

(NOVELA)

MADRID
IMPRENTA V: H. DE SANZ CALLEJA
CASA CENTRAL: MONTERA, 31.—TALLERES: RONDA DE ATOCHA, 23

Derechos reservados de reproducción y traducción.

Dedicatoria:

Para la gentil y aristocrática danzarina LUISA DE LERMA, la dorada muñeca que es orgullo del Varietés español:

EL AUTOR

OBRAS DEL AUTOR

Rosas de juventud. (Cuentos.) Agotada.
Al borde del pecado. (Novela.)

PRÓXIMAMENTE

El octavo pecado capital. (Novela.)
Los extravíos de Tony. (Novela.)
Ninfas y sátiros. (Novela.)

AL LECTOR

Un tanto intrépido y liviano me parece publicar un libro de psicología femenina —por lo que a la mujer de teatro respecta—, después de haberlo hecho ya brillantemente Arsenio Houssaye, Cátulo Mendes, Alfonso Karr, Jules Claretie, Jacinto Benavente, Eduardo Zamacois, Joaquín Belda, Linares Rivas y otros esclarecidos y sangreazulados príncipes de las letras, que tan divinamente acertaron a comprenderla y, sobre todo, a describirla.

¡Pero es tan atrayente el alocado corazón de la mujer de teatro y muy especialmente de las que cultivan el género de varietés!

Por otra parte, creo que todavía no se ha dicho lo bastante acerca de *ellas*, y esta convicción me ha animado a reunir en un tomo algunas aventuras pintorescas de «divettes» muy encopetadas y de cuya autenticidad respondo. Por desgracia, estas historias son ciertas; pero no se han conservado los verdaderos nombres de las interesadas para evitar trastornos familiares, y por eso se les ha puesto un anti-

faz y se les ha quitado la marca de las ropas interiores.

—El alfabeto me pertenece—decía Casanova cuando le acusaban de no llevar su propio apellido—. El alfabeto de los novelistas—añadió Barbey d' Aurevilly—es la vida de todos los que tuvieron pasiones y aventuras; y sólo se trata de combinar con la discreción de un arte profundo la letras de ese alfabeto.

De acuerdo con ambos, envolveré en las nieblas del pseudónimo a las princesas de Music-Hall que se pasean por esta novela con el sombrero torcido y las faldas un poco levantadas. Galantería obliga.

* * *

Sospecho que a medida que avancen en la lectura de las presentes páginas, algunas artistas rugirán encrespadas: ¡Este hombre nos calumnia! ¡Bonito ambiente nos hace a las estrellas de Varietés!...

Me permito rogar a las gentes calificadas de «sensatas» que no acojan con entusiasmo tan gratuitas afirmaciones. Cierto que ninguna de las heroinas adjuntas podrían ser colocadas en un altar —aun cuando a cualquiera de ellas podría decírsele sin exagerar: ¡ángel mío!—; pero nada más lejos de mi ánimo que pretender con este libro ni demostrar que todas las mujeres que integran ese grupo

que llamamos LA CARNE DE TABLADO, son así ni homenajear a esas que hemos dado en llamar *perdidas*, y que, seguramente, desearíamos *encontrar*, el que más y el que menos.

Esta novela no tiene otra misión que la de distraer al lector con aventuras más o menos edificantes de algunas «bellas» de music-hall, hoy demasiado conocidas y transmitir en algunos momentos el verdadero estado de alma de unas mujeres que no atesoran otra virtud que la de ser «muy mujeres». Las princesas del arte que presento son producto de una civilización muy siglo xx y fuera del de tomar opio, no se privaron nunca del menor capricho.

Viven, aman y sufren sin darse cuenta de por qué viven, por qué aman y por qué sufren; son frívolas, coquetas, libertinas, y a ratos sentimentales; tienen gestos de gran señora, de *cocotte* y de colegiala; son impulsivas, veleidosas y arbitrarias; *pero huelen bien*, exceptuando a Carmela Reyes, a pesar de sus ingenuos extravíos y de su cínica travesura. Son un poquito inteligentes y otro poquito infantiles; pero, desde luego, interesantes. Son Colombina, Celimene, Thais, Caperucita, con modernas vestiduras. Porque las mujeres no cambian jamás: son sus trajes los que varían. Son Eva, Eva siempre voluptuosa, felina y abominable, que se abandona a su curiosidad. Por eso ninguna de *estas* es

perfectamente virtuosa ni puede ser tomada como reflejo de la artista de Variétés, en general.

Yo tengo muy buen concepto de las mujeres aunque se dediquen a cantar cuplés de Ricardo Yust o a interpretar bailes de Modesto Romero, y no soy como Salomón, que después de haber probado setecientas danzarinas, declaró que *son más amargas que la muerte;* ni como Sócrates, que, presintiendo a Raquel Meller, decía a cuantos querían oírle, que *es cien veces preferible vivir con un dragón a vivir con una mujer;* ni como San Pablo, que las prohibía severamente hablar delante de él y que mezclasen sus voces con las de los sacerdotes para entonar himnos de alabanza al Señor del Universo. Tampoco estoy de acuerdo con Plauto, que afirmaba que *no se puede elegir entre las mujeres, porque ninguna vale nada;* ni con Séneca, que sostenía que *ni la fealdad puede garantizar la virtud de las mujeres*, ni menos aún con Codro, que tuvo el desenfado de escribir que *en el corazón de la mujer hay tantas perfidias como peces en el mar y estrellas en el firmamento.*

Estoy conforme con Alfonso Karr en que las mujeres vienen siendo tratadas injustamente por los hombres desde tiempo inmemorial. Mahoma las excluyó de su Paraíso, a pesar de que en él tenían plaza la ballena que se tragó a Jonás y el papagayo de la reina de Saba; los rabinos,

en sus comentarios sobre la ley Zelo-typia, a la siguiente pregunta: *¿Cuánto tiempo necesita estar sola una mujer con un hombre que no sea su marido para que éste tenga el derecho de suponerla adúltera?* Contestan: *el tiempo de cocer un huevo.* «¿Sabéis—decía a sus oyentes un predicador moderno—por qué Jesucristo se apareció primero a las mujeres el día de su gloriosa resurrección? Porque conociendo su inclinación a hablar, comprendió que no podía elegir mejor conducto para hacer público un secreto que convenía divulgar».

Me complazco en reconocer que desapruebo esta serie de variadas y exquisitas calumnias con que se ha venido combatiendo a las mujeres y muy principalmente a las consagradas a la escena desde el principio de los siglos, y quiero dejar aquí asentado que a mí todas me parecen singularmente adorables, inmaculadas y acreedoras a nuestro eterno respeto. Opino, con Gómez Carrillo, que a la mujer más abominable del mundo sólo podría castigársele azotándola con una flor, y no tengo inconveniente en extender un certificado de buena conducta a cualquier dama, por el simple hecho de ser mujer y cantar repertorio de Martínez Abades o Ernesto Tecglen. Incluso transijo hasta con las que estrenan esas monstruosidades musicales que caracterizan a Joaquín Zamacois, el gran besugo lírico de las varie-

tés barcelonesas, que, vetusto envidioso y fracasado como titiritero, hoy se dedica con entusiasmo a la tarea de embrutecer tonadilleras.

Ahora bien; si yo oso mostrar a la opinión pública intimidades francamente culpables de coruscantes estrellas, es sencillamente porque la vida de una mujer de su casa—en la acepción que a esta palabra damos—, puede escribirse en un papel de fumar y no interesa a casi nadie, mientras que, por el contrario, el más leve incidente en la existencia de una cupletista, necesita cuatro columnas de un diario, y preocupa de tal suerte, que a veces hasta es preciso ilustrarla con fotograbados para satisfacer la ansiedad pública.

Primera demostración: Una excelente madre de familia, acuciada por el hambre, coge a sus cinco chicos y se arroja con ellos por el balcón de un quinto piso. Los periódicos la dedican cuatro líneas en la sección de sucesos bajo el epígrafe de «Madre desesperada», y asunto concluído. Pero una ilustre cancionista o danzadera se desposa con un astro coletudo para separarse a los tres meses, y durante el resto de la vida de ellos la Prensa nos tendrá intrigados averiguando la causa del divorcio de tan calificada estrella y nos deslumbrará con el relato de su fantástica vida privada, insertando la lista de las genialidades domésticas de la interesada y hasta lo que gasta en lavandera.

Segunda demostración: Coged, *ab líbitum*, una hoja del almanaque y leed en su parte inferior: «Santa Prima, virgen, y Santa Petronila, viuda, mártires». Aquí tenéis en tres vocablos la magnífica e inconfundible historia de Santa Prima y de Santa Petronila, a quienes el hecho de resignarse estóicamente con su virginidad y su viudez, respectivamente, valió la palma del martirio y el derecho a un sillón en la corte celestial, en la segunda gradería de la izquierda. Y si buscárais en un libro de vidas de Santos la historia de Santa Prima y Santa Petronila, veríais que con una página tuvo bastante el panegirista para relatarnos sus sacrificios y milagros.

En cambio, Alejandro Dumas y Joaquín Belda necesitaron sendos tomos de trescientas páginas para narrarnos las edificantes aventuras de *La dama de las camelias* y *La Coquito*, de grata recordación.

* * *

Si autores de más prestigio que el que esto escribe se han comportado en la forma antedicha, nada de particular tiene que yo dedique otro libro de trescientas páginas a narrar las intimidades de algunas hijas de Eva, que más lo parecen del diablo, por lo ardientes y pecaminosas y que han caído aquí como su padre es-

piritual en las regiones infernales: con la cabeza abajo y con lo demás arriba. Mas si bien es sensible que ninguna de las artistas que desfilan por LA CARNE DE TABLADO sea un dechado de moralidad—me refiero a la moralidad al uso—, yo prometo aquí solemnemente, para tranquilidad de las princesas de music-hall, dedicar un segundo tomo a las *intachables*, narrando con todo lujo de detalles sus virtudes, quisicosas y monadas, para lo cual ruego a todas las que se consideren con derecho a ello me envíen sus confidencias para incluirlas en la citada obra, advirtiendolas que si no hubiese recibido original interesante suficiente para llenar el volumen, en el espacio de diez años, me consideraré relevado del compromiso...

Y dicho esto, espero.

ALVARO RETANA

PRIMERA PARTE

I

UNA ESTRELLA SIN RABO

En uno de los barrios más populares de Madrid, de cuyo nombre no hay para qué acordarse, no ha mucho tiempo que existía una frutera completamente viuda, de las de nariz roma, pero largo olfato, y algo más corta de cabellos que de aspiraciones. Su negocio la permitía desenvolverse con holgura que envidiaban sus parroquianos y mantener el prestigio de una olla tentadora, por gustar de la cual su difunto marido habría resucitado de muy buena gana, si le hubieran garantizado que la disfrutaría él solo.

Malas lenguas aseguraban que el frutero había preferido morirse a seguir conviviendo con aquella hidra de lomo recio, senos abundantes y tendencias dominadoras, a quien la buena marcha del negocio, que ella exclusivamente dirigía, prestaba bríos peligrosos. Vivía con dos hijos, al parecer de su marido—una muchacha de quince abriles, prototipo de la chulilla madrileña, bonita y desenvuelta, de aspecto señoril, y un rapaz de once, más dado al hurto y al holgorio que a asistir a la escuela y a ayudar a su madre—, y tenía a sus órdenes, en calidad de súbditos, una vieja criada,

gran madrugadora, y un perro dogo de semblante inquietador, aunque no tanto como lo era el de la criada.

Frisaba nuestra buena frutera en los cuarenta y cinco octubres, y en los ratos de ocio—que por la noche eran los más del año—dábase a leer novelas misteriosas, folletines policíacos y memorias de cortesanas, con tanta afición y tanto gusto, que olvidó casi por completo el gobierno de su frutería y aun la administración de lo muy poco que tenía ahorrado. Y de tal suerte la trastornaron aquellas amenísimas informaciones del «Heraldo de Madrid» en que el fantástico «Duende de la Colegiata» relataba la historia de las princesas del arte, sin dejar de consignar en ocasiones los modestos comienzos de la artista interrogada, que la intrépida frutera, deseosa de procurar a su retoño femenino un porvenir brillante, decidió ungirla artista y lanzarse con ella a la conquista del vellocino de oro.

Nemesia, en sus quince años, poseía una figura de duquesa goyesca, mezcla de dama y de manola, que intrigaba a los mozos de su barrio. Bonita, con belleza de flor de invernadero y gentileza de muñeca aristocrática, alegre como un pájaro y graciosa como buena madrileña, la chulilla, a quien cierta gitana presagió que sería cortejada «por un rey joven y guapo», causaba la impresión de una de estas mujeres predestinadas a escalar posiciones de mayor altura que el arroyo en que surgieron. Diríase una criatura nacida, como Cleopatra, para cambiar el rumbo de la Historia, admirando sus ojos reidores que inundaban de áurea luz el blanquísimo rostro oval, la nariz afilada y los labios golosos y encendidos, que al sonreir hacían el encanto de la atrayente muchacha mostrando unos dientes primorosos, menudos y apretados como gotas de granizo; y tal vez en esto fundamentase la gitana la predicción consignada.

Pero aquella chiquilla rubia que, a juicio de la pitonisa, vendría a servir de deleite a todo un rey joven y guapo, hallábase prendada de un mocito que no tenía nada de augusto, como no fuera su desaprensión.

El «Calcetines», afamado chulo de baile muy respetado en los salones que Terpsícore ha establecido en la madrileñísima calle de Provisiones, figura culminante y venerada como un Adonis coreográfico por las Venus del distrito, era un mozo pinturero y jacarandoso, sin otros medios de vida que los que su apetecido físico le deparaban. El «Calcetines» arrastraba una existencia ambigua y azarosa: explotaba a las hetairías de baja estofa y mantenía una equívoca relación con señoritos de aficiones inconfesables. Además, «se ayudaba» sosteniendo intimidad con timadores y ladrones, a los cuales servía de encubridor; actuaba como confidente de la Policía, y cobraba el barato en los locales frecuentados por la gente maleante. Y aun le quedaban algunas horas para seducir muchachas inexpertas, pobres víctimas que, deslumbradas por su reputación de hombre de «circunstancias» y su charla insinuante, pasaban luego, empujadas por él, a oficiar como vestales en cualquiera de los varios templos del amor con cuyas dueñas disfrutaba de simpatía y predicamento el «Calcetines».

Nemesia, desdeñando los consejos sanísimos de cuantas personas trataron de disuadirla de aquellos amoríos, vino a engrosar la cifra de las Ineses sacrificadas por el Don Juan de los eternos calcetines de seda, que justificaban el apodo. Ella había oído que su novio en cierta ocasión le había pegado dos puñaladas a un hombre por causa de una mujer; que las

hembras de la barriada se lo disputaban como un tesoro de valor incalculable, y un mal día quiso conocer el secreto amoroso del mocito que la flechara.

El «Calcetines» la condujo a una casa «de toda su confianza», y Nemesia, desvanecida de malsana curiosidad—porque lo cierto es que ni siquiera tenía la certeza de hallarse enamorada del bigardo—, se dejó desnudar por el desaprensivo mozo. Y cuando se vió totalmente desnuda sobre el lecho de aquella estancia plebeya y sintió junto a su carne el cuerpo, también desnudo e inflamado de deseos, de su novio, nublósele la vista y quedó como abúlica.

Apenas tuvo fuerzas para suplicarle: «¡No me hagas daño!», y entregóse resignada a él, que violentamente empezó a besuquearla y a estrecharla contra sí con vehemencia de centauro. Nemesia, templada por la voluptuosidad que empezaba a sentir, limitóse a abrazarle fuertemente, como si pretendiera fundir los dos cuerpos en uno solo. Toda su carne palpitaba locamente al sentirse traspasada por el hombre querido, y hubiera deseado que aquel momento durase toda la vida. Primeramente experimentó una sensación extraña y dolorosa; pero luego, cuando la sabiduría de él provocó en ella el espasmo, su cuerpo entero onduló animado por la intensidad del goce, y quedó desmadejada, blanda y sudorosa, bañada en la delicia inefable de la voluptuosidad saboreada.

Después... Nemesia arrepintióse vivamente de aquellas horas de locura en que el placer incendió la sangre de sus venas e hizo erguirse los botones de rosa de sus senos incipientes. Había caído sin provecho y sin el atenuante de querer lo suficiente al «Calcetines» para hacerle tan grande concesión. Había gozado, sí, entregándose enardecida al centauro que la poseyera;

pero aquello había sido una equivocación suya, un capricho de chiquilla antojadiza, y a cambio de una noche de lujuria deliciosa, tendría que purgar otras de inquietud y sobresalto.

Al poco tiempo de aquella entrevista memorable en que pasó de niña a mujer, Nemesia dióse cuenta de que estaba encinta y pensó en escaparse de su casa, para unir su destino al del causante de su deshonor y burlar las iras de la autora de sus días; pero el «Calcetines», al saber el estado en que la joven se hallaba, separóse de ella cobardemente, sin aceptar la responsabilidad de su fechoría.

Entonces Nemesia percatóse claramente de cuán grande era la ruindad del hombre a quien se había entregado, y creyó lo más oportuno ingerir unas pastillas de sublimado corrosivo que la liberase del escándalo de su deshonra; pero la madre llegó a tiempo de frustrar tan extrema resolución, perdonando a Nemesia su lamentable desliz.

—Mira—dijo la frutera a su hija—, no te desesperes por eso; porque, después de todo, no eres tú la primera chica del barrio que sale con una tripa. Yo misma, cuando me casé con tu padre, ya os había tenido a vosotros dos. Ahora lo que te hace falta es abrir el ojo y comprender lo que trae una mala cabeza. Cuando sueltes «eso», lo que tienes que hacer es aprender para artista y dejarte de tonterías. Ahí está la hija de la Casiana, que hace dos años vendía décimos y hoy arrastra coche de dos caballos y viaja en «smoking». Nueve meses se pasan pronto, y una vez libre procura que no vuelvan a engancharte... Pa ser eso y no ganar nada, vale más ser mujer honrada. Me figuro que tú ya no pensarás en casarte: así es que lo mejor que puedes hacer es dedicarte a cupletista... y que sea lo

que Dios quiera. Guapa y joven, lo eres: con un poco de suerte que tengamos, antes de cinco años... ¡ya te veo en lo más alto de la punta de la cúspide!...

Y después de pronunciar tan luminoso discurso, la bizarra frutera, que estaba firmemente persuadida de que si cultivaba aquel capullo de tan irresistible belleza y simpatía obtendría una rosa de gran precio, apenas vió restablecida a su hija, la condujo a la academia coreográfica de Julia Castelao y a la de cuplés dirigida por Rafael Gómez, en los cuales centros la tuvo, por espacio de seis meses, aprendiendo a mover sugestivamente la graciosa figurita.

Mientras Pilarín, la hija de Nemesia, se desgañitaba en poder de la sirvienta, que nunca la daba el biberón a la hora debida—porque, naturalmente, la frutera se opuso a que Nemesia criara a su hijita, alegando que esto podía estropearla el pecho y era conveniente que lo conservase apetitoso para bailar la rumba—, la madre de Nemesia, recurriendo a sus últimos ahorros, dotó a la «futura estrella» de un vestuario inenarrable, lleno de lentejuelas y de colorines, según es de rigor entre las principiantas, y merced a la recomendación de Pedro Mora, joven periodista que la conoció en la academia del maestro Gómez y que se interesó por la novel artista, debutó en un music-hall de los mejores de Madrid, ocupando en el programa un lugar sin pretensiones.

Y Nemesia Romo, convertida en «Nené Romero», logró en pocas semanas destacarse del anónimo montón (en que sucumben tantas desgraciadas) por su belleza juvenil y aristocrática, por su gracia cantando y por la deliciosa espiritualidad que se desprendía de su persona y su trabajo. La joven salía a escena infernalmente enjaezada con una manta absurda de

hórridas tonalidades, que la prestaba el aspecto de una mujer que acaba de perder la razón, y, después de hacer un paseo triunfal con jeroglíficas evoluciones, bailaba con un traje semejante a unos zorros exornados de naipes. Pero la intensidad de su trabajo anulaba el efecto de la odiosa «presentación»; porque Nené, con su certero instinto de suprema bailarina y de canzonetista delicada, interpretaba las clásicas músicas de las riberas del Guadalquivir y las goyescas tonadillas de Granados y Yust, embriagada de placer e inspiración, sintiendo con el alma y con la vida todo el ritmo y la elegancia que caracterizan las ardientes composiciones de los célebres maestros. Coloreada por la luz de la baterías y admirablemente fogosa y gentil, la hija de la frutera seducía al público con sus danzas maravillosas o sus cuplés absurdos.

La madre la aguardaba con Angelito entre bastidores, orgullosa de tal hija, y solía jalearla, haciendo observar a las personas que se hallaban en el escenario las perfecciones de la niña:

—¡Vaya unos brazos bonitos!... ¡Qué cintura tan chiquita!... ¿Pues y los pies? ¡Hija mía, vales tú más pesetas que hay en el Banco de España!... ¡Bendita sea tu madre!... ¡Angelito, hijo, mira qué hermana tienes!...

Pero a veces Angelito no la oía, porque aprovechando el menor descuido maternal se colaba felinamente en los cuartos de las demás artistas para coger pañuelos, saquear portamonedas, sustraer dijes y robar cuanto pudiera convertirse en dinero. A la verdad, el niño era una alhaja: descarado, rebelde, jugador y holgazán, sin bríos para nada que no fuese la rapiña, que le ayudaba a sostener sus pueriles caprichos y a vivir sin privaciones.

A los seis meses del debut, la frutera, que advirtiendo la suerte de la chica y cuán rápidamente caminaba «a lo más alto de la cúspide en su género», había traspasado la frutería y substituído el pañuelo de la cabeza por un catastrófico sombrero y el mantón por un abrigo dignísimo, aconsejó maternalmente a Nené:

—Mira, Nemesia; escucha con atención esto que voy a decirte: gracias a Dios, hoy no nos falta nada en casa, y tú tienes por delante un porvenir, como artista, que espanta. Tú ya le has dado el baño a muchas que presumen y se lo darás a las que quedan, porque eres más bonita y cantas más que todas ellas; pero no hay que dejarse enfuscar por los éxitos; hay que mirar el lado práctico. Tú hoy eres joven y guapa, y los hombres andan como moscas detrás de ti; pero hay que saber distinguir a los pelmazos de los que te convienen. No me gusta nada que hables con Pedro Mora, porque es un periodista muerto de hambre que no puede ayudarnos más que a morir; ése no puede hacer por ti absolutamente nada: ¡como no te haga otra barriga!... Por el Colonial se dice que sois novios; lo cual, que si esto se corre, puede perjudicarnos, porque los pretendientes de postín se echarán p'atrás. Tú mírate en el espejo de la Lulú, la Preciosilla y la Chelito, que están hinchadas de brillantes y ninguna se arrima más que a los tíos de dinero. Ayer precisamente decía el empresario en pública subasta que eres una arisca, que no estás contenta más que oyendo las fantasías de ese poeta melenudo; y luego a mí, particularmente, me juró que está chalao por ti, y que si le hicieras cara, mejor pelo echarías. Me ha hablado de prorrogarte y de ponerte en mejor sitio del pograma. Además, me ha dicho que tendría muchismo gusto en regalarte un par de trajes y un

mantón de Manila... Más claro no puede hablarte... Ahora, tú verás lo que haces... El está emburrado contigo, porque se cree que eres mocita; y te conviene más que el otro, porque aunque es algo viejo, por lo menos es muy rumboso... Y no ese pelagatos que te tiene a mal traer... Has de pensar en que tienes una hija y que su porvenir está en tu mano.

La chica, que había escuchado en silencio la substanciosa y maternal perorata, no tuvo, sin duda, razones que oponer, por cuanto al día siguiente rompió las relaciones con Perico Mora, contrariando sus sentimientos.

Erase Perico Mora un muchacho periodista sin otro inconveniente que el de carecer de blanca. Contaba entonces veinte años, y era un mozo simpático y moreno, a quien se habría podido llamar guapo si se hubiera cortado las encrespadas greñas que le caían sobre la frente, ensombreciendo más los ojos obscurísimos que a diario soñaban con la gloria. Pero a pesar de su aire de bohemio—un bohemio de gustos eminentemente aristocráticos—, interesaba a las mujeres porque era un soñador de palabra insinuante que se sabía de memoria las poesías de Bécquer y se las recitaba íntegras a las sitiadas, atribuyéndose la paternidad del recitado, con lo cual ellas se dilataban satisfechas, proclamándole el mejor poeta de este siglo de truco y de locura. Mora colaboraba en todas las revistas de importancia, era redactor de un diario de la noche y ya había conseguido distinguirse entre la nueva generación literaria, si bien no estaba tan genialmente considerado como entre las princesas del arte. Maestro en decir bellamente toda clase de ñoñadas, a veces, para dárselas de original, se erigía en paladín de alguna idea estrafalaria o antigu-

bernamental, como cuando descubrió que Chicote era un actor equivocado, que con su gran ductilidad y majestuoso continente, mayor éxito obtendría representando el repertorio de Ibsen. Gran frecuentador de escenarios, tratándose de un muchacho tan galante con las damas y gentil con los caballeros, siempre era recibido con agrado en los teatros. Pero su campo de acción eran los music-halls, donde ya había efectuado proezas inverosímiles con jóvenes artistas. Porque Perico Mora era un refinado que sólo concedía su atención a las chicuelas de catorce a diez y seis abriles, y a todas las de esa edad que encontraba abordables las invitaba a visitar su estudio, donde guardaba figurines estupendos, con arreglo a los cuales podrían ataviarse de una manera fantástica. De aquellas visitas salían las chiquillas inquietantemente ojerosas, no se sabe si abrumadas por la grandiosidad de los admirables figurines o la eficacia de un ataque inesperado no menos admirable.

A Nené ya la había sugestionado hablándole de la brillante posición que ambos podrían alcanzar ayudándose mutuamente. Y le citaba el ejemplo de Cadenas, periodista, y Fornarina, «divette», que estrechamente unidos y sin desmayar, alentados con el calor de apasionados besos, habían obtenido, él un envidiable éxito como autor y periodista, y ella, la codiciada categoría de «estrella». Luego le hablaba de viajar siempre juntos, de triunfar siempre juntos y de hacerlo todo juntos; y a ella las palabras cálidas y deslumbradoras del poeta, amenizadas con alguna que otra caricia persuasiva, le sonaban a música sutil bastante más agradable que las frívolas charlas de los señoritos imbéciles que su madre trataba de imponerla. Porque Perico Mora, que poseía una fantasía

completamente meridional y tenía en su cabeza un torbellino literario, abordaba todos los temas mitológicos o bíblicos que tendiesen a demostrar a Nené que el amor era la suprema aspiración de las criaturas, el talismán que ayuda a la consecución de la fortuna y la celebridad, y que nadie más indicado que él para luchar con ella por el Amor, el Oro y la Fama.

La muchacha estaba ya convencida por tan insistentes teorías; pero la madre, que representaba la Prosa ante el Ideal, Argos avizorante que advertía los cien inconvenientes de un adorador que no posee una peseta, segaba en un momento toda la complicada labor del melenudo, haciendo ver a su hija que Perico era un iluso, un infeliz que, en vez de soliviantarla con sus ensueños de niño embriagado, mejor haría en cortarse el pelo, ponerse camisa limpia y dedicarse a algo más productivo que improvisar versos y redactar crónicas.

Y «el divino Perico Mora»—como él se hacía llamar por sus escritos preciosistas— fué inmolado a las ambiciones de la madre de Nené, ya que ésta, siguiendo los maternales consejos, fuése una noche en automóvil con el empresario a un merendero de la Cuesta de las Perdices, donde tuvo que fingir que le entregaba el encanto más precioso de su juventud gloriosa.

A raíz de aquella caída tan vulgar, que le valió—¡eso sí!—dos trajes nuevos, un mantón de Manila, la anhelada prórroga y un puesto preferente en el cartel, Nené tuvo otras varias, sabiamente preparadas por su madre, que la ayudaron a ampliar su vestuario, más rico y elegante, y la permitieron amueblar un pisito en la calle de Hortaleza bastante coquetón, sobre todo comparado con la traspasada frutería, donde apenas podía rebullirse la familia.

Regularmente, Nené pecaba fuera de su casa para no perder el prestigio ante la vecindad. Cuando venía a solicitar sus servicios alguna de esas damas de edad respetable y apariencia simpática que dedican su actividad a emparejar mujeres galantes con hombres de dinero, la madre de Nené era quien estipulaba con la recién llegada el precio de la entrevista, basándose siempre en la posición económica del solicitante. Luego, ya en el santuario de la dama aproximadora, mientras Nené oficiaba en la capilla designada, la ex frutera la aguardaba en el comedor para impedir que el sacerdote de turno se retardara en el sacrificio, o lo que era más sensible, se despidiera sin pagar. ¿Estafar a Nené?... ¡Eso sí que no era decente! Y para evitarlo estaba la ex frutera, que con sus argumentos y sus uñas había salvado siempre a la joven de esos fracasos económicos que en el mundo de la galantería se conocen con el nombre de «micos».

Nené, artista, «subía como la espuma»: los amigos y los admiradores la hacían regalos cada vez más importantes, y su papel como mundana empezó a cotizarse considerablemente. Su madre creía hallarse en el mejor de los mundos, satisfecha por la docilidad de aquella hija admirable que la deparaba tanto bienestar, y, audaz, se aventuraba a ponerse sombreros fabulosos, estilo «fuente de Versalles», con gran espanto y recogijo de sus antiguos conocidos; cambió su viejo dogo de semblante inquietador por uno de esos perros sospechosos que usan algunas francesitas depravadas, y empezó a preocuparse por Angelito, que ya era un mozo de quince años, más temible que Caco, pendenciero, insolente, y ladrón cuando las circunstancias le invitaban.

—Oye, Nené—propuso cierta tarde la ex frutera a

su hija—, ¿no te parece que sería conveniente ir pensando en el porvenir de tu hermano? Ya que las cosas marchan cada día mejor, vamos a aprovechar la ocasión para educarle y hacer de él un hombre de provecho. No es justo que tu niña no carezca de nada y la lleves ni más ni menos que si fuera la hija de una reina, y en cambio no te preocupes de mi Angelito, que es tan digno de protección como tu Pilarín.

Nené, siempre obediente, asintió a los deseos de su madre, y el niño fué internado en un colegio, de donde fué expulsado por alborotador, cerril, maligno y aficionado al merodeo. Fué preciso suponer que el niño le había sido antipático al director, y lo llevaron a otro centro, de donde se escapó a los cuatro meses con los relojes y las cajas de dibujo de varios de sus compañeros, y después de haber herido con una piedra en la cabeza a uno de los criados de la casa. El escándalo fué grande; la madre prorrumpió en agudas lamentaciones, doliéndose de las deficiencias de los establecimientos escolares, y juró, como quien levanta una barricada contra la arbitrariedad, no enviar más a su Angelito a ningún centro de enseñanza.

Le buscaron un preceptor, que al principio hizo cuanto pudo por dominar a aquel ángel, rebelde y maleado con tan malditas inclinaciones, para el cual la sumersión en los infiernos habría sido el único castigo; pero perdieron lastimosamente el tiempo. El niño, díscolo y voluble, bostezaba escuchando las lecciones del maestro, y no había modo de obligarle a que aprendiera de memoria los límites de España.

—¡Pobrecito mío!—exclamó en cierta ocasión la madre, dirigiéndose al preceptor—. ¡No me lo haga usted trabajar de ese modo! ¿No ve usted que se está quedando desmedrado y con unas ojeras que dan

grima? Lo mejor es dejarle que haga lo que quiera. Llévele usted al Retiro de paseo en vez de enseñarle geografía, porque, después de todo, ¿qué falta le hace saber dónde cae este pueblo o el otro?

Una noche, el preceptor se negó a acompañar al niño a una casa mal reputada, y éste, despechado, obligó a su madre a despedirle, acusándole caprichosamente de «enemigo de las mujeres».

—¡Se acabaron los estudios!—aseguró triunfal la madre—. Mirándolo bien, tú no necesitas romperte la cabeza para hacerte un porvenir, teniendo como tienes una hermana que gana el dinero a espuertas...

Y la estrella sin rabo, buena madre, buena hija y buena hermana, se avino a transigir con la holgazanería del mocito, que era la debilidad de la desahogada ex frutera.

Porque Nené, en el fondo, era lo que se dice «una buena muchacha»...

II

APARECE EL RABO DE LA ESTRELLA

Cuando Nené contaba veinticinco abriles y estaba en plena apoteosis de belleza y elegancia, afinada y suavizada por ocho años de viajes y de «alternar» con hombres de dinero y de esmerada educación, convertida en una flor maravillosa de oportuno ingenio y alada frivolidad, fué invitada a tomar parte en una fiesta organizada en honor de un joven soberano extranjero que visitaba la corte. Nené fué la figura cul-

minante del programa, y a su conclusión, el monarca viajero, seducido por la gracia, la belleza y el arte de la joven, manifestó deseos de conocerla personalmente.

Unas horas después, Nené Romero tuvo una entrevista con Su Majestad, que fué el paso decisivo hacia el Exito y la Fortuna. Su egregio admirador la regaló un collar de brillantes valorado en diez mil duros, y en todo el tiempo que permaneció en Madrid no dejó de aprovechar cuantas ocasiones se le presentaron para entrevistarse con Nené.

La predicción de la gitana acababa de cumplirse, y como algunos periódicos satíricos hicieran una indiscreta alusión al pintoresco idilio, sobrevino el total encumbramiento de Nené. Las empresas de los mejores teatros empezaron a disputársela, ofreciéndole contratos fabulosos; los Tenorios adinerados se aprestaron a su conquista, y durante tres o cuatro meses Nené fué la comidilla de toda España, que devoró cuantos retratos e informaciones de la artista se publicaron en revistas y diarios, comentando la simpatía despertada por Nené en el monarca extranjero.

La ex frutera, dichosa, se esponjaba notablemente pensando que en varios momentos había estado siendo suegra de una testa coronada, y hasta Angelito, favorecido por la aureola que le prestaba la aventura de su hermana, hizo varias conquistas amorosas.

También contribuyeron sobremanera al triunfo de Nené sus rivalidades artísticas con la célebre cañí Carmela Reyes.

Carmela Reyes, erigida por obra y gracia de las circunstancias en símbolo de la andante gitanería, había nacido en Lugo, y desde lo alto de sus pirámides cuarenta años la contemplaban admirados de su arro-

gancia mayestática y su plasticidad flamenquil. La Reyes causaba la sensación de una princesa de leyenda egipcia renacida en pleno siglo xx para exaltar a las multitudes con el color terroso de su piel; las pupilas magníficas, que parecían dos esmeraldas emboscadas bajo el arco negrísimo de las pobladas cejas; la nariz incorrecta, pero incitante de expresión; los dientes afilados, de loba sanguinaria; los brazos estatuarios, al parecer robados a la Venus de Milo, y el cuerpo de una proporción irreprochable. Examinando detenidamente a aquella gitana de raza, nacida en Lugo por una ironía del Destino, observábase que tenía en el cuello unas sombras inquietantes, reveladoras del poco apego que la ilustre cañí sentía por el agua; que las uñas, bastante descuidadas, ofrecían sendos cercos negros muy poco faraónicos, y que el pelo—teñido rabiosamente de negro para ocultar algunas canas insolentes—chorreaba materialmente de aceite de tocino, a la usanza gitanesca. Pero a pesar de todo, Carmela Reyes poseía un algo de noble y majestuoso, de original y decorativo, que la había conquistado la admiración de los grandes pintores y literatos en boga. Carmela Reyes había sido homenajeada cumplidamente por unos y otros en revistas y diarios, creándola un público numeroso e idólatra que, cautivo de su leyenda españolísima, la aplaudía frenéticamente y la veneraba como un orgullo de la raza.

Carmela Reyes estaba casada con el «Chanito», un torero de alta categoría, del cual se hallaba separada amicalmente desde los primeros meses de su boda. A raíz del escándalo de la separación, que divirtió demasiado a la grey toreril y a la fauna del Varietés, la gitana había adquirido una popularidad arrolladora, y tornó a la escena dispuesta a explotar aquel suceso

que decidió su elevación al trono de la actualidad.

Como bailarina, Carmela Reyes era sencillamente maravillosa: ninguna otra artista había superado su genial inspiración para interpretar la música andaluza. Llameantes los ojos verdes, sublime y explendorosa, la célebre cañí provocaba en el público un escalofrío indescriptible. Cuando ella danzaba, no se sabía si era pantera, reina o diosa, y el espectador sentíase hipnotizado, esclavo del sortilegio embrujador de aquella maga de la línea, que tan acertadamente sabía expresar en sus bailes todo el salvaje erotismo y la rítmica sensualidad que anima a las gitanas de raza, aunque hayan nacido en Lugo.

Pero Carmela Reyes incurría en la funesta manía de cantar, para no fatigarse bailando, y lo que al principio causó gracia en el público, acabó por exacerbarle. Lenguas viperinas aseguraban que los parroquianos de la Maison Dorée, contigua al Trianón Palace, se quejaban de que cuando actuaba la Reyes en dicho music-hall se cortaba la leche y el café se descomponía, y agregaban los maldicientes que en la sala del coliseo se fundían por término medio dos lámparas diarias a consecuencia de la escuela de canto de la gran gitana.

Aquella obsesión de Carmela Reyes por el canto la condujo a intentar competir con Nené, artista de exquisito temperamento, cuya voz dulcísima y cuyos espirituales ademanes merecían una competidora menos desafinada que el rinoceronte lírico de la gitanería, y sucedió lo que tenía que suceder: Carmela sucumbió vergonzosamente en la artística competencia, y Nené fué aclamada y reconocida como la primera cancionista española. La cañí, fracasada, tuvo que emprender una «tournée» por América para apa-

gar el recuerdo de su estrepitosa caída, y Nené, vencedora, saboreó todas las dulzuras de su triunfo.

Un rico ganadero sevillano, que por entonces se hallaba en Madrid, fué el más afortunado de los pretendientes de la joven, a pesar de ser un hombre de cincuenta años corridos, de mucha libras, colorao, ojo de perdiz y reservón, y en veinticuatro horas concedió a la bailarina lo que seguramente no la habría concedido a los quince años, antes de que el «Calcetines» la convirtiera de niña en mujer.

Nené, en una tarde, hizo gastar al encalabrinado y obeso ganadero más de doce mil duros en alhajas y le comprometió seriamente para que la instalase con todo el regio aparato que la ex amante de un monarca merecía; y el ganadero, a quien enloquecía la idea de usufructuar una beldad que todo un rey había tenido en sus augustos brazos y que había desbancado en el favor del público a la célebre Carmela Reyes, la dotó de un soberbio piso en la calle de Alcalá. Sólo el comedor costó cinco mil duros, con tapices, cristalería y cubiertos de plata; en cuanto a la alcoba, era un verdadero rincón de hadas, tapizada de seda malva con un volante de encajes blancos a manera de frisos, y la cama a la turca, de limoncillo con aplicaciones de bronce, toda cubierta por una piel de armiño de una albura impecable; y el resto de la casa, fastuosamente iluminada y decorada y llena de detalles exquisitos, porque tanto Nené como el ganadero dejaron al mueblista en absoluta libertad de acción.

A los quince días de conocer al ganadero, tan ordinario como generoso, Nené celebró la inauguración de su nueva casa con una copiosa comida que terminó en la alcoba malva en compañía, naturalmente, del espléndido donante, quien dió pruebas de una re-

sistencia y brillantez amorosa muy dignas de tenerse en cuenta, sobre todo habida la consideración de que era un hombre perverso, cultivador de esos recursos de «boudoir» importados de allende los Pirineos que tienden a debilitar a las mujeres más que a satisfacerlas.

Y durante un par de años, Nené fué la querida del ganadero, que únicamente la molestaba en primavera y otoño, épocas en que ella había ir a Sevilla, y por Carnaval y Nochebuena, en que él venía a Madrid a verla y a gozarla. Y como premio a la abstención masculina a que Nené se obligaba formalmente, o tal vez como indemnización de daños y perjuicios por la monstruosa fidelidad exigida, el ganadero pasaba a Nené dos mil pesetas mensuales, amén de regalos extraordinarios, como un magnífico automóvil, doce mantones de Manila, una casa en la calle de las Sierpes, en Sevilla, y pago religioso de facturas de modista, sombrerera y zapatero a principio de estación.

Verdaderamente, Nené había hecho su suerte con la protección del ganadero. Mas como, cuando las cosas dan en salir bien, las dichas se acumulan, Nené hirió el corazón de un famoso torero con categoría de estrella tauromáquica, quien, como medida preventiva, empezó a apedrearla con brillantes y billetes de quinientas y de mil pesetas.

Era el «Macareno» un fenómeno de la nueva generación taurina. Su roce con periodistas y aristócratas le había prestado un cierto tinte de cultura y sensatez, y mixtificaba su tipo de niño gitano y sus ojos de salvaje andaluz. Vestía con sencilla elegancia, que no tenía nada de toreril; hablaba muy correctamente, y hasta tenía una vaga idea respecto a los valores men-

tales de los pintores y literatos de moda. El «Macareno», que hace veinte años hubiera sido un grave coletudo de faraónica flamenquería, trasformado por las corrientes modernas y su amistad con los intelectuales en una mezcla híbrida de señorito y de torero, no ignoraba las relaciones de Nené con el ganadero de Sevilla; pero pensando que todo puede armonizarse en esta vida de molicie y de cálculo, propuso a la joven una «entente cordiale», acompañando sus peticiones con deslumbrantes obsequios.

Nené, ante tales argumentos, perdió el concepto de la fidelidad e hizo saborear al torero todas las delicias de una noche de amor en la alcoba malva, presidida por una cornamenta dorada con que el ganadero obsequió a la joven para que antes de acostarse se acordara siempre de él. No la detuvo, por cierto, la amenaza de aquella cornamenta, que hasta parecía querer levantarse airada para vengar la afrenta que iba a perpetrarse, y lejos de quitarla de la cabecera del lecho, como el «fenómeno», por delicadeza, indicó, Nené puso de su parte todo cuanto pudo para que la cornamenta y el torero quedasen admirados. Aquella noche Nené soñó que veía al torero despachar una corrida de ocho toros, y es muy posible que el «fenómeno» tuviese un sueño análogo, porque al despertar estaba en todo de acuerdo con la joven, incluso en que la cornamenta del ganadero se hallaba muy bien en su sitio y no valía la pena de quitarla.

Bien será que se sepa que en el ánimo de Nené influyó bastante para aceptar al «Macareno» la circunstancia de ser éste en la plaza el rival de «Chanito», el marido de su odiada compañera la Reyes. Nené complació al «Macareno» ofuscada, porque éste llevaba una buena temporada disfrutando del favor del público

en fuerza de quedar mejor como torero que el marido de Carmela.

«Chanito», desgastado por quince años de lucha constante con los toros, no podía mantener la competencia con el «Macareno», que era un hombre fuerte, ágil y amparado por la resistencia de sus veinte años. El «Chanito» había escuchado en las plazas de toros de toda España unas silbas fragorosas, a las cuales contribuía pérfidamente el «Macareno», que parecía reservar sus filigranas toreriles para las tardes en que alternaba con su rival. Los dos «fenómenos», ídolos del público, sostenían un torneo empeñadísimo, del cual salía mal parado el marido de Carmela. Y Nené, para vejar a la gitana de Lugo, aceptaba el flirteo con el hombre que arrebataba al «Chanito» la idolatría del público.

Y las tardes en que el «Chanito» quedaba desastrosamente y era abucheado sin piedad por una masa injusta que no tenía en cuenta la inferioridad física del diestro y sus anteriores faenas de gloria para la historia de la tauromaquia, Nené cogía la oreja del toro, cortada por el «Macareno», y se la enviaba a Carmela Reyes con una expresiva dedicatoria. Amén de dirigirla continuados anónimos llenos de procacidades increíbles en una criatura tan exquisita—porque Nené, tratándose de proceder contra Carmela Reyes, sentíase la antigua chulilla deslenguada—, a los cuales correspondía la gitana de Lugo con otros en términos igualmente agrios e insultantes.

Armonizando prodigiosamente con la habilidad de un ministro de Estado, que puede descomponer los protocolos al menor descuido, Nené mantuvo los derechos y pretensiones de ambos amantes durante algunos meses sin que un pequeño incidente turbase el

equilibrio de aquella triple «entente» sexual. Pero Nené, que no carecía de nada y podía considerarse dichosa por su celebridad y su fortuna, había llegado a los veintisiete años desconociendo las auténticas e irrefragables sensaciones de la mujer verdaderamente enamorada: unos y otros amantes le habían sido impuestos por su madre, y ella los había aceptado confiando en que la ayudarían a cimentar su posición y a ahorrar una fortuna para su Pilarín, que ya era una muñeca bonitísima de doce años; había pasado de unos brazos a otros con rapidez cinematográfica, y cuando hablaba con el último amante, ya no recordaba de qué color tenía los ojos el que le había precedido. Acariciaba «porque sí», sin darse cuenta de la importancia y transcendencia de una caricia y por devolver aquellas que le prodigaban los hombres ávidos de su carne sonrosada. Adiestrada por su madre, sabía que el hombre que codicia a una mujer es tanto más generoso con ella cuanto mejor se vea atendido, y así, procuraba convencerles de que su goce era infinito y que jamás hombre ninguno la interesó como el que estaba de turno. Algunas veces, incendiada por la voluptuosidad que en ella despertaba la excitación del momento, sentía fuertes estremecimientos de placer; pero luego, a la conclusión del sacrificio, reconocía que «aquello» no la había satisfecho enteramente. Ella sólo creía haber gozado hasta el frenesí la noche en que se ofreció al «Calcetines» y en que después de la desagradable sensación de los primeros instantes había pasado a experimentar el goce inolvidable de la curiosidad y el deseo plenamente saciados. A veces, al tratar de evocar la figura desnuda y morena del mozo pinturero que la exaltó años atrás, estremecíase encendida por deliciosa languidez; pero tenía un recuerdo tan con-

fuso de su primera noche de amor, que los esfuerzos por reconstituir mentalmente la lejana escena de la iniciación resultaban estériles, y la embargaba el tedio. Además, aquel hombre sólo había interesado sus sentidos, y ella ansiaba conocer el placer del corazón.

«Indudablemente—pensó un día—, yo estoy condenada a vivir del amor sin saber lo que es amor.»

Porque, a la verdad, ningún hombre había acertado a «enamorarla»: en seguida dejaban transparentar los brutales anhelos del macho, la lascivia atropelladora y el clásico egoísmo masculino de procurarse el goce sin cuidarse del goce de la hembra.

Y Nené, que en el fondo era una sentimental, una criatura soñadora, ávida de dulcísimas ternuras y de honradas caricias, veía transcurrir los años sin perder la esperanza de encontrar al hombre que la redimiera de su vida artificiosa, en que todo sentimiento era interesado y toda lisonja mentida. El Mal había pasado por ella sin envenenar las profundidades de su espíritu. Era un alma pura y candorosa dentro de un cuerpo profanado.

Dióse primero al «Calcetines» por infantil inconsciencia e ingenua perversidad, y porque la libertad en que la madre la dejaba favorecía la caída; luego, al empresario que la protegiera, por el noble deseo de aliviar la miseria de los suyos; después, a los otros amantes, por mantener el tren en que la ex frutera pretendía vivir: siempre por apremio de caprichos o de necesidades; pero nunca hizo donación desinteresada de su cuerpo a un hombre para satisfacer el anhelo de su carne o de su espíritu, porque la madre vigilaba inexorable, a fin de impedirlo.

Cierto que, merced al buen gobierno de la ex frutera, la joven no se había enfangado inútilmente, y si bien

es verdad que Nené era una mujer mal reputada, al menos no carecía de nada y estaba conceptuada como una de las muñecas más costosas del amor. Pero ella hubiera preferido privarse de algunas comodidades a cambio de un poco de goce espiritual y material ofrecido por un hombre digno que la hiciese olvidar su condición de entretenida. Sin embargo, no desconfiaba de poder amar algún día con pasión absorbente de colegiala a un buen chico que la redimiese de sus desilusiones, correspondiéndola en la forma que ella soñaba.

Nené, en medio de tanto bienestar y con dos amantes a quienes amaba por cálculo y por amor propio, había vivido hasta el instante de conocer a Guillermo Heredia en un estado de «larva»; pero merced a la sapiencia, travesura y simpatía del joven aristócrata madrileño, la linda cancionista vino a transformarse en feliz «mariposa»...

III

NUEVAS AMENIDADES DE NENÉ

¿Por qué Nené Romero, la deliciosa artista, amaba locamente a Guillermo Heredia, el hijo primogénito de la marquesa de Almenares?

¡Bah! Ni ella misma hubiera sabido contestar a esta pregunta, a pesar de habérsela hecho mentalmente cada vez que un nuevo disgusto amenazaba dar al traste con su borrascoso idilio.

Una noche, Guillermo había hecho su aparición en el

camerino de Romea—teatro donde entonces actuaba Nené—acompañado del hermano de la cancionista, que le presentó a la joven como admirador de su trabajo. Nené le recibió con esa forzada amabilidad de las mujeres de teatro condenadas a ser víctimas del asedio y la curiosidad de los pollitos a la moda frecuentadores de escenarios, y respiró gozosamente cuando el perfumado aristócrata, reputado como uno de los más peligrosos profesionales del «flirt», salió del camerino para entregar a Angel diez pesetas, cantidad mediante la cual el muchacho se comprometía a presentar a su hermana a los admiradores de su arte o su belleza.

El día del beneficio de la artista, Guillermo reapareció entre los bastidores de Romea para felicitar a la «divette» y entregarla un pequeño obsequio que la beneficiada estimó de muy buen gusto. Y aquella misma noche, a pesar de hallarse cegada por la emoción de su éxito, Nené vió claramente que Guillermo era un guapo chico, de viril arrogancia y exquisita distinción, digno de una acogida más gentil que la que ella le había dispensado.

Mientras Nené, sentada ante su tocador, se pintaba un lunar capaz de enloquecer al bombero de servicio y convertia sus patillas en dos interrogaciones equivalentes a: ¿le gusta a usted mi cara?, observó, viendo al joven reflejado en el agua dormida del espejo, que era en extremo confortable y de figura muy decorativa, adornada con el encanto de un rostro pálido y simpático, donde podían admirarse unos labios golosos, al parecer pintados con la sangre de los corazones femeninos sacrificados, y unos magníficos ojos verdes de miradas elocuentes y conmovedoras. Los brillantes cabellos peinados hacia atrás realzaban con su

dorada tirantez la perfección de la cabeza, puesta altivamente sobre unos hombros anchos que ofrecían una garantía de solidez y resistencia que no se escapó a la perspicacia de la artista. «¡Hay que reconocerlo! —pensó Nené—; es un chico muy guapo: comprendo que anden locas las mujeres por él». Pero luego añadió mentalmente: «¡Lo malo es que no tiene dos pesetas!»

Sin duda la providencia de los Tenorios andaba aquella noche engolfada en la tarea de favorecer a Guillermo, porque en el mismo instante entró en el camerino de la «bella» el director de «El Cupletero», semanario dedicado al homenaje o vapuleo de las artistas de varietés, según que fuesen o no fuesen suscriptoras del citado papelucho. El director de «El Cupletero»—Herodes implacable y respetado por todas las sacerdotisas consagradas a mantener el fuego sagrado de los templos del Music-hall—atendía por León Cadórniga, y era una especie de hombre de edad imprecisable, entre los treinta y los cincuenta años, de apariencia enfermiza, calvo y morenucho, sobre cuya nariz enrojecida por el uso y el abuso del coñac parpadeaban unos ojillos en continuo movimiento, única señal de vida en aquel organismo derrengado.

Cadórniga, que en épocas mejores había sido artista de circo, crupier, editor de postales pornográficas, expendedor de duros servillanos y corredor de alhajas falsas, había resuelto el problema de su existencia con la fundación del citado semanario. Casi todas las artistas de varietés habían sido víctimas de alguna fechoría de aquel truhán alevoso que dominaba como nadie los secretos y recursos del arte del chantage, y merced a esta rara habilidad que poseía para amedrantarlas, obtenía durante todo el año anuncios y reclamos fijos de las profesionales del cuplé y de la danza

que le deparaban una vida sin sobresaltos ni privaciones.

Cuando Cadórniga hizo su aparición en el camerino de Nené, la madre de la artista se deshizo en sonrisas e inclinaciones, y de muy buena gana hasta hubiera quemado incienso a los pies del director de «El Cupletero». En cuanto a la joven estrella, niña mimada y obsequiada de músicos, autores, empresarios y periodistas, cogió con sus preciosas manos de duquesa goyesca una silla, se la ofreció al recién llegado, le prendió con zalamería un clavel en el ojal de la americana, y, finalmente, le obsequió con un poco de café, que ella se hubiera tomado, a no venir el director del citado semanario.

Hubo un ratito de floreo galante por parte de Cadórniga a Nené y de Nené a Cadórniga, calificado por la estrella ante Guillermo como orgullo y modelo de la prensa profesional, y después de interesarse por la salud de la esposa y los hijos del hombre de la nariz de berenjena, Nené preguntó:

—Y qué, ¿cuándo acaba «eso» de la «Boliche?

La «Boliche» era una distinguida desertora del fogón que, en rebeldía contra la tiranía de la escoba y ávida de hacer compatibles las cascarrias con el gran sombrero de plumas, se había lanzado a camarera en un antro infernal de las afueras de Madrid. Allí la conoció el hombre canijo, y, enamorado del aspecto de nodriza que la «Boliche» tenía, creyó que, dedicada al Varietés, haría una «divette» capaz de obscurecer la fama de Fornarina, fundándose exclusivamente en que la «Boliche» era rubia, madrileña y cachigordita, ni más ni menos que la infortunada Consuelo en los comienzos de su vida teatral.

Una popular revista de varietés, reputada como

serena e imparcial en sus juicios, había manifestado en una de sus reseñas que la «Boliche» era una cancionista mediocre, sin más méritos que una cara bonita puesta por desgracia sobre un cuerpo que parecía un botijo, y aquella apreciación ingenua y humorística pareció tan irreverente al buen Cadórniga, que inició una terrible campaña de difamación contra el director de la aludida revista.

—¡Bah!—respondió Cadórniga, después de consultar un reloj de pulsera que le había regalado una furcia en prenda de gratitud por haber cesado« El Cupletero» de obsequiarla con una serie de soeces injurias—. Me parece que tenemos para largo. En el número próximo le hablo a él de su madre y le pregunto si se acuerda de cuándo estuvo en la cárcel.

—¿Pero ha estado en la cárcel?—interrogó la madre de Nené, admirable mujer que si en aquel instante le hubieran dicho que volaba un buey, se habría asomado a la ventana para verlo.

—No, señora—contestó cínicamente Cadórniga—; pero eso, ¿qué importa? El caso es desacreditarle. Ya lo saben ustedes: ¡calumnia, que algo queda!...

—Pero, oiga usted—exclamó la madre de la artista—; yo creo que ustedes se apartan de la cuestión...

—Sí—interrumpió el hombre destartalado—; pero así aprenderán otros, y cuando sepan que yo hablo con una artista, se guardarán muy bien de darle un palo, por lo que les pueda ocurrir. Y, a propósito—añadió, después de haberse sonado con un pañuelo de seda, obsequio de otra sierva que quiso rendirle vasallaje en una forma práctica—, ¿cuándo damos una portada de Nené en «El Cupletero»?

—Cuando usted quiera—dijeron acordes madre e hija.

Y luego Nené:

—Vaya usted mañana por casa, y hablaremos.

Guillermo Heredia, que desde la llegada de Cadórniga había asistido a la edificante conversación, creyó oportuno intervenir. El sabía perfectamente, por razón de la intimidad que había sostenido con las más encopetadas y sangreazuladas princesas de la danza y del cuplé, que esas informaciones y publicaciones de retratos en las revistas profesionales se pagan, y, sintiéndose generoso, se permitió formalizar el asunto, brindándose a pagar el importe del reclamo. Luego sacó de la cartera los diez duros a que ascendía la portada, y se los entregó al director de «El Cupletero», que guiñó picarescamente un ojo a la «divette», como advirtiéndole: «¡Duro y al chupen, que ha caído un primo!» Y se despidió de los presentes, ávido de convertir en coñac parte de aquel billete tan dignamente ganado.

Aquel rasgo de esplendidez de Guillermito Heredia deslumbró a la Romero casi tanto como la coruscante figura del aristócrata, y a la conclusión de su trabajo aceptó la botella de champaña con que el joven la propuso celebrar en el Ideal Room el «succés» de su beneficio y despedida.

La madre de Nené no cabía en sí de gozo y no sabía si, ofuscada por la rumbosidad o la arrogancia del apetitoso pretendiente de su hija, sentía un extraño desfallecimiento de dulcísima voluptuosidad. ¡De qué buena gana hubiera abrazado a aquel joven tan desprendido y, sobre todo, tan agradablemente robusto! Indudablemente, Guillermo había impresionado en su favor a la hija y a la madre, y ya se relamía de gusto imaginando el éxito que iba a obtener presentándose en el Ideal del brazo de Nené para bailar

con ella entre la envidia contenida de sus amigos y compañeros de calaveradas.

Pero ninguno de los tres contaba con Angelito, el muñeco sagaz, terco como una mula y sin rival para el pillaje. Angelito, que ya era un zángano de veintitrés años, bastante peligroso por su insospechable energía y su avispada inteligencia, al enterarse de la marcha al Ideal de su madre y de su hermana con Guillermo Heredia, murmuró al oído de la joven:

—Nené, no te compongas, porque no vas al Ideal.

—¿Que no voy al Ideal?—preguntó, intrigada, la joven—. ¿Quién lo ha dicho?

—Yo—respondió secamente su hermano.

—Vamos, Angelito—suplicó la artista, empezando a adivinar por dónde iba a acabar el nene—; déjate de tonterías: vete a casa, y no me des un disgusto.

—Ya lo creo que me voy a casa—afirmó el cínico chantagista—; pero es a escribir «a Sevilla» diciendo con quién te has ido esta noche. Además, puede que también le ponga un aviso al «Macareno».

La madre de Nené, que se había percatado del cuchicheo de los hermanos, preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Qué quiere el niño?

—Nada—respondió la artista, dirigiendo a su madre una mirada que era una revelación—; que como esta noche nos llevamos el auto al Ideal, Angelito no va a ir andando a casa.—Y en seguida:—Anda, mamá, dale dos duros para el tranvía...

Pero mamá, rebelde, dijo que no llevaba en el portamonedas más que unas cuantas perras, y Guillermo Heredia tuvo que sacar nuevamente su cartera de moaré con aplicaciones de plata y dar al «niño» un billete de veinticinco pesetas, disimulando un gesto de contrariedad.

Angelito, satisfecho, se despidió entonces de todos, y mientras besaba a su hermana cariñosamente, silabeó en voz baja:

—Oye, Nené, esta noche puedes hacer lo que quieras, porque yo no me «chivaré»...

Y una vez solos y tranquilos, la artista, su mamá y el aristócrata, después de haberse despedido de los amigos y admiradores que se agitaban en el apagado escenario, subieron al auto de la estrella y se dirigieron al Ideal Room, donde Guillermo Heredia, que fué saludado como Plutón al aparecer en los Infiernos con la raptada Proserpina, satisfizo una factura de ciento veinte pesetas, a que subió la cena brillantísima con que obsequió a la joven y a su madre.

Y al día siguiente, Guillermo amaneció, sin darse cuenta, en el codiciado lecho de la preciosa artista, que no pudo menos de reconocer que había tenido una genial idea al llevarse a su casa al aristócrata, cuando éste, embriagado por el champaña, empezó a destrozar la vajilla y a insultar a los concurrentes.

Porque así, únicamente así, de una manera tan prosaica, había comenzado aquel idilio que amenazaba dar al traste con la fortuna y la tranquilidad de la gentil y perfumada artista madrileña...

IV

DOS BUENAS AMIGAS HABLAN MAL DE LOS HOMBRES

En la tibieza perfumada de aquel cuarto de baño tan blanco y reluciente, que era el orgullo de la madre de Nené, la gentil cancionista, desnuda por completo,

se contemplaba antes de introducirse en el agua frente a la enorme luna del espejo que ocupaba casi un testero de la «indispensable habitación», según frase de la ex frutera, antes enemiga acérrima de lavoteos «inútiles» y ahora siempre dispuesta a ablucionarse con el menor pretexto.

La luz, entrando tamizada por las vidrieras de cristal esmerilado, iluminaba tenuemente aquella figulina de muñeca madrileña, armónica y finísima, haciendo resaltar el rojor de los dos capullos de rosa que se erguían sobre sus pechos y el oro obscuro que adornaba el santuario donde oraron tantos feligreses. De la breve cintura desprendíase una maciza pompa que parecía de coral por lo dura, brillante y suave, y ella se abstraía complacida en la admiración de tantos atractivos con ingenua vanidad, rascándose de paso la retadora pompa coralina, donde una pulga infame había osado recrearse con malsana insistencia.

Y ya iba a sumergirse en el baño, cuando la voz de una amiga que golpeaba la puerta del cuarto suplicando audiencia a aquella reina de la escena, obligó a la joven a franquear la entrada.

Tratábase de Ofelia, una jamona rubia, abundante y sentimental, que en la alegre mañana de primavera se había lanzado a la calle tapizada de blanco y con unos rizos colgantes a la manera de Lucía de Lamermoor en el momento de volverse loca por Edgardo. Ofelia era una viuda torneada y guapetona, de treinta años cumplidos, que se había arrojado al Varietés en un momento de desesperación, como quien se tira por la ventana de un quinto piso. La causa de aquel hiperbólico suicidio no era otra que cansancio de la vida que llevaba. La opípara Ofelia se aburría en su papel de horizontal jubilada, y un día que se despertó

osada y rejuvenecida, fuése a casa de un maestro de música para aprender unos cuplés con que presentarse al público, y ver si entre tantos espectadores se levantaba alguno dispuesto a ayudarla a sobrellevar las amarguras de este valle de lágrimas; amarguras que sin la aureola que presta la luz de las candilejas nadie se hubiera brindado a compartir con ella, tal vez porque las de una viuda que pesa nueve arrobas y pico no conmueven a nadie.

Mas la robusta Ofelia—«née» Filomena Gómez—, que estaba envenenada de literatura romántica y practicaba la doctrina de Cristo en lo concerniente a «Dejad que los niños se acerquen a mí», sobre todo si tienen veinte años, al ver los ojos negros del profesor de música—ojos de árabe sensual, vehemente y perezoso—, que parecían dos cajas de betún y la prestancia retadora de gallo infatigable que caracterizaba su figura, le confundió con el auténtico Don Juan, el frustrador de doncelleces, y, sintiéndose Doña Inés, se dispuso desde el primer instante a representar el drama de Zorrilla, empezando, ¡naturalmente!, por la escena del sofá.

Enrique Ros era un maestro de música bastante peligroso. Tenía la costumbre, cuando daba lección a sus discípulas, de murmurar gachona y quedamente al oído de ellas toda clase de piropos selectos y promesas singulares, aderezadas con unas miradas fogosas que obraban el efecto de impresionar gratamente a las discípulas y ponerlas en completo estado de ebullición artístico-amorosa. Esto, unido a que Enrique era un muchacho de veintiocho años, muy pimpante y simpático, y que tocaba el piano con portentosa maestría, hacía que el suculento maestro de enhiestos y finísimos bigotes estuviese reputado entre

las artistas de varietés como el primero en su género, y a su casa afluyeran las estrellas del cuplé y de la danza, de las cuales, por lo menos las dos terceras partes, concluían invariablemente haciendo con él un número que no figuraba en el repertorio, pero que encajaba en las facultades de todas.

¡Aquello era infalible!... Discípula que estudiaba con el Wágner del Varietés y le oía tocar el piano tan portentosamente, discípula que se convertía en un volcán... en fragorosa erupción. Había tenido por queridas mujeres verdaderamente refrescantes, y hasta las madres de las cupletistas se revolucionaban junto a aquel mago creador de melodías tan delicadas como sus procedimientos de aproximación al bello sexo, y le pedían con atroz insistencia «La Invitación al vals» o una overtura de las clásicas; y la infeliz Ofelia, al conocer a aquel artista tan genial y, sobre todo, tan recio, convino en que jamás había incluído en la lista de sus amados y amadores un hombre tan sobrepujante como Ros, y se dispuso a lograrle perentoriamente.

El idilio fué rápido y provechoso para la apetitosa Ofelia, porque al maestro Ros, jinete joven e inexperto, lo mismo le daba trotar con un potrillo que con una yegua vieja—el caso era ponerse las espuelas—, y se dió con ella bastantes paseos en varias direcciones. Por aquello de que gallina vieja hace buen caldo, el inspirado maestro, que era algo aficionado al cocido—especialmente siendo gratis—,se hinchó los primeros días de la sopa que en buena hora le brindara la marrullera Ofelia; pero a los cuatro meses, el tedio le invadió para terrible desencanto de la voluminosa cupletista. Y no sabiendo ella a quién contar el desvío de su tornátil Don Juan, iba muy de mañana a confesarse con Nené, con la cual sostenía fraternal intimidad. Y así que la Romero hubo abierto la puerta a la pintada rubia, se introdujo en el agua, dejándose narrar las desventuras que afligían a la moderna Calipso amenazada de perder a su Ulises, mientras, provista de una esponja y de jabón, llevaba a cabo limpiezas sorprendentes.

—¡Es un monstruo!—aseguró Ofelia, después de haberse despojado de la infantil pamela para que apareciese en todo su esplendor una hermosísima papada entre los áureos bucles que tantas pesetas le costaron de agua oxigenada—.Tú figúrate que anoche he recibido un anónimo diciéndome que Enrique está enredado con tres jóvenes solteras; a las tres las ha dado palabra de casamiento, y cada una de ellas ignora que habla formalmente con las otras dos. Además, me dicen que tiene una querida en Barcelona y otra en Málaga. En fin, Nené, este hombre me mata a disgustos. ¡Malditos sean los hombres y quien los inventó!...

—¿Y te quejas?—respondió Nené, de espaldas, pasándose la esponja por las dos columnas sobre que descansaba el templo de los deleites morbosos—. ¡Pues hasta que te hagan lo que a mí!...

Y en un momento, con atropelladora excitación, la monísima artista, a quien un poeta hubiera podido comparar con Venus jugando entre las aguas, aunque el jugueteo no tenía nada de mitológico, volviéndose de frente, enumeró a la piafante Ofelia las últimas gatadas de Guillermo.

Al principio de conocerla, Guillermito era un gato gracioso y zalamero que no se separaba de ella ni siquiera para dormir. Todo él se hacía una caricia para encender de voluptuosidad a la linda Nené. Y

a pesar de que de escenarios adentro se repetía que el joven aristócrata carecía de dinero y no entraría en posesión de su fortuna hasta que falleciese su madre, él, que en aquellos días había conseguido de un usurero mil quinientas pesetas, desenvolvió un plan de festines que habrían hecho enfurecerse a Trimalción, y un visiteo prolongado a teatros y centros de recreo que hicieron pensar a la joven que Guillermo era calumniado, y lejos de encontrarse sin un cuarto, era un pretendiente poderoso. Pero a aquellos despilfarros de quince días en que el idilio de Nené y el aristócrata llegó al cenit, se sucedieron incidentes tan pintorescos como inesperados.

Primero, Guillermo empezó por revelar a Nené que, a causa de un disgusto con su madre, el administrador le había reducido la asignación que le estaba señalada y se veía precisado a contener sus gastos, y luego, concluyó invitándola gentilmente a terminar las relaciones. Mas Nené, que ya le amaba vivamente y que, por tanto, no desconfiaba de él, creyó su embuste, y por no perder su adorable compañía se atrevió a rogarle que le permitiera prestarle mil pesetas hasta que se restableciera su situación económica. Guillermo fingió un enojo terrible; pero acabó aceptando el ofrecimiento de las mil pesetas, con las cuales estuvo atendiendo durante un mes a sus necesidades y caprichos, y pasado el mes, como su madre continuaba todavía «intransitable», según él, dió a Nené, que no se podía pasar sin su gatito, otro arañazo de otras mil pesetas.

Una noche, Nené reflexionó que tal vez Guillermo Heredia fuera un trucoso, un vividor elegante fatal a las mujeres; pero ella, que ignoraba lo que era el amor y que creía que era amor lo que sentía por Guillermo, se respondió que bien valían unas míseras pesetas los ratos de felicidad que el joven la proporcionaba.

—Después de todo—pensó interiormente—, ¿no tengo ya noventa mil duros en dinero y alhajas, casas y auto? ¿Por qué voy a mirar el coste de este capricho? Además—agregó, para convencerse totalmente—, yo no soy la única mujer que se gasta el dinero con un hombre.

Y como Guillermo tenía deslumbrada sexualmente a Nené, que le adoraba porque le encontraba guapo, joven y sabroso, y gozaba lo indecible estrechando entre sus brazos la fresca desnudez del taimado chiquillo, ella transigía con todo antes que tener que renunciar a besar aquella boquita roja y golosa que sabía pedir dinero tan lindamente y aquellos ojos verdes, de un verde igual al de los billetes que costaban. Porque sería imposible describir la dicha que experimentaba Nené al contemplar sobre su lecho a su Pitito—como ella le llamaba en la intimidad—,indolentemente caído como un juguete que se ofrece a una nena antojadiza. Cuando ella le veía tan rubio y tan blanco, lleno de gracia masculina y de belleza sin afeminamiento, apetitoso como un Apolo del siglo xx, de líneas impecables e insinuante sonrisa, esperándola con provocativa impaciencia mientras ella se desnudaba, Nené sentía análogo mareo al que produce la visión de un abismo; su espíritu pasaba casi sin transiciones del éxtasis al vértigo, y luego, al despojarse de la última prenda, se arrojaba frenética sobre su desnudo amante y toda ella se retorcía con salvaje delectación, besando el cuerpo entero de Guillermo Heredia. Y aquellos hombros anchos y rosados eran mordidos por ella con encarnizamiento, y

lo mismo los brazos y los muslos, que llevaban continuamente la huella de sus dientes menudos. Y cuando Pitito se quejaba de tan bárbaras caricias, Nené, radiante de ilusión, le trataba como una golosina, cubriéndole de besos prolongados y sonoros; pero en seguida volvía a los mordiscos, como si pretendiera comerse aquella carne juvenil que a ella le resultaba un manjar dulce y substancioso; porque el amor de la preciosa artista por el costoso chiquillo era tan intenso, que de apacible había degenerado en tormentoso.

Guillermo Heredia, percatado del poder sexual que ejercía sobre la cancionista, abusaba de su fuerza extraordinariamente, y se imponía con sagrado impudor regateando a Nené excesos y caricias sin los cuales ella no se quería pasar. Pitito pretextaba necesidades imperiosas de dinero: deudas fantásticas de juego, apremios del sastre y boda de un amigo a quien debía regalar algo suntuoso, y como ella se resistiese al saqueo, se ponía muy pálido y nervioso y acababa por despedirse «para siempre». Entonces Nené, al ver al comediante febril y descompuesto, hablando de pegarse un tiro, sentía una especie de excitación erótica y se arrojaba sobre él, queriendo devorar a besos aquella cabecita de oro donde cabían tantas perfidias, que se inclinaba hipócritamente sobre el pecho con aire de fatal resignación. Y cuando le veía enjugarse con el pañuelo unas lágrimas que no existían, diciendo: «¡Soy muy desgraciado! ¡Para mí no hay alegría en la vida!», le abrazaba frenética y le llenaba de billetes la cartera. Porque a veces renacía en ella la chulilla, y hasta hubiera salido gustosa a robar para que a él no le faltase dinero.

Pero llegó un día en que la joven advirtió que Pitito

le había costado en medio año veinte mil pesetas, y creyó llegada la hora de consultar con su madre. Y la buena señora habló con una seguridad que para sí hubiera deseado el oráculo de Delfos:

—Mira, Nené; yo bien quisiera callarme en esta ocasión; pero al menos una vez en la vida hay que reflexionar sobre lo que se hace, según dice un refrán antigüismo. Pronto hará un año que hablas con Pitito. Es un buen mozo, no puedo negarlo, y comprendo que le prefieras a todos tus amigos. Yo no te iba a privar de ese capricho, puesto que justo es que alguna vez te dieras un gustazo; pero, hija mía, tienes que pensar que el amor no alimenta, y en todo ese tiempo que has perdido con él, no sólo no te ha dado una peseta, sino que te ha costado cuatro mil duros. ¡Vamos, que nadie lo creería!... ¡Tú, la mujer más bonita de Madrid y la artista de más postín de España, supeditada a ese monigote, como si os hubiera casado el cura! ¡No, no y no! Mándale a paseo antes de que se enteren en Sevilla, y ten un poco más de cuidado, no vaya a olerse algo el «Macareno». Ya ves; ése sí que me gusta. Me parece muy bien que tengas un capricho por él, porque siquiera es un hombre espléndido, que las pocas veces que se acuesta contigo te da el dinero a espuertas. Aparte de que siempre es un «fenómeno» y hay muchas que hasta de balde se irían con él. Pero ¡el otro! El otro es un niño litri que nos va a llevar a la ruina, como no le ates corto. ¡Es mucho nene ese Pitito!...

Nené no respondió, convencida por los argumentos de la catilinaria, y en seguida se resignó a romper con aquel guapo chico, a cuya sombra estaba condenada a sucumbir, como se perece bajo la sombra del manzanillo. Le dirigió una carta despidiéndose de él, y

aquella misma noche salió para Bilbao a cumplir un contrato que la distrajera, haciéndola menos dolorosos los primeros días de separación.

En las cuatro semanas que Nené estuvo ausente de Madrid, de «tournée» por el Norte, creyó haberse curado del amor de Guillermo. Tuvo una carta de Pitito en que éste aceptaba la ruptura, y doliéndose de la fatalidad que se obstinaba en distanciarlos, pero aceptando la fuerza de los acontecimientos, si al fin de cuentas ella iba a salir gananciosa. Nené rompió la carta para no verse en la precisión de releerla todos los días seis veces, y a su regreso a la corte pensó que su pasión por Guillermo Heredia había sido un sueño.

Pero a los pocos días debutaba en Romea Luisa de Lerma, esa aristocrática danzarina española, cuya fina belleza, arte exquisito y primorosa distinción han inspirado tantos madrigales a los poetas cortesanos, y Nené, que había oído comentar la original «presentación» de la nueva danzarina, no quiso faltar a la sección de gala del coquetón teatro de la calle de Carretas.

Llegó cuando la orquesta desgranaba las ardientes melancolías de la famosa «Serenata», de Chapí, llena de encanto morisco, y la Lerma, espiritualmente ataviada a la oriental por Zamora, como una Sherezada moderna, seductora con el irresistible hechizo de sus diez y siete floridas primaveras, daba sus vueltas con ligereza de pájaro a la luz azulada de una luna que sonreía en el escenario. A la conclusión del baile, la danzarina retiróse para transformarse en una duquesita «muy siglo XVIII», por completo celeste, adornada con rosas de una palidez agónica, y mientras ella, entre bastidores, terminaba su metamorfosis ajustándose la blanca pamela con guirnaldas de rosas, que

rimaban a maravilla con las del vestido, para interpretar la célebre «Pavana», de Brisson, que bailaba Luis XIV con sus favoritas, Nené, que paseó su mirada por los restantes palcos, descubrió enfrente del suyo a una pareja que la colmó de ansiedad.

Ella era Carmela Reyes, la maldita rival, tocada con un sombrero absurdo rematado por una lluvia de paraísos negros y perdida entre los volantes de una falda con miriñaque. Y él, era Pitito, que, sentado muy cerca de Carmela, parecía arrullarla, sin duda enamorado del collar de brillantes que la hermosa gitana de Lugo había adquirido en su última «tournée» por la Argentina. Detrás de ellos, en pie, como dándoles guardia de honor, veíase al padre y a los dos hermanos de Carmela, muy graves y circunspectos, cual esfinges inquietadoras.

Nené, que había ido con su madre y Angelito—éste de smoking y luciendo un solitario magnífico—, sintió al ver a Guillermo con la Reyes un vivo estremecimiento, que no pasó inadvertido para su hermano; el cual, queriendo congraciarse con Nené y sacarle unos duros de que estaba, por cierto, muy necesitado, exclamó, dirigiéndose a Guillermo con voz lo suficientemente alta para que el aristócrata le oyese:

—Ese hombre quiere darte a ti achares, y el que se mete contigo me escarba a mí en el hígado.

—¡Por Dios, Angel!—suplicó Nené—; no te descompongas; mira que estamos en fino.

Pero Angelito, asumiendo la representación de su hermana, prosiguió retador:

—A esa furcia la voy a comer yo la nariz, y al niño que presume de flamenco le voy a apagar los faroles. ¡Por éstas!...

—¡Angelito, Angelito!—repitió la mamá en tono

autoritario—; no seas imprudente. A nosotros, ¿qué nos importa que ese niño esté con esa gallega?

Nené sabía de sobra que no era posible un idilio entre la Reyes y Guillermo, porque la ilustre cañí tenía el perverso orgullo de su honorabilidad y se había creado una leyenda de sirena insensible a los ataques amorosos de sus adoradores; pero la mortificaba la exhibición de Pitito con una mujer a quien odiaba tan encarnizadamente. Enfurecíala la idea de que quizás algunos espectadores y la orquesta y la dependencia del teatro, conocedores de sus relaciones con el aristócrata, se estuviesen burlando a costa de ella, y hubiera sacrificado con gusto cualquiera de sus sortijas a cambio de poder pulverizar a su rival, aquella endiablada gitana gallega que le arrebataba cuanto le era más querido.

La Reyes y Guillermo, intrigados por la actitud de los ocupantes del palco de enfrente, dejaron de prestar atención al resto del programa para contestar con irónicas sonrisitas a las bravatas del hermano de Nené.

Ni siquiera concedieron su atención al trabajo de la estrella del cartel, Mimí Pinsón, una francesa que se había conquistado fuera de las tablas una importante reputación llevando a cabo esos floreos, quisicosas y monadas de «boudoir» en que las francesas son maestras geniales. En el mundo galante la llamaban «La muerte en los labios», no se sabe si por su boca pintada de color rojo de herida, que parecía una cortadura, o porque un norteamericano, cierta noche, se quedó muerto en su alcoba, víctima de la rara habilidad de la «divette». Lo cierto es que ella se había creado un prestigio de artista como consecuencia de su trabajo de gabinete—según frase popular, un

tanto irreverente, quería patentarlo, porque «lo hacía como los ángeles»—, y con carácter de atracción obtenía el aplauso de los asiduos de Romea, excepto de Pitito y la gitana de Lugo, que sólo se fijaban en los aspavientos de los ocupantes del palco frontero.

Nené, por instantes más inquieta, víctima de unos celos agudos, hacía titánicos esfuerzos para no «soltarse el pelo» y correr al palco de Guillermo, arrebatada y arrebatadora, a librarle de las garras de la gitana, y la ex frutera, presintiendo una tormenta, trataba de disolver las nubes calmando la nerviosidad de su hija y la fiereza de Angel. Pero cuando la sección hubo concluído y todos los espectadores salían a la calle, quiso el azar que Guillermo y la Reyes, con sus acompañantes, se cruzaran en el «foyer» con Nené y su familia, sin duda para deparar a los presentes un espectáculo que la dirección artística del teatro no había incluído en el programa.

Nené, que no lograba contener su malhumor, hizo un gesto de rabia al ver a su ex amante, y el hermanito, fijándose en que la gitana se ahuecaba el miriñaque, recomendó burlón:

—Señora, no levante la cortina, que el tufillo molesta.—Y en seguida, más fuerte:—¡Miradla! ¡Parece una incubadora!...

Carmela Reyes, al oir la exclamación del «gracioso», se volvió hacia Angelito, murmurando despectiva:

—¡Guasón!...

Pero Angelito entendió otra cosa mucho más grave y española, y encarándose airado con Guillermo, exclamó:

—Los hombres que son hombres sostienen todo lo que dicen sus acompañantes.

El aristócrata volvióse bruscamente, con ánimo de

provocar una tragedia; el público se arremolinó en torno suyo, para no perder un detalle de la posible bronca, y la gitana, irritadísima, rodeada de su parentela, gritó en castellano puro e inconfundible:

—¡Mierda!

—¡Para ti, golosa!—respondió el hermano de Nené, revolviéndose entre los varios individuos que trataron de contenerle. Y luego, altivo y desafiante:—¡So gallega! ¡Te voy a dejar sin rapaciño!

Fué la provocación del combate. Pitito se abalanzó sobre Angel, y las mujeres chillaron despavoridas. Pero la intervención de la gente frustró la degollina, y el drama concluyó en sainete: Guillermo tomó un coche con Carmela y sus familiares, y Nené subió al auto con la ex frutera y Angelito. Ya dentro, el niño aseguraba a su mamá:

—Tengo un temperamento tan tremendo, que vibro como unas castañuelas en cuanto tratan de burlarse de mi hermana.

Lo cual no impidió que aquella misma noche, al llegar a casa, Angelito golpease brutalmente a Nené, porque ésta se negó a darle los veinte duros que su hermano le pidiera. Al cabo de un rato de fraternal contienda, la bailarina, excitadísima, propuso:

—¿Sabes cómo tendrías los veinte duros? Si te fueras ahora mismo a buscar a Pitito.

—¿A pegarle?... ¡Tú quieres que yo me pierda!—rugió el muchacho.

—Nada de eso; lo que quiero es que me lo traigas en seguida, cueste lo que cueste: tendrás los veinte duros y diez más, si estás aquí con él antes de una hora.

Y, efectivamente, aquella noche, Guillermo, cazado por el niño y violentamente raptado a Carmela Re-

yes en el Ideal Room, hizo las paces con Nené y pasó la velada en casa de su amante.

A partir de aquella aventura, el amor de Nené por Pitito se hizo más febril, y soportaba con estoica resignación todas las tropelías de su gatito, que ahora Nené narraba con gran lujo de detalles a la robusta Ofelia para hacerle comprender que no era sólo ella una víctima torturada.

—¡Malditos hombres!...—repitió otra vez Nené—. ¡Y pensar que si no fuera por ellos estaríamos tan ricamente!...

¡Ah! ¡Los malditos hombres! ¡La eterna lamentación femenina! Por los malditos hombres, Ofelia había visto pisoteados durante quince años todos sus ensueños de heroína del teatro poético—hay que tener en cuenta que su primer desencanto lo experimentó a las catorce primaveras—; por los malditos hombres, había echado al mundo un par de niños que tenía internos en colegios diferentes, cada uno ayudado por su respectivo padre; por los malditos hombres, sufría en la actualidad martirios crueles que, sin embargo, no la hacían adelgazar, con lo cual se hubiera consolado un tanto, y por los malditos hombres, Nené había llegado a los veintiocho años siendo implacablemente víctima del brutal deseo y de la egoísta vanidad de unos compradores que ni siquiera eran dignos de adquirirla. Y por si aun había sufrido poco careciendo de verdadero y leal cariño que no encontró ni en unos ni en otros, todavía le quedaba el suplicio de su hermano, aquel golfo incorregible, pinturero, ladrón, vicioso y descastado, y el terrible Pitito.

Menos mal que ambas amigas se consolaron mutuamente de sus infortunios; y en tanto que Nené, finalizado su baño, se secaba ayudada por la resoplante

y acongojada Ofelia, tuvieron un gran alivio pasando revista a sus compañeras de profesión, juguetes también de los malditos hombres.

La Pamperita, virgen mal de su grado a los veinticinco años por la crueldad de un padre insaciable que se jugaba todo el dinero que ganaba la amedrentada muchacha, prohibiéndola flirteos y noviazgos para evitar que el pretendiente la indujera a la rebelión; la Ideal Nena, cupletista ingenua, que a los cuarenta y cinco años veíase precisada a cantar la pulga en los conciertos de tercer orden de Barcelona, soportando la rechifla del público para mantener a dos hijos de veinte y veintiún años, vagos de profesión, que aun tenían el cinismo de ir a ver cómo su madre hacía a un público canalla toda clase de inconfesables exhibiciones para que admitiese un trabajo que a su edad tenía algo de bufo; Mary del Mar, secuestrada por un marido abominable, que la obligaba a envilecerse con el hombre que la pagara cuando apremiaba la necesidad o había que ir a los toros; y tantísimas otras, víctimas de padres sin conciencia, de hermanos desaprensivos, de maridos sin decoro y de amantes encanallados; pobres mujeres, en general dotadas de buenos sentimientos y de nobles aspiraciones, que sin el yugo opresor de los hijos de Adán vivirían dichosamente sin quebraderos de cabeza.

Pero después de aquellas dolorosas confesiones y de poner al sexo feo con sus filosóficos comentarios lo mismo que unos zorros; después de haber abominado de los malditos hombres, la gorda, con toda la fuerza de sus noventa kilos, y la delgada, con más fuerza todavía, quedóse aquélla absurdamente aplanada, sumida en un «dolce far niente» que no debió de ser muy de su agrado, por cuanto prefirió provocar una enco

nada refriega, y fuése en busca de su traidor y filarmónico adorado para invitarle a almorzar reservadamente en Fornos y estrechar a los postres contra su atribulado corazón al hombre pérfido y voluble que jugaba despiadadamente con sus ilusiones de jamona alegre y confiada.

En cuanto a Nené, precisamente acababa de bañarse en honor y beneficio de Pitito, que dentro de una hora vendría a almorzar con ella y a asestarla el consabido sablazo durante la siesta.

Como dice muy bien la copla popular:

Son los hombres el diablo,
aseguran las mujeres,
y siempre están deseando
que el diablo se las lleve...

SEGUNDA PARTE

I

LA ESTRELLA CON RABO SE CONSIDERA MUY DICHOSA

A primeros de mayo, una tarde, Nené palmoteó, revelando a Guillermo:

—¿Sabes una cosa? Que el quince de este mes debutaré en Romea. Acaba de marcharse Izarduy, el agente artístico, con el contrato firmado. Y me he propuesto sobrepujar en presentación a todas las cupleteras habidas y por haber. Músicas nuevas del maestro Ros y de Martínez Solares y trajes nuevos de Sarabia. ¡El acabóse! Pienso copiar una gitana de Néstor que he visto en «La Esfera» para bailar la «Serenata», de Albéniz, y una maja de Goya para «La Duquesa torera», de Yust. ¡Voy a armar un escándalo! ¡Ya verás!... ¡Ya verás!...

—¡Ah! ¿Sí?—exclamó Guillermo.

—Parece que no te hace gracia la noticia.

—¿A mí?... ¡Qué cosas tienes, mujer!

Nené no replicó, pero había acertado. Porque el déspota había caído en sus propias redes y estaba más enamorado de Nené que lo que le convenía parecer. A fuerza de jugar con las llamas de la pasión, se había

quemado, y ahora amaba a la joven con una ciega vehemencia que le convertía en un celoso insufrible. Y a pesar de que no se abstenía de sacarla dinero, ahora la quería con un entusiasmo—menos mal—que desconcertaba un tanto a Nené, y a todas horas del día pretendía tenerla entre sus brazos, como si temiera perderla de un momento a otro. A la artista, aquellos transportes de su amante y aquellos celos insensatos, lejos de importunarla, la colmaban de dicha. Idolatraba a Pitito con todo el fuego de sus veintiocho años y deseaba ser correspondida con idéntica intensidad.

Incapaz de amar honradamente, en Guillermo había brotado aquel acceso de pasión contemplando lo codiciada que era la joven artista y los sacrificios que por él había hecho, exponiéndose Nené incluso a perder la protección del ganadero y del astro coletudo, si alguno de los dos se percataba del idilio. Al principio, Guillermo la amó porque la halló encantadora y difícil, y especialmente por apuntarse un éxito que deslumbrara a sus amigos; luego, porque advirtió que sería un filón explotable, manejada con tacto; pero últimamente la adoró porque la vió ingenua y tiernamente enamorada, absorbida exclusivamente por aquel amor que era la única preocupación de su existencia.

Porque Nené, que había hecho de Pitito el amor de su vida, le anteponía a todo, incluso a Pilarín, que fué para la artista, hasta el momento de conocer al aristócrata, el refugio de su corazón.

Algunas veces, Pilarín, que ya contaba doce años y que por su precoz inteligencia empezaba a darse cuenta de la realidad de las cosas, se había lamentado ante la abuela de la falta de mimos de la madre.

—Mamá me quiere menos que a Guillermo—exclamaba la deliciosa chiquilla, primor de gracia y de belleza—. ¿Es que ya no merezco que me quiera más que a nadie? ¿Soy mala, acaso?

La abuela procuraba consolar a la pequeña convenciéndola de que Nené no la posponía a su amante; pero en el fondo reconocía que a Pilarín no le faltaba razón. La chiquilla—convertida de repente en hermana de Nené para no envejecerla prematuramente—era sacrificada a la vehemente intensidad del amor de su madre por Pitito, y éste, que lo advertía, complacíase cada vez más en corresponder al cariño de su amante.

Era muy de esperar que aquella folletinesca ilusión del aristócrata por Nené se concluyese el día menos pensado tan sencillamente como empezó; pero mientras ese momento no llegara, la artista se abandonaba a su pasión sin detenerse a reflexionar los abismos a que podía arrojarla.

Por no separarse de su Pitito, Nené había rechazado contratos fabulosos para América y provincias, y si en alguna ocasión ella aceptó una actuación de tres días en una capital cercana a la corte, fué porque se llevó consigo al aristócrata, que no cesaba nunca de recomendarla que trabajase lo menos posible, convencido de que la constante exhibición de una artista bonita es muy peligrosa para el hombre que desea retenerla. Por eso la idea de que Nené reapareciese pronto en Romea, después de un eclipse artístico de ocho meses, no fué muy del agrado de Pitito; mas no queriendo oponerse abiertamente al compromiso de la artista, pensó que sería más prudente disuadirla en otra ocasión.

—Mira—dijo Nené—; como abajo está el auto,

vamos a ir a casa del maestro Ros a encargarle unos cuplés; luego, a casa de Julia Castelao, a dejarle una carta pidiéndola hora para que me repase los bailes antiguos y me enseñe los nuevos, y después, a casa de Sarabia, a elegir figurines y a tomarme medida de los trajes. ¿Qué te parece? A las nueve iremos a comer a Parisiana, que ya lo han inaugurado hace unos días...

Pitito aprobó el programa, y después de comunicárselo Nené a su madre, salió en el auto con el joven a ultimar los preparativos de su próximo debut.

Llegaron a casa del maestro Ros en el momento culminante de una borrasca familiar, y desde la escalera se oía claramente la voz de la madre del maestro, increpándole heroica y fulminante.

La coautora de los días del Wágner del Varietés era una excelente señora de unos sesenta años, pero a quien el tiempo no había restado energías, sobre todo tratándose de recriminar a su hijo por la «eterna cuestión». La buena señora, dotada de gran espíritu práctico y de una perspicacia finísima, había observado que los éxitos amorosos de su hijo repercutían a la inversa en el capítulo de ingresos; porque si bien era cierto que Enrique Ros hipnotizaba a las artistas con sus ojos africanos y su aire de sultán de las mil y una favoritas, también era verdad que furcia que yacía con él en supremo desbarajuste, furcia que se creía relevada del compromiso del pago, y eludía lógicamente satisfacer el importe de sus lecciones y derechos de estreno de los cuplés o bailes encargados. Esto era molestísimo, pues que si Enrique tenía la compensación de la orgía, su madre, en cambio, no sacaba deleite ni provecho. Con lo cual la simpática señora se irritaba diariamente hasta el límite de la irritación, reprochando a su hijo aquella lamentable predisposición al bello sexo, que tan fatal era a la buena marcha económica de la casa.

A la madre del compositor, en su fiera tarea de acometer a Ros, la ayudaba Perico Mora, el literato preciosista, enamorado en otra época de Nené, colaborador en la actualidad del maestro, y que era otra víctima suya, ya que si las cupletistas se evadían al pago del importe de una canción, él dejaba de percibir la mitad de los derechos correspondientes a la letra

A la entrada de Nené y el aristócrata, el tumulto se apagó. Pero después de haber expuesto Nené el motivo de su visita, mientras en un extremo del salón la estrella cotorreaba con su primitivo adorador y Ros buscaba en su despacho contiguo unos papeles de música, la madre del maestro, que acostumbraba a narrar sus contrariedades a cuantos se lo permitiesen, dijo a Guillermo con voz trémula, manejando nerviosamente las tijeras que pendían de un cordón de su cintura:

—Pero, vamos, ¿le parece a usted?... ¡Este hijo, que es el mejor maestro de varités, según dijo Saint-Aubin en el «Heraldo», y que podría ganar los duros a puñados, y sin embargo no tiene nunca una peseta! ¡Le digo a usted que me quita la vida con esa maldita afición a las mujeres!...

Y luego, abriendo y cerrando nerviosamente las tijeras, con mirada infernal:

—¡Lo que es como yo pudiera!... Mire usted; no hace mucho tiempo que vino Ofelia a dar lección y a encargarse cuplés para debutar. Al principio era muy buena pagadora y daba gusto con ella; pero en seguida él empezó a hacerla guiños, y como ella es una vieja verde que lo que estaba deseando era eso, pues le engatusó, y ahora no hay medio de cobrarla veinte

duros que debe de un mes de lección y treinta duros de tres cuplés nuevos. ¡Pero, vamos!... ¿le parece a usted?... ¡Con la falta que hace el dinero en casa!... Porque es lo que yo le digo: Si quieres mujeres, búscalas fuera de aquí; ¡pero deja en paz a las discípulas! O, en último caso, que no las haga el amor hasta que hayan pagado. ¡Es claro! ¿No le parece a usted?... Pero yo le aseguro que a esa bribona de Ofelia la señalo yo, porque es una vieja indecente que le trae más loco que una cabra, y por estar con ella todas las noches viene a casa a las cinco o las seis de la mañana, y luego no hay manera de que se levante temprano para trabajar. ¡Naturalmente! ¡Le tiene secuestrado esa tía guarra! ¿Le parece a usted?...

A Pitito, aquella charla de la madre del maestro no le interesaba, ¡pero le distraía! Y aquella sacrosanta indignación de la buena señora, lejos de contagiarle, le procuraba un cómico regocijo. Porque, hombre al fin, se hacía cargo del justísimo derecho que le asistía a Enrique Ros para yacer con unas y con otras—si bien era sensible que financieramente su donjuanismo diera un resultado negativo—, y respetaba los gustos del inspirado compositor en la elección de las partes beligerantes: ¿qué más da una vieja que una joven, una gorda que una flaca, si todas vienen a producir análoga sensación?

Pero la madre del maestro no comprendía nada de esto, y perturbada por aquel falderismo de su hijo, que la desolaba, estaba siempre atenta a frustrarle combinaciones. Y así, cuando se hallaba él dando clase a una discípula a solas y la madre se olía que la interesada era de «pronóstico reservado», hacía una entrada en el salón cada cinco minutos con fútiles pretextos, para evitar contactos filarmónico-amorosos, y a veces interrumpía, con gran desesperación de su hijo, uno de esos interminables besos ávidos, de película, con que Ros favorecía a las alumnas sumisas. Y si venía una carta o un continental de procedencia femenina—en esto la madre del maestro tenía un olfato infalible—, como fuera de una artista dándole una cita sospechosa, la rompía sin decir nada a su hijo. En cuanto a la correspondencia de provincias, ella, implacable, con un cuchillo caliente despegaba los sobres y se enteraba antes que Ros del contenido de la carta, en compañía de la doméstica, cómplice voluntaria y entusiasta de su señora en todo lo que fuera restar al señorito atribuciones. Muchas veces, Enrique Ros se descaraba con su madre negándole autoridad ni derecho a proceder en aquella forma, puesto que él ya era mayor de edad, soltero e independiente; pero como era también un hijo amantísimo que adoraba a su madre, se veía precisado a callar cuando ésta, dominada por pasajero desfallecimiento, dejaba escapar una docena de lágrimas. Entonces el maestro Ros abrazaba fuertemente a su madrecita y le juraba no volver a flirtear con las artistas, prometiendo una enmienda que tardaba demasiado en llegar.

Y mientras la madre de Ros repetía a Pitito por centésima vez cuánto rabiaba por causa de su hijo, y aseguraba que los hombres eran unos tales y unos cuales, y que ella no quería ni oir hablar de ellos (lo cual no le había impedido casarse y tener ocho hijos), Nené escuchaba embelesada los madrigales de Perico Mora, aquel excelente muchacho con quien ella mantuvo relaciones en sus primeros días de artista y que entonces no tenía él más defecto que carecer de dinero y estar obsesionado por la literatura y la avfdez de notoriedad.

Ahora Perico Mora había rebasado la treintena, y en los trece años transcurridos desde que conoció a Nené no sólo no había conseguido «llegar», sino que unas canas indiscretas habían osado turbar la lustrosa negrura de sus greñas caídas sobre la frente, y una sonrisa mezcla de melancolía y escepticismo flotaba en su rostro, poniendo de manifiesto el cansancio del literato en la lucha por la vida.

Perico Mora había presenciado el triunfo de su ex novia Nené y su rápido encumbramiento mundano con una gran envidia, viendo que había sido más afortunada que él; pero lo que más le mortificaba era haber visto que para brillar no había necesitado de él la cancionista. En esos trece años, el exquisito literato había publicado varias novelas, que la crítica saludó como primores preciosistas, que por cierto no se vendieron, y consiguió estrenar un drama concienzudamente pateado la noche del estreno, y una opereta que duró en el cartel lo necesario para que el público aborreciese el coliseo que la presentó. Por eso, ahora, Perico, un poco fatigado de luchar y como medio de aumentar su capítulo de ingresos periodísticos, había puesto una academia para artistas de varietés en complicidad con el maestro Ros y se dedicaba a hacer canciones que le producían bastante más dinero que las novelas y las obras teatrales. Decía que la gloria era una cortesana que se marchaba con quien más claudicaciones la ofrecía, y que como él era un rebelde, tardaría más que otros en llegar... ¡si llegaba!...

Para Nené fué una sorpresa encontrar allí a su antiguo novio. Pero su admiración fué grande cuando el poeta le dijo, contestando a una pregunta de ella:

—¿Que si me gustas más ahora? No, hijita. Ahora estás preciosa, elegantísima y cargada de alhajas; tienes un gran postín como mujer y como artista; pero me gustabas más cuando tenías quince años y abandonabas la frutería para ir a la academia de baile. Ahora, con tu adolescencia, ha huído también tu candor, y has quedado convertida en una muñeca sin corazón, más atenta a la prosa que al ensueño. Porque me figuro que si te acuestas con ese niño bitongo será porque te convenga, o en todo caso por vicio, pero no por una santa aspiración de lo más hondo de tu alma. Además, hace trece años tenías para mí el encanto de la chiquilla a quien yo podía enseñar algo; hoy, en cambio, tú podrías darme lecciones de todo, incluso del modo de saber vivir.

A Nené le hubiera gustado un homenaje del poeta, porque su presencia la transportaba a los felices días de sus quince abriles, cuando tomaba por toda cena un plato de verduras y un estofado; cuando tenía la mente llena de ilusiones; cuando aun desconocía las miserias morales de la existencia artística, y cuando su distinguida madre no había todavía hecho de ella un maniquí, obsesionada por la ambición del oro. A Nené las palabras de Perico la produjeron gran desilusión, porque en el fondo de su alma ella guardaba un poco de sincero afecto por aquel pobre muchacho, envejecido y fracasado; y cesó de hablar con Mora para escuchar los cuplés del maestro Ros, que éste tocaba iluminado el rostro por una fe artística sólo comparable a la de Mozart interpretando sus minués ante un senado de duquesas. La joven escogió cuatro cosas inéditas, cuyo importe satisfizo, y en seguida se despidió del maestro y de su madre, que arrellanada en el sofá, decía a Pitito con voz aguda y sibilina:

—¡Esto se va a acabar muy pronto! ¡A esa golfa de

Ofelia la arranco yo hasta el último pelo! ¡Por supuesto, que hace unos días la puse un anónimo!... ¡Para que se entere de que Enrique tiene tres novias formales y dos pingos de viaje!... Y ayer la he mandado otro poniéndola de pendón que no hay por dónde agarrarla! ¡Habrá rabiado más la indina!... Tengo ganas de que venga hoy, para ver qué cara trae, porque ayer le envió un continental a Enrique diciéndole que fuera sin falta a su casa a la una de la noche; pero como yo no se lo dí, él no ha ido a verla; así es que ese pulpo estará como para morder a su padre...

A la salida de casa del Wágner perforador infatigable, Nené y Pitito fueron a dejar la carta en la academia coreográfica de Julia Castelao, y luego dirigiéronse a la mansión celeste y perfumada de Sarabia, el modisto de moda.

Luis Sarabia era un hombre de treinta y cinco años que aún presumía de efebo y solía cubrir su cabeza, pelada como un huevo, con un enrevesado bisoñé, que en los días de viento volaba alegremente para desesperación de su propietario y regocijo del público.

Poseedor de un instinto decorativo original e inconfundible y de una actividad pasmosa, pero enfermo de narcisismo y enamorado de las telas femeninas, había renunciado a su destino de plantilla en un ministerio para montar un gran taller de modistería que se prestase a sus caprichos de niño decadente y erotómano. Había difundido unos folletos muy curiosos en que hablaba de la importancia de la «toilette», entonaba un canto a las elegancias clásicas y a las elegantonas de la historia, y por contera manifestaba que, en vista de que el arte de la aguja estaba atenazado por las garras de modistas mediocres, él se había propuesto ennoblecerlo y glorificarlo. Y a este fin había montado su gran establecimiento de modas, asesorado por un exquisito dibujante de elegancias, tan trastornado como él en el orden sexual, donde las señoras podían encontrar toda clase de espirituales creaciones a precios sumamente razonables. (Porque había que armonizar la literatura preciosista con la administración.)

En realidad, aquel folleto—escrito, aunque no firmado, por un distinguido prosista de la intimidad del modisto y el dibujante, que también observaba como ellos exageradamente el sexto mandamiento de la Ley de Dios—estaba hecho para justificar ante las gentes mordaces el brusco cambio de profesión del oficinista y su sospechosa conflagración con el dibujante, y de paso era un llamamiento a las hijas de Eva que iban a sostener subpreticiamente las torcidas inclinaciones del Narciso de la calle de Alcalá y del dibujante, devuelto a España, donde no hacía ninguna falta, por la guerra europea.

Todas las noches, el pimpante Narciso—un Narciso deteriorado por el uso de numerosos afeites y horrendos extravíos—se probaba los trajes de las clientes preparados durante el día, y en el salón, ante un espejo colosal, evolucionaba fantásticamente, corrigiendo un pliegue del corpiño o una imperfección de la falda. Y llevado de una irresistible pasión por la danza, sin darse cuenta apenas, bailaba, para su admirado dibujante, como David ante el Arca de la Alianza, imitando a Carmela Reyes, unas músicas andaluzas que tocaba el magnífico gramófono colocado en un extremo del simbólico «salón de recibir», presidido por un busto del Dante.

¡Aquello sí que era selecto, educativo, transcendental y, sobre todo, «muy siglo XXI»... ¡Un señor, más

cerca de los cuarenta años que de los treinta, pintado como una cupletista, vestido a la «derniere», según él, y envuelto en un mantón de Manila, levantando sus canillas hasta el aparato de la luz eléctrica y dando brincos absurdos que estropeaban la soberbia alfombra y mostraban a los espejos una grupa abundante y movediza! Y luego se vestía de zíngara y se ponía un turbante que le tapaba un ojo, como los caballos de la plaza de toros, para hacer «poses» hieráticas—algo así como si se estuviera mordiendo un callo o le dolieran los riñones—y dar vueltas vertiginosas como una perinola, y adoptar actitudes tomadas del sepulcro de los Faraones y relacionadas con la Giralda, el Guadalquivir y el barrio de Triana... Porque Sarabia, obsesionado con las danzas jeroglíficas, atormentadas y geniales de la notable artista cañí, después de haber degenerado de empleado en modisto, degeneraba de modisto en imitador de estrellas de varietés, y hasta soñaba con debutar, como fin de fiesta, en Lara, creyendo de buena fe que realizaba un trabajo extraordinario, superior al de Bertin o Foliers, y que disfrutaba de unas nalgas muchísimo más suficientes y persuasivas que la ex mujer del «Chanito» para bailar por bulerías o interpretar la zambra gitana. Ya había celebrado algunos aquelarres bastante pintorescos, en que bailó para una concurrencia avecindada en Sodoma lo que él llamaba «su repertorio»; pero los invitados osaban tomar a broma sus aspiraciones artísticas, y decidió poner fin a los ágapes y renunciar a la amistad de los iconoclastas.

—Después de todo—pensó—amigo que no da y cuchillo que no corta, aunque se pierdan no importa.

Circunscribióse a su amistad con el dibujante, y si bien éste le resultaba un creador de elegancias en extremo costoso, en cambio llevaba la ventaja de que, merced a sus figurines, la clientela aumentaba de día en día. Aparte de que su labor particular justificaba todo despilfarro.

Sarabia recibió en su despacho a Nené y a Pitito modelado por un frac color lagarto con botones de azabache y unos pantalones blancos que dejaban al descubierto las canillas rosadas al través de las medias transparentes, y los pies aprisionados en unos zapatos de charol con tacón grana. Vestido de aquella guisa y con el bisoñé furiosamente ondulado, el empleado-modisto-imitador parecía un excéntrico musical de esos que tocan la matchicha haciendo sonar una cucharilla sobre tazas de chocolate, y Pitito hubo de contener una sonrisa ante aquel pobre ex hombre que, víctima de sus perversas aficiones, se había convertido en un fantoche asqueante. Sarabia exhibió las últimas novedades en figurines y las más disparatadas creaciones, puestas sobre maniquíes vivientes, y Nené, después de haber elegido cuatro modelos lindísimos (porque, eso sí, aunque Sarabia no supiera desnudar a las mujeres, sabía, en cambio, vestirlas primorosamente), salió de casa del imitador de Carmela Reyes apretando a Pitito contra su pecho.

Después de Enrique Ros, el maestro caprichoso y pérfido que engañaba a seis mujeres simultáneamente; de Pedro Mora, envejecido y fracasado, y de Luis Sarabia, que ni siquiera merecía el dictado de hombre, ¡qué adorable le pareció su Guillermo, dedicado únicamente a ella, joven, hermoso, floreciente y lleno de alegría y de virilidad, sin mixtificaciones reprobables! En aquel momento se consideró la mujer más dichosa del mundo, reconociendo íntimamente que Pitito era una perla de veintidós años, un orgullo del sexo mas-

culino, para conservar al cual bien se podía entregar todo el oro del mundo y aun parte de la propia vida. Por Pitito, gentil y apetitoso, Nené habría llegado al crimen, si él se lo hubiera pedido, mirándose en sus ojos fijamente, como ahora se miraba en el interior del auto, para tormento del chofer, que se caló la gorra irónico, presumiendo que en las obscuras proximidades de Parisiana empezarían a sonar los consabidos besos.

Como así fué...

II

LA SOMBRA DE ESQUILO HACE SU APARICIÓN

Encerrados en un saloncillo rojo de Parisiana, con las ventanas de par en par, donde habían comido riendo y cantando, Nené y Guillermo se arrojaban al abismo sin fin de las caricias jurándose cariño eterno.

En aquellas noches de mayo, que un calor prematuro hacían más agradables, brillaba la luna iluminando el mar de verdor que forman la Moncloa y el Parque del Oeste, cuyos perfumes penetraban por la ventana abierta, acariciando a los amantes. No corría viento; sólo se percibía la brisa del anochecer sin fuerza para sacudir el follaje, que permanecía inmóvil.

Los jóvenes, cogidos de la mano y estrechamente arrellanados sobre un diván, contemplaban en silencio el paisaje, adormecidos por la recíproca voluptuosidad.

—¡Esta brisa del anochecer emborracha!—exclamó Nené.

—La brisa del anochecer y las dos botellas de champaña que nos hemos tomado, hijita—rectificó él, besándola en la nuca.

La claridad lunar se había hecho más intensa, cubriendo con su manto de plata las copas de los árboles, y algunos faroles entre el ramaje parpadeaban avivando el brillo de las hojas. ¡Qué contenta y qué esponjosa se encontraba Nené, en aquel apacible refugio galante, lejana de su madre y de su hermano, el bigardo que parecía complacerse en atormentar a la artista con sus constantes latrocinios y su cobarde brutalidad, que ella ahora evocaba tal vez para que resaltase el buen comportamiento de Guillermo, único hombre a quien debía ratos verdaderamente encantadores! Cierto que Guillermo le era bastante más costoso que su hermano; pero al menos Pitito sabía sacarla el dinero dulcemente, como un hábil dentista sabe extraer una muela, sin dolor, y no era como Angel, un sablista abusivo que solía acompañar sus peticiones con injurias y golpes.

Hacía una semana, una noche en que Nené fué a ponerse sus alhajas para salir al teatro, notó que le faltaba una sortija de brillantes, regalo del «Macareno», que valdría mil pesetas; y al prorrumpir en violentas exclamaciones que atrajeron a su mamá y al terrible Angelito, éste se confesó autor de la substracción, alegando que había tenido un apuro pecuniario.

—¡Pues no te alteras tú poco, niña—dijo su hermanito cínicamente—, porque te falta la sortija de ese maleta! ¡Pero si tú tienes brillantes de sobra! ¡Cállate, y no seas chicharra! Además, dile a él que se te ha perdido, y verás cómo te compra otra mejor...

«Aquello» no era la primera vez que sucedía. Nené estaba acostumbrada a sufrir las rapacidades de An-

gelito; pero siempre le costaba un disgusto cada nueva fechoría de su hermano, porque como su madre se ponía de parte del ladrón, calificando de «ligereza» o «travesura» lo que no era sino un robo, el ladrón cobraba bríos y se atrevía a más y mayores latrocinios. Al principio, se llevaba los cubiertos de plata para venderlos al peso; luego, las cadenitas de oro y los obsequios de los empresarios y amigos en noches de beneficio, y tras del hurto de la sortija vendría el del collar o el de los pendientes de cinco mil duros. Bien es verdad que al niño no podía dársele todo cuanto pedía, porque hubiera necesitado la asignación mensual de un ministro de la Corona, y Nené padecía lo indecible bajo el yugo opresor de aquel pollito que recurría a las bofetadas cuando la joven no atendía sus demandas.

En la estancia, tan íntima y tan confidencial, empezaron a entrar las melodías de una orquesta que interpretaba un schotis de Martínez Solares con la misma fruición que si se tratara de la novena sinfonía de Beethoven. Nené, rechazando bruscamente el recuerdo de su hermano y acercándose a la ventana para escuchar mejor la madrileña composición, dijo a Pitito:

—Ahora me acuerdo de cuando yo era una chiquilla y bailaba en las kermeses hasta rendirme. ¡Me están entrando unas ganas atroces de bailar agarrao!...

Pitito la cogió entre sus brazos, y parodiando a los Nijinskis de merendero, dió con la joven unas vueltas por el salón, mientras ella cantaba a dúo con el organillo la melosa canción de moda:

Agua pasada no corre molino:
ya jamás podré quererte
como antes te he querido...

—¡Qué bonita música hace Martínez Solares!—exclamó la artista de repente—. ¡Comprendo que le tengan tanta envidia! Voy a estrenar un cuplé de él en Romea que va a ser una revolución.

Martínez Solares era un ilustre pintor marinista, varias veces laureado; pero atacado de monomanía musical, descuidaba los pinceles para improvisar una serie de canciones absurdas que luego se encargaban de popularizar las princesas de music-hall. Todos los técnicos estaban de acuerdo en reconocer que las producciones de Martínez Solares eran francamente monstruosas, atentados gravísimos contra las principales leyes de la música; pero el público en cambio opinaba todo lo contrario, y Martínez Solares, que según «vox pópuli» desconocía los principales fundamentos del arte del pentagrama, había sido consagrado como el compositor de moda. Esto exasperaba a los autores de merecido prestigio, que, en su furor al verse preteridos al laureado marinista, le hacían una guerra encarnizada y procuraban arrastrarle al ridículo, acusándole de hacer política hidráulica en todos sus cuplés.

Efectivamente, por culpa de Martínez Solares, el tiempo se había metido en agua para las tonadilleras, y casi amenazaba un nuevo diluvio universal, pues no había una que no saliera a cantar: que la mar es muy traidora, agua que va río abajo, cómo el agua busca al río, agua que no has de beber, a la orilla de la mar, el agua que tú bebiste, y otras no menos húmedas que acabarían produciendo una epidemia de reuma entre las cancionistas.

Martínez Solares era un perfecto caballero y un amigo intachable, que no había cometido otro delito que el de servir de puente de unión entre las cancionistas y el público. Pero como sus cuplés, que él em-

pezó a componer como pasatiempo, le producían rendimientos envidiables—más de treinta mil pesetas al año—, los envidiosos y los fracasados le asaetaban con innumerables calumnias. Decíase que acosaba a las furcias para que le cantasen repertorio, y que las regalaba las orquestaciones de sus «burradas»; que las hacía retratos al óleo; que las obsequiaba con pastas y licores en las horas de clase, y de buena gana le habrían triturado artísticamente, si no hubiese sido por imposibilidad material. Martínez Solares producía incansablemente, y sus «monstruosidades» eran las que proporcionaban más triunfos a las estrellas, y más venta de discos a las casas de gramófonos, y de partes de pianos a las casas editoras de música impresa. Martínez Solares cobraba en la Sociedad de Autores liquidaciones trimestrales de cuatro mil pesetas, y, como consecuencia de ello, los demás autores de cuplés estaban dispuestos a aceptar con verdadero entusiasmo cuantas enormidades se pusieran en circulación acerca del prestigioso marinista. No le perdonaban que fuera por sus bellas cualidades morales y su discutida inspiración el autor predilecto de las furcias de alto copete y que disfrutara de tan excelente concepto en el ánimo de estrellas como la amante de Guillermo.

Adán y Eva en el Edén no gozaron de dicha tan serena y desfallecedora como Nené y el aristócrata aquella noche en Parisiana. Ellos creían hallarse en el Paraíso terrenal, y si no hubiera habido que pagar al camarero, la ilusión habría sido completa. Pero sobre las once, aprovechando una ineludible salida de Guillermo, la serpiente, en forma de mozo, turbó la paz de aquel rincón de ensueño para advertirle «que si la señorita era la cupletista Nené, un caballero que estaba en el salón contiguo deseaba hablarla». Nené colmóse

de sorpresa, y al principio pensó negar su personalidad; pero, mujer al fin, aprovechando la tardanza de Guillermo, salió al salón contiguo.

Era el «Macareno», el coletudo generoso a quien ella saqueaba haciéndole creer que era su «caprichito» y el único hombre por quien dejaba de ser fiel a su amante oficial, el ganadero. El «Macareno» había venido de improviso a Madrid de paso para Extremadura, donde iba a torear las corridas de una feria, y su primera visita fué a casa de Nené, deseoso de sorprenderla, donde, naturalmente, no se hallaba la joven; pero su madre justificó la ausencia diciendo que Nené había ido a comer con su amiga Ofelia, que celebraba su cumpleaños. Mas Angelito, que era un diablo y aquella noche—como todas—necesitaba dinero, a cambio de diez duros que le sacó al «fenómeno» le dijo que Nené donde estaba era en Parisiana de comilona con Guillermo Heredia. Y allá se fué el torero «intelectual», amigo de pintores, periodistas y literatos, gitano envenenado de señorío y reflexión, con ganas de tragedia, porque realmente estaba interesado por Nené.

—¡Ah!, ¿eres tú?—exclamó la bailarina exhalando un suspiro.

—Sí; yo soy—respondió el torero fríamente—. Me pareció reconocer tu voz, y dije al camarero que te avisara.

Ella, apresándose a la defensa, afirmó:

—He venido con un agente, ¿sabes? Me ha arreglado un contrato magnífico para Barcelona, y hemos querido firmarlo después de comer juntos. Vete a casa y espérame, que en seguida voy. No te enfadarás conmigo por esto, ¿verdad?

—¿Yo? Nada de eso—contestó el «fenómeno»—. ¿Por qué me he de enfadar? ¿No eres tú libre para ha-

cer lo que te dé la gana? Por mí, como si estuvieras con Guillermo Heredia, ese pollo sietemesino, que según me han dicho te anda camelando...

—¡Mentira!—interrumpió Nené palideciendo.

—¡Mentira!—repitió irónico el «fenómeno»—. ¡Mentira! ¡Y acabas de comer con él! Te advierto que a mí no me choca. Después de todo, tú eres una mujer que yo se la había quitado a uno. No tiene nada de particular que otro me la quite a mí. ¡Otro se la quitará a él!...

—Pues bien—dijo la joven, exaltada y perdiendo la noción de sí misma—; ¡estoy con él! ¿Y qué? ¿Eres tú mi marido para pedirme cuentas? Tú y yo nos juntamos por un capricho, ni más ni menos; luego hemos seguido, porque sí... El capricho pasó... ¡Pues a otra cosa!...

—Chica, tienes razón—asintió el «fenómeno»—. Te juro que cuando supe que estabas aquí con otro, pensé venir para ahogaros a los dos; pero luego, por el camino, lo he pensado mejor, y no quiero perderme por un niño litri. Yo mato toros, pero no mato cabritos. Así es, que tengo que decirte que, para evitarte el trabajo de andarme engañando, vamos a concluir de una vez. Tú por tu lao y yo por el mío. Pero no me vengas más con pamplinas y diciéndome que el de Sevilla es un viejo que te tiene sin cuidao, y que le das coba para sacarle los cuartos, y que yo solo soy el hombre que te gusta. Si tú te has figurao que yo soy un muñeco y que se puede jugar conmigo... no es por ahí, prenda... De mí no se ríe nadie. ¿Te has chalao por otro? ¡Buen provecho te haga! Después de todo, para eso has nacido: para andar con el primero que te paga o que te gusta.

Nené, llena de ira por los reproches del despechado torero, apenas tuvo fuerzas para exclamar:

—¡Canalla! ¡Golfo! ¡Maleta!

Pero con acento lo suficientemente alto para que Pitito, que volvía del piso inferior, la oyese. Al verla frente al «Macareno», se hizo cargo de la situación, y encarándose con el astro coletudo, proclamó:

—¡Todo lo que tenga usted que decir a esta mujer, me lo cuenta usted a mí!

—¿A usted?—contestó zumbón el torero—. ¿Es usted su chulo, por casualidad?

Pitito no respondió; pero después de agarrar con rapidez una botella de agua que había sobre la mesa, se la tiró a la cabeza al torero, que, aturdido y sangrante, se abandonó sobre un diván. Al ruido del escándalo acudieron varias personas, las cuales evitaron que la riña se convirtiera en homicidio, arrebatando a Guillermo el revólver con que apuntaba al «fenómeno».

Hay mujeres que sienten gran debilidad por los hombres valientes y que experimentan el vértigo junto a un hombre sin miedo. A Nené, que era una de éstas, el arrojo y la sangre fría de Pitito castigando al «fenómeno» le hizo quererle más. Aquel festín paradisíaco concluyó en la Comisaría. Y cuando la joven y Guillermo, después de haber prestado declaración, emprendieron la retirada, ella no se hubiera cambiado por ninguna mujer del mundo. Había perdido una de sus dos considerables fuentes de ingresos; pero en cambio había admirado, una vez más, cuán «flamenco» era aquel mozo rubio que ella adoraba con locura. ¿Qué la importaba que el «fenómeno» la retirase su elevada asignación y sus espléndidos regalos, si aun le quedaba «el de Sevilla», y sobre todo, aquel gatito mimoso y marrullero que la quería tanto y que seguía siendo suyo... suyo... suyo...

III

INESPERADA «REPRISE» DE LA GUERRA DE TROYA

—Señorita Nené, ¡a escena!...

Oyéronse dos golpes dados en la puerta del camerino por el avisador, y la célebre «divette» repasó ante el espejo su helénico atavío, disponiéndose a salir al escenario de Romea, en cuya sala un público impaciente que había agotado las localidades aguardaba la reaparición de la artista, después de una larga ausencia de las tablas.

Luego de un eclipse que había durado aproximadamente año y medio, Nené tornaba al escenario de sus triunfos infinitamente más bella y sugestiva que nunca, aureolada con las luces de las fastuosas joyas que iluminaban su figura de diosa del Olimpo.

En verdad que estaba adorable la gentil cancionista, modelada por una túnica blanquísima de crespón transparente que se abría en el lado izquierdo, dejando descubierta la línea irreprochable de una pierna desnuda y sonrosada. La rubia cabellera, adornada con cuatro cintas de oro, enmarcaba el rostro ovalado, que sin tener nada de griego resultaba altamente apetitoso, con los ojos enormes, muy rasgados, como abstraídos en un dulce ensueño, y la boca pintada, de labios demasiado golosos para no ser sensuales. La famosa Nené, no obstante hallarse más cerca de los treinta que de la adolescencia, iba a surgir ante el monstruo de las mil cabezas irresistiblemente hermosa, ataviada a la griega y rebosante de encanto infantil, que subrayaba el timbre de su voz acariciante.

Todavía permaneció Nené unos instantes arreglando la caída del peplo de gasa violeta que velaba sus espaldas desnudas y una parte del pecho; recogió de manos de su madre el ánfora dorada que ésta le ofreció entre bastidores, y cuando la orquesta inició los primeros compases de un schotis del maestro Ros, que lo mismo podía ser de Linke, después de santiguarse, apareció la artista al resplandor del foco, pimpante y retadora, causando con su delicada presentación el asombro del público, que la dispensó una ovación ruidosa y prolongada.

Terminó su cuplé—el consabido cuplé «de salida», cuya única misión es prestarse a que la artista luzca un bonito vestido—, y mientras se cambiaba de indumento en el diminuto tocador improvisado entre bastidores, la abigarrada concurrencia dedicóse a cambiar impresiones acerca de la linda cancionista.

Aquella noche habíase congregado en la perfumada y coquetona sala de Romea todo el «Gotha» de la Danza y el Cuplé residente en la corte.

En un palco estaba «Coralito», la ingenua y picaresca estrella que se había creado una importante reputación cantando «La pulga» sin más atavío que una camisa blanca y transparente, que diríase una nube atravesando el cielo de la hermosura. En sus primeros tiempos de artista, «Coralito» solía prenderse un lazo de cinta color de rosa allá donde la madre Eva se colocara la hoja de parra; pero últimamente la monísima cancionista había monopolizado el favor de las señoras y presentábase en escena cantando un repertorio inofensivo y luciendo unos trajes que podrían ser exhibidos en una recepción del Vaticano. A «Cora-

lito» la acompañaba su mamá y un renombrado periodista que era la pasión circunstancial de tan codiciada muñeca; porque «Coralito», que se hallaba metalizada—el timbre de su voz sonaba a tintineo de monedas de oro—, gustaba de satisfacer de cuando en cuando algún que otro capricho amoroso, sin duda para resarcirse de los malos ratos que la proporcionaban los millonarios de turno. El favorito de esta vez era un simpático chicarrón audaz, de unos veintinueve años, que tenía el aliciente de una corpulencia formidable, que hacía temer por la fragilidad de la ingenua «Coralito».

En otro palco, «Heliana», una encumbrada desnudable procedente de América, que en Buenos Aires había arruinado a varios de sus amadores. «Heliana» traía la aureola de una leyenda equívoca—decíase que en su palacio bonaerense esta reina de la moda había mantenido un enfermizo idilio con un hermoso tigre de Bengala—, y mataba su tedio en Madrid estudiando para cancionista. Aspiraba a alcanzar un puesto discreto entre las sacerdotisas del cuplé, y, mientras, dedicábase a darse buena vida con los miles de duros que trajera de la ciudad del Plata. Con ella se encontraba «Arabela», una preciosa bailarina que narraba a todo el que gustaba de contagiarse de novelerías las peripecias de sus viajes alocados por Europa.

«Arabela», siempre escoltada por su madre—que tenía el aspecto de un hulano y, según rumor público, era un Tenorio con faldas en lo concerniente a la seducción de negros—, había entrado en París en los brazos de un bailarín casado que la raptó, previo consentimiento de mamá. Bailando, bailando, «Arabela» y su parejita habíanse internado en el país de la media luna, donde la ruta de los amantes se perdió por com-

pleto. Pero al estallar la guerra europea la bailarina reapareció en la corte escoltada por el consabido hulano maternal y sin la coreográfica compañía de su raptor. Ahora la exaltada danzarina aseguraba que sus amoríos con el bailarín fueron puro platonismo, pues a quien él desnudaba era al hulano; lo cual no era del todo inverosímil, ya que la citada señora, además de ser una interventora eficacísima en aproximaciones amorosas, era capaz de quedarse en camisa para el primero que se lo pidiese, aunque fuera un negro de la Hotentocia. «Arabela» añadía que en Constantinopla se había casado secretamente con un príncipe y vístose precisada a separarse de él hasta que terminase la conflagración.

En realidad, no sucedía sino que a «Arabela» y al hulano se les había indigestado alguno de los folletines que solían devorar, y pretendían intrigar a los madrileños con el relato de un matrimonio que sólo se había celebrado en sus calenturientas imaginaciones, sobreexcitadas por la vigilia y el insomnio. «Arabela» y su madre no cesaban de alabar las riquezas del hipotético príncipe turco, un marido cariñosísimo, pero que como no las escribía ni siquiera las enviaba dinero, las puso en el trance de «rodar por la pendiente», según expresión de la niña. Primero, «Arabela» dijo que ella no aceptaría en el mundo galante sino una aventura discreta y que la reportara una fortuna; pero luego acabó aceptando en la Puerta del Sol chapuzas para una sola noche, desde cien pesetas en adelante. El hulano recibía en su domicilio parejas amorosas, que ella misma enlazaba, y la hija, por tratarse de una real hembra, era la bacante obligada en las orgías de Los Burgaleses; y cuando «se soltaba el pelo», que era a la hora de beber, ponía al príncipe turco como chupa

de dómine, y luego, para vengarse de él, se revolcaba con los presentes en el sofá, mientras la madre hacía lo mismo en la estancia contigua con el camarero de servicio. Porque, eso sí; el hulano, corruptor de negros, no privaba de nada a su chica, entre otras razones, porque era una buena madre y no quería contrariarla; pero tampoco era justo que mientras la hija tenía seis o siete hombres para ella sola, la mamá, que aun era joven y tenía unas mollas que daba gloria palparlas, estuviese de mirona. Y regularmente se encerraba en el cuarto del lavabo con el camarero y le daba una propina, que también lo era para ella.

En otro palco, Rosalina Maldonado, celebrada canzonetista que tenía la exclusiva del camelo, continuamente glosadora de su propia honestidad. Hablaba sin descanso de su «acreditado tesoro virginal», ni más ni menos que si sus oyentes pudieran verlo y tocarlo. Pero así como hay muchas mentiras que en fuerza de ser repetidas llegan a ser tenidas por verdades, hay muchas verdades que, en fuerza de ser repetidas, nos hacen dudar de ellas, y Rosalina empezaba a perder su cartel de hermética, sobre todo desde que confesaba públicamente sus relaciones amorosas con Vasconcellos, un empresario portugués que en sus continuos viajes por el mundo había adquirido aficiones perversas. Vasconcellos era un hombre de unos cincuenta años, recio, galante y generoso, que sustentaba la teoría de que en horas de temporal cualquier agujero es puerto. Había convertido en poderosas a varias cocotrices y artistas sin otro mérito que su belleza y su amabilidad ante los caprichos morbosos que le caracterizaban; pero corríanse rumores de que, cansado de llevarse las últimas virginidades verosímiles de las muñecas del amor de la Península—Vasconcellos no mantenía

idilios sino con portuguesas o españolas—, había decidido casarse con Rosalina Maldonado y vivir de la renta de una cuantiosa fortuna adquirida en negocios teatrales. Pero algunas gentes daban por ciertísimo que Rosalina había sucumbido al oro del portugués sin esperar a contraer el compromiso nupcial, basándose en el desarrollo posterior de la almibarada cancionista, que cantaba en camelo con una perfección inimitable. Aquella exuberancia no podía ser natural, a juicio de los murmuradores, y conociendo las aptitudes y entusiasmo del redomado Vasconcellos para determinadas empresas, cabía imaginar algo terrible que no favorecía a la hermosa y virginal Rosalina.

En otros palcos y butacas, la «Curra», evocadora de los tiempos de Goya, artista de refinada sensibilidad y espléndida hermosura, que fué la primera en aportar al Varietés las canciones de 1808, vestida al estilo de la época; la «Perla de Oriente», una danzarina negra que trabajaba semi desnuda, pero que no convencía a nadie con sus carnes embetunadas; «Paloma de Segovia», otra danzarina que vivía en la locura como el pez en el agua, empenachada de paraísos negros y cubierta con un abrigo en forma de casulla que había hecho exclamar a un guasón de la entrada general: «¡Dóminus vobiscum!»; y la «Pamperita», la bailarina ingrávida, gentil y espiritual, maga del ritmo y de la gracia que con la «Curra», Nené y Carmela Reyes formaba el cuadro de ases de la baraja de artistas favoritas del público.

La gitana de Lugo estaba en otro palco acompañada del marqués de Tixeras, del director de «El Cupletero» y de su padre y hermanos, toda risueña y satisfecha, porque, después de sus continuados fracasos,

la veleidosa simpatía del público la había devuelto a su antigua condición de as y «se traía una combinación» infalible para malograr el debut de su rival.

Sonó el timbre anunciando la segunda canción de Nené, y ésta salió de maja goyesca a cantar una tonadilla de Granados que no fué del agrado de la «Curra», pues ésta, que se había adjudicado a sí propia el título de reina de las tonadilleras, no transigía con que ninguna otra abordara ese género. En justicia, a la «Curra» no le faltaba razón: ella fué la que resucitó las tonadillas y quien las interpretaba con maestría insuperable. Pero cuando el público tiene devoción por una artista, todo cuanto ésta haga le parecerá digno de aplauso, y Nené, que estaba en el trono de la admiración de los madrileños, fué ovacionadísima a la conclusión de «El majo discreto».

Mas si a la «Curra» no le satisfizo poco ni mucho el trabajo de Nené, Carmela Reyes lo calificó de desdichado. Carmela no se explicaba cómo podía gustar aquella «furcia de pelo de estropajo», que «desafinaba un porción», y exteriorizaba su impresión en frases lo suficientemente altas para que la oyesen sus vecinos de palco, unos pollos aristocráticos que, para desgracia de la gitana de Lugo, eran amigos de Guillermo Heredia y habían ido exclusivamente a aplaudir a Nené. Y a tal extremo llegaron las intemperancias de Carmela, que el marqués de Tixeras procuró calmar hábilmente la excitación de la gitana, que daba continuamente a su hermano con el codo, como apremiándole a realizar algo a que el hermano no se decidía.

A raíz de los primeros choques con Nené, que determinaron el estrepitoso fracaso de la Reyes en el Trianón Palace, la gitana de Lugo se deshacía víctima de un anhelo insensato por destruir a la rival que

había conseguido restarle la voluntad del público. Aquellos incidentes agriaron el carácter de la gitana, que empezó a regocijarse efusivamente de las contrariedades y desgracias de sus compañeras. Daba con toda naturalidad malos consejos a las mujeres que la rodeaban, y puso en circulación cuantas ferocidades brotaron de su cerebro, devorado por la envidia y el despecho. Volvióse insoportable, orgullosa y cruel, e incurrió en la monomanía de chismorrear. Ella fué quien inventó la especie de que la «Pamperita», cuya honorabilidad era indiscutible, cometía incesto con su padre, al cual bautizó con el remoquete de «Capitán Sánchez», porque como no podía quitarle los aplausos de un público idólatra, la robaba la honra; como fué la que hizo correr la versión de que la «Curra» tenía un cáncer en la garganta. Para la Reyes, cuando una artista engordaba, era porque estaba encinta; si adelgazaba, era porque había contraído una enfermedad vergonzosa, y si cometía un desliz, era porque su madre la había vendido.

Hubiera deseado tener el poderío necesario para matar impunemente a cuantos no la admirasen; quería absorber la atención general, ser única y que sus gestos y sus deseos guiasen la marcha del mundo. Envenenada por la lectura de las crónicas literarias en que se la incensaba por amistad o conveniencia, creía honradamente que no existía otra personalidad superior a la suya.

Para ella no era un secreto que gran parte de la admiración que despertaba debíala a su reputación de mujer honrada, y recurría desesperadamente a su honradez para conquistar nuevos adeptos.

«No comprendo—solía decir—que er público simpatise con estos peyejos. Siquiera yo, huelo a honrá.»

La tercera canción de Nené fué una historieta picaresca del corte de las que cultivara «Coralito» tiempos atrás, y, como es de suponer, agradó a toda la concurrencia, menos a la creadora de «La pulga».

—A mí no me gusta. ¿Te has fijado, mamá? Además, se ve que quiere copiarme. No sé cómo hay gente que aplauda esto.

—¡Pero no ves que es la claque la que aplaude?—exclamó la mamá de «Coralito».—¡Valiente estrella telonera! Además, está enchulada con ese pirandón de Guillermito Heredia. ¡No sé cómo hay mujeres que se acuesten de balde con un tío!...

Esto lo dijo la simpática señora concierto retintín, y le valió unas miradas homicidas del galán de la niña.

Rosalina Maldonado dignóse opinar que Nené estaba hecha una calamidad físicamente.

—¡Qué atrocidad! ¡Pero si esa mujer no tiene formas! Vista por detrás, parece una tabla. ¡Qué asquito! ¡Lo que es como yo fuera hombre, aunque me matasen, no me dejaba convencer por una sardina así! Donde esté una mujer como yo, con las curvas bien desarrolladas, que se quiten estos espárragos...

La Reyes continuaba exacerbada, protestando de las miradas insinuantes con que Nené había ilustrado su historieta.

—¡Claro! ¿Cómo no va a tené érsito si sale enseñando las piernas y aluego se pone a guiñarle los sacáis a los de las butacas de orquesta? ¡Várgame la Virgen de la Macarena, y qué poca vergüensa tienen argunas estreyas! ¡Cada ves me alegro más de no ser como toas!...

Débese hacer constar que aun cuando las ideas de honradez eran firmísimas en Carmela Reyes, como

ésta era apegada al dinero y sufrió mucho en su juventud por carecer de blanca, en la actualidad dejábase cortejar como medio de aumentar sus ingresos. Puesto que Dios la había hecho hermosa y codiciable, no obstante la cuarentena, ¿por qué no aprovecharse tomando precauciones? Ya empezaba a impacientarse en su papel de esfinge inconmovible. Además, la irritaba sobremanera que el «Chanito» abominara públicamente de ella y se exhibiera con varias queridas, mientras ella servía de irrisión a la cofradía del Varietés, porque no estaba ni soltera, ni casada, ni viuda, y si bien el papel de «mujer honrá» era para la Reyes muy bonito y teatral, en cambio el de mujer vejada la colmaba de ira.

Carmela tenía, a pesar de sus rebeliones de la carne, los pudores sublevados de su conciencia. Y si en alguna ocasión pasó por su mente la idea de entregarse a un hombre como justa represalia a la conducta de su marido, la idea de que aquel hombre tenía derecho a pensar de ella que era una perdida como las demás, la fortalecía en el cumplimiento del deber. Su castidad era una manifestación de su orgullo. Si últimamente tuvo pretendientes, algunos de ellos poderosos, tuvo buen cuidado de que ninguno alcanzase la categoría de amante. Vivía nada más que de alimentar las esperanzas de todos, a fin de que cayese algún regalo de valor, y sabía revestirse de verdadera dignidad para que ninguno se propasara.

En cierta ocasión, una íntima amiga de Carmela preguntó a ésta:

—Lo que yo quisiera saber es cómo te las arreglas para resistir las tentaciones: ¿no sientes flaquear tus fuerzas en ningún momento?

—Mira—contestó secamente la Reyes—; te ase-

guro que tó el intríngulis está en un baño de agua fría a tiempo. Te juro que no hay como un remojón bien dao, pá espantá los malos pensamientos.

La orquesta inició las sensuales cadencias de una marcha oriental, y Nené surgió balanceando suavemente la cintura, ataviada a la moda persa y acariciando un enorme pandero. Cantó una serenata morisca, que avaloró con algunos pasos de baile, y «Paloma de Segovia», que en lo referente a orientalismo se conceptuaba una autoridad infalible, sintió una horrible comezón por murmurar, y aseguró, tartajeando enfurecida:

—¡Esta animal creerá que está muy bien vestida! ¡Qué mamarracho! Por supuesto, esa danza es una copia de lo que yo hago en «La muerte de Ase». ¡Estoy viendo que todavía voy a tener que bajar al escenario para decirle cuatro frescas a esta mala imitadora! No se puede hacer nada genial, porque en seguida nos lo copian las furcias. ¡Más valía que estuviera fregando platos en lugar de hacer el ridículo! ¡Se está poniendo el cartel de Romea de tal forma, que el día menos pensado traigo a la hija de mi portera para que sirva de atracción! ¡No vuelvo más a este teatro! ¡Esto es una pocilga! ¡No trabajan más que perros! ¡Aquí lo único decente que ha actuado he sido yo!...

Sin duda para desmentirla, el público dispensó una nueva ovación a la gentil Nené, que se vió obligada a cantar tres números más de Martínez Solares, de Adam y de Rafael Gómez, para satisfacer la ansiedad del auditorio, que no se cansaba de contemplar la maravilla de su fragante hermosura, juvenil a pesar de la treintena en perspectiva, y elogiar su voz acariciadora, modulada con arte encantador.

Pero al llegar el número final, el auditorio leyó en

Jamás olvidarán cuantas personas presenciaron la reaparición de Nené en el teatro de Romea el formidable escándalo que sobrevino al final de la parodia de Carmela Reyes, tan felizmente llevada a cabo por la debutante.

Gran parte del público rompió a aplaudir frenéticamente a la pérfida Nené; pero una escasa minoría, que era partidaria de la gitana, comenzó a silbar, indignada, golpeando el suelo con los bastones. La Reyes, de pie en su palco, amenazaba, lívida, a la intrépida Nené, que sonreía satisfecha de su obra. Unos pretendían que la artista repitiera la caricatura y otros se oponían, increpándola exaltados. Era la una en punto, y muchos espectadores abandonaron sus asientos. Los partidarios de la Reyes aplaudieron a ésta como desagravio; pero de uno de los palcos partió la voz de un pollo, que preguntó, burlón:

—Carmela, ¿qué hay por Lugo? ¿Vuelves pronto?

Otro, más audaz, añadió con descaro:

—Oye, dale recuerdos a la Pardo Bazán.

Desde el patio de butacas, otro espectador se permitió decirle:

—¡Qué mal has quedao, Carmela! ¡Mucho peor que el «Chanito»! ¡Cómo está la familia!

La gitana, justamente descompuesta, no acertaba a colocarse el abrigo, y en su turbación arrojó al suelo las bolas de mal olor, que al ser pisadas por el director de «El Cupletero», produjeron una fetidez insoportable. Los ocupantes del palco vecino exclamaron al notar la pestilencia:

—¡Eso es lo que sabes hacer tú, so guarra! ¡Anda y chínchate, que gusta más que tú! ¡Ey, carballeira

El padre y los hermanos de la estrella cañí quisieron abalanzarse sobre los irreverentes con ánimos de

voradores. Pero entre la Reyes, Cadórniga y Tixeras calmaron a aquellos tres antropófagos, que amenazaban con comerse la nuez de los vecinos del palco.

—¡A que no es eso verdad!—repetían los amigos de Guillermo, remedando la voz del hermano de la gitana—. ¡A ver, que salga al pasillo ese mozo crúo!...

Hubieron de intervenir los acomodadores y un agente policíaco, y a la salida, en las escalerillas del «foyer», se reprodujo el escándalo, porque unos espectadores quisieron aplaudir a la Reyes, que bajaba enjugándose las lágrimas, y otros ahogaron las palmas con silbidos.

Cuando aquella noche Nené se acostó con Guillermo, después de su borrascosa presentación en Romea, no pudo contenerse y confesó a su amante:

—¡Pitito de mi vida, hoy no hay en toda España una artista más dichosa que yo!

Porque la generalidad de las mujeres de teatro sólo alcanzan la verdadera dicha llenando de lágrimas los ojos de una rival...

IV

LA ESTRELLA SE PERCATA DE QUE PIERDE BRILLO

Al mes de aquella noche de Walpurgis en que Guillermo había «quitado el tipo» al «Macareno», según frase del hermano de Nené, causante del suceso, y a los pocos días del escándalo memorable de Romea, la ex frutera se hallaba en la cocina entregada a la minuciosa tarea de lavarse la cabeza con palo de jabón. A pesar de disponer de un hermoso cuarto de baño dotado de tocador, la madre de la artista tenía, según ella, «costumbre invertebrada» de lavarse en la cocina, como en sus pretéritos tiempos de expendedora de patatas y melones, y por nada del mundo hubiera renunciado a teñir su cabellera de un negro delirante con matices morados en otro recipiente que no fuera el barreño donde a diario se fregaban los cacharros. Y en el crítico instante en que la respetable madre de la estrella había dado por terminada su higiénica y coqueta labor, extendiendo sobre el paño de secar la vajilla, prendido a sus espaldas, una mata de pelo violácea que parecía el capricho de un pintor futurista o el anuncio de un específico, Cadórniga, el terrible director de «El Cupletero»—órgano defensor de las artistas de varietés—llamó a la puerta solicitando entrevistarse con la estrella o su mamá.

La madre de la joven se recogió la cabellera improvisándose un tocado «muy Cléo de Merode», y pasó al gabinete en que Cadórniga aguardaba.

—Perdone usted que le reciba así—fueron las primeras palabras de la dueña de la casa—; no hubiera recibido a nadie en esta facha, pero a usted, que es de confianza, no me importa.

Luego, cuando Cadórniga, sin previo ruego, hubo tomado asiento, la madre de Nené le preguntó:

—¿Y a qué debemos el gusto de verle por aquí? Nené está aún en la cama; pero no tardará en levantarse, porque ya son las doce y media, y siempre almorzamos a la una...

—Pues, muy sencillo—contestó Cadórniga, encendiendo el puro que le había regalado el padre de una furcia a quien había comparado «El Cupletero» con

Raquel Meller—; a que me he enterado de que Nené debuta en Eldorado de Barcelona el 20 de junio, y como para esa fecha sale el periódico y no tengo portada, venía a ver si quería ella que diésemos algún cliché suyo. Y dentro podríamos hacerla una información hablando de sus joyas, sus vestidos y el lujo de su casa...

—Me parece muy bien—dijo la madre—; porque usted sabe darse maña para esas «interbuises»; pero no quisiera comprometerme a nada sin contar antes con ella. ¡Ya conoce usted su genio! ¡Es tan goyesca!... Así es—concluyó—que mientras se levanta voy a enseñarle a usted la casa... La hemos mejorado mucho desde la última vez que vino usted.

Cadórniga, obediente, se dejó guiar por la madre de Nené, y atravesando los pasillos penetró en el salón. Era una estancia blanca y perfumada, decorada en el más puro estilo Imperio, con los muebles dorados y las telas bordadas con guirnaldas de rosas y coronitas verdes; la alfombra era de tonos delicados, y sobre ella los almohadones se apilaban en el centro, recargados de borlas, pedrerías y galones de oro; en la vitrina aparecían abiertos unos abanicos antiguos con varillajes de marfil y nácar, y sobre el piano—envuelto en un espléndido mantón de Manila—descansaban unos candelabros de porcelana de Sévres y unos floreros de Sajonia. La madre de Nené, señalando a Cadórniga un grabado encerrado en marco de oro que representaba a la emperatriz Eugenia, exclamó con solemnidad:

—¡La bisabuela de mi hija!

Después, mostrando un retrato de Napoleón que había colgado debajo de una cornucopia, reveló augustamente:

—Este comandante era tío de mi marido.

Y luego, magnífica, añadió:

—Le advierto a usted que la familia de Nené era muy distinguida, y si ella se ha dedicado al teatro ha sido por pura inspiración, pero contra la voluntad de todos. Un cuñado de mi padre era juez supremo. De modo que todo esto tiene que ponerlo usted en el periódico para que no vayan a creerse las furcias que Nené es de baja «estrofa». Ponga usted también que Nené no es nada orgullosa y que la gusta ir al café Colonial, de cuando en cuando, a lucir sus brillantes, como antes, cuando no los tenía. Convendría que dijese usted que la Goya la escribe «omónimos» desde Buenos Aires, insultándola de envidia que la tiene. Además, diga usted que un periodista amigo nuestro va a influir con Sánchez Guerra para que Nené sea declarada monumento nacional y proveedora de la Real Casa, de orden gubernativa.

En seguida Cadórniga fué conducido al dormitorio de Nené, a la famosa estancia malva con volantes de encaje a manera de frisos, donde el lecho vacío desaparecía bajo la nívea piel de armiño.

—¡Pero no me había dicho usted que Nené estaba acostada?—preguntó, con asombro, el director de «El Cupletero».

—Es que... ¿sabe usted?—confesó ingenuamente la señora—aquí no duerme la niña más que «en ciertas ocasiones»... o cuando espera visita... Porque, vamos a ver, ¿qué necesidad tiene de estropear una alcoba tan goyesca? Ahora verá usted el comedor...

El comedor también era suntuoso, con las regias cortinas carmesí rimando con la sillería; el aparador de tres cuerpos, el trinchero rebosante de cristalería fragilísima y la mesa de caoba, sin tapete, como ahora se estila, sin más adornos que un pequeño florero colo-

cado sobre un encaje en el centro. Cadórniga observó que el polvo alcanzaba proporciones exageradas sobre el tablero, y audazmente escribió con la punta del índice: «¡Viva Nené!»

La ex frutera llamó a capítulo a la doméstica, recriminándola por aquella abundancia de polvo sobre los muebles.

—Pero, señora—exclamó la criada para sincerarse—, ¿cómo quiere usted que no haiga polvo si hace lo menos tres meses que no se entra aquí?...

La madre de Nené comprendió que había cometido una indiscreción, y explicó al instante, para enmendar su yerro:

—Es que... ¿sabe usted?... nosotras no comemos aquí más que cuando tenemos algún convidado goyesco: cuando estamos solas comemos en la cocina, que es muy grande. Allí no hay nada que se pueda estropear... ¿No le parece a usted?

En el reloj sonó la una, y la madre de la artista, impaciente por la pereza de su hija, penetró en la alcoba donde Nené, malhumorada desde la noche anterior, a causa de una reyerta con Pitito, estaba dando vueltas en su imaginación al chiquillo muy amado y deseado. Y como cuando ella se ponía a pensar en Guillermo no gustaba de ser interrumpida, porque gozaba de una gran voluptuosidad abismándose en la añoranza del querido ausente, apenas su madre le indicó que el director de «El Cupletero» la esperaba en el comedor, ella dió media vuelta entre las sábanas, contestando:

—¡Mira, déjame en paz! Dile a ese tío pelmazo que hoy no tengo ganas de nada; que vuelva otro día...

—¡Pero, mujer!...—repuso la madre—, ¿cómo vas a hacerle un feo a Cadórniga? ¿No ves que se puede enfadar y ponerte verde en «El Cupletero»?

—¡Que me ponga! A mí, ¿qué?—contestó ella, rebelándose por primera vez contra el hombre canijo y alevoso—. Anda, márchate y no molestes...

—¡Pero, Nené, por Dios!—insistió la madre—, ¿qué trabajo te cuesta levantarte? ¡Mira que quiere hacerte una «interbuey» goyesca!...

—¡Márchate! ¡Déjame!—rugió Nené, frenética y nerviosa.

Y viendo que su madre no hacía ademán de retirarse, alargó el brazo hasta una silla próxima en que estaban los zapatos, y cogiendo uno de ellos lo arrojó violentamente contra la coautora de sus días; y la madre de Nené, ante tan «goyesca» actitud, tuvo que abandonar el dormitorio para rogar al director de «El Cupletero» que volviese otro día, pues Nené estaba de un humor inaguantable.

Cadórniga—que durante la ausencia de la ex frutera había aprovechado el tiempo, según costumbre, incautándose de un par de cubiertos de plata que «encontró» en uno de los cajones del aparador y de un cenicero de metal que cupo holgadamente en un bolsillo de su americana—, al ver que la preciosa bailarina osaba permanecer en el lecho y no venir a arrodillarse humildemente ante sus plantas, sintióse herido en lo más hondo de su alma; pero disimulando el mal efecto que el fracaso de su visita a la joven le causara, se despidió de la ex frutera, prometiendo volver.

¡Volver!... ¡Sí! ¡Sí! Lo que hizo Cadórniga al llegar a su guarida de la calle de Jardines fué escribir un artículo lleno de insidias, de calumnias y de injurias contra Nené Romero, que fué la causa del principio de la ruina de la artista.

Cadórniga tomaba el debut de la joven en Romea como pretexto para remover cruelmente todas las mi-

seriucas del pasado de Nené, y después relataba con todo lujo de detalles la escena desarrollada en Parisiana entre Guillermo Heredia y el «Macareno», y el incidente promovido por la joven la noche de su debut, como resultado de la imitación caricaturesca de Carmela Reyes, que por cierto hubo de retirar del programa, a petición de la Empresa, enemiga de escándalos.

La gitana de Lugo había propuesto al director de «El Cupletero» que iniciase una campaña artística contra Nené, que ella pagaría con largueza; pero Cadórniga, que en principio resistióse a aceptar el ofrecimiento por no perder la amistad de Nené, a la cual solía saquear con frecuencia, ante la negativa de la joven a recibir al distinguido parásito de las artistas de varietés, entrevistóse con la vengativa Carmela y, como consecuencia de lo que hablaron, ésta le entregó doscientas pesetas, y entonces insertóse en la revista el artículo de Cadórniga, corregido y aumentado a capricho de la Reyes. Terminaba Cadórniga su escrito mofándose con plebeya delectación de la gentil artista, llamándola «Nemesia Romo, la ex fruterilla de la calle del Amparo», y aludía a su amistad con Mercedes «la Loca» y Teresa Montalvo, las acreditadas y populares mediadoras del amor que habían contribuído a cimentar el prestigio de mundana de la célebre cancionista. Pitito era presentado a los lectores como el antojo más preciado de Nené. Y todo cuanto manchaba de lodo la existencia de Nené lo sacó a relucir Cadórniga, como si fuera un timbre de gloria para la artista, sin olvidarse, por supuesto, de citar al ganadero sevillano, a quien, según «El Cupletero», «había que hablar con burladeros».

Y no contento aún el bilioso Cadórniga con tamaño desahogo, cogió dos o tres números de su revistilla y

se los remitió al amante oficial de Nené, que avergonzado del ridículo tan espantoso en que la información de «El Cupletero» le dejaba, rompió por conferencia telefónica con la infeliz Nené, víctima del instinto vengativo de la gitana de Lugo y del hombre desmedrado, vinícola y ruín, a quien hasta entonces nadie se había atrevido a castigar.

Pero Guillermo Heredia, al leer el periódico, sintió tal acceso de rabia, que aquella misma noche fuese al Colonial, donde sabía que Cadórniga se presentaba a última hora, y ante una concurrencia numerosa y escogida propinó una docena de bastonazos al director de «El Cupletero», que le dejaron casi exánime. El escándalo fué de los que aturden y como no se había registrado en el historial de riñas del popular café, y la paliza a Cadórniga, magistral y expresiva; pero no bastaron a anular los efectos corrosivos de la información del odioso papelucho.

Nené perdió definitivamente la protección del ganadero sevillano, que, implacable, la retiró la asignación que la enviaba y la serie de obsequios con que la distinguía, y por primera vez en su vida la cancionista empezó a darse cuenta de que su porvenir estaba seriamente amenazado.

Comprendía que la pérdida del amante oficial no era para felicitarse y que con el teatro solo no podría mantener su posición; sin embargo, la sospecha de que Guillermo pudiera ser para ella la sombra del manzanillo, no la hizo renunciar a la pasión del aristócrata. Indudablemente, la estrella empezaba a perder brillo económicamente. Pero ¿qué la importaba, si, en cambio, el amor aún seguía luciendo para ella como un sol, prestándole su luz, su alegría y su calor?...

V

SILENCIOSA TRAGEDIA DE UNA FLOR DESHOJADA

Cuando la deliciosa Pilarín abandonó el colegio de las monjas francesas en que permaneció interna desde los siete años hasta cumplir los doce, no halló en la casa de su madre el cariño que ella se prometiera. En sus horas de ensueño, Pilarín evocaba a Nené linda y joven, abrazándola febrilmente, regalándola golosinas y ofreciéndola una existencia venturosa cerca de ella el día que, terminada su educación, estuviera en condiciones de abandonar el colegio. Como la artista sólo visitaba a Pilarín los domingos y días festivos y únicamente disfrutaba de una hora para acariciarla a su antojo, todo ese tiempo lo dedicaba a besuquear a su encantadora hija con sincero apasionamiento. Por eso la chicuela daba por muy seguro que el día que volviese al hogar familiar no se separaría un instante de su madre.

Sin embargo, la realidad se encargó de proporcionar a la nena el primer desencanto de su vida. Nené adoraba a su hija; pero la pasión de Guillermo Heredia la absorbía de tal suerte, que no la dejaba tiempo para estudiar, para pensar, ni siquiera para querer a nadie con más vehemencia que a él. Las primeras semanas, Nené no supo desprenderse de su hija: la llevaba consigo a todas partes y no la regateaba ningún capricho. Mas en cierta ocasión, la regordeta Ofelia se permitió recomendarla que no se exhibiera tanto con

Pilarín, pues la nena la envejecía considerablemente. Esto hizo pensar a Nené que quizás a su obesa amiga Ofelia la asistiera la razón, y cesó de mostrarse públicamente acompañada de su hija, sin perjuicio de convertirla en hermana, para la generalidad de los amigos. «Además—añadió Nené por su cuenta—, delante de la nena no puedo hablar de nada con Pitito y tengo que comprimirme bastante en todo, lo cual no deja de ser molesto. Pilarín ya va siendo grandecita, y no conviene que aprenda lo que no debe.»

Y en verdad que Nené razonaba sensatamente. Pilarín era una muñeca a quien un excesivo desarrollo hacía aparentar más edad de la que verdaderamente tenía y a cuya inteligencia despierta no se escapaban los menores detalles. Los ejercicios físicos del colegio mongil y los largos paseos en días de excursión, la vida higiénica y la alimentación sanísima combinadas con la excelente naturaleza de la nena, la habían convertido en una criatura prematuramente codiciable. Toda blanca y rosada, lo mismo que Nené, llena de irresistible encanto de colegiala de novela perversa, Pilarín sonreía invariablemente bajo el casco rizado de sus melenas rubias que aureolaban de oro obscuro el rostro incitador e ingenuo. Los senos no habían alcanzado la redondez de la adolescencia, pero las caderas se hinchaban suavemente como un ánfora, palpitantes y deseosas de conocer el secreto de la vida. Las piernas empezaban a adquirir el contorno definitivo y parecían más blancas ajustadas por los calcetines de seda negros. Algunas veces, Pilarín, sin darse cuenta, mostraba al sentarse unas rodillas de sonrosada perfección y el principio de unos muslos tentadores que despertaban pensamientos culpables.

Pilarín ya se había contemplado ante el espejo del

cuarto de baño totalmente desnuda y no había podido por menos de recrearse con incipiente coquetería en la admiración de sus carnes suavísimas, que todavía los años no habían despojado de las líneas de la niñez. Carecía de abultamientos, y sólo florecía tímidamente en la parte media de su cuerpo algo parecido a herrumbre de oro. Al levantar sus brazos afirmábase la cintura y se marcaba la insinuante curva de las caderas, que daban vida a unos gloriosos muslos torneados, al parecer forjados con nieve y pétalos de rosa. Los dorados cabellos, en desorden, caían sobre la nuca como dos alas de fuego que besaban los hombros y acariciaban el nacimiento de la espalda.

Observándose ante el espejo en profunda meditación, Pilarín se explicaba el asedio constante del maestro de piano del colegio, casado con la profesora de inglés, una matrona gorda y fofa que dominaba a su marido con visible superioridad.

Aun encerrada en el colegio, y sin cambiar la palabra con otros hombres que el profesor de música y el joven jardinero, Pilarín había entrado en el camino del Bien y del Mal prematuramente perdida por su propia belleza. El maestro de piano, ávido de carne fresca y reducida, se había encargado de advertir a la bonita colegiala con su insistente pegajosidad dónde radicaba el principal encanto de su adorable personita, y el jardinero, un chicarrón de veinte años, recogido por las monjas, que veíase precisado todo el año a encubrir su lubricidad para no incurrir en el enojo de las monjitas protectoras, había concluído la labor demoledora que el maestro de música iniciara. El jardinero aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban para ofrecer a la chiquilla esos periódicos galantes en que se narran situaciones eróticas con gracia equivoca, ilustradas con dibujos malsanos. El precio de aquellos semanarios disolventes, que luego la chiquilla devoraba a escondidas con sus compañeras de pensión, era unos besos concedidos al jardinero aprovechando algún momento de las horas de solaz, y aun cuando alguna vez el fauno se excedía en sus caricias a la nena en el pabellón de las plantas, nunca las cosas adquirieron un rumbo peligroso para la integridad de la hija de Nené.

Posteriormente, cuando otras colegialas descubrieron que era el joven jardinero quien procuraba a Pilarín las publicaciones galantes, pretendieron arrebatar a su compañera los periódicos del fauno recurriendo a análogos procedimientos. Pero el jardinero, por quien se sentía inclinado era por Pilarín, y las otras colegialas fracasaron en toda la línea.

Pilarín solía entrar en el pabellón de las flores cuando ya el jardinero la aguardaba completamente desnudo y cubierto por una larga blusa que luego entreabría para mostrar a la chiquilla algo que primeramente la produjo sorpresa, luego risa y a la postre indignación. Pero en visitas sucesivas, el jardinero había vencido el pudor de Pilarín acostumbrándola a ver y tocar sin espanto lo que al principio de su amistad tanto la irritara. Y quizás hubiera sobrevenido el día menos pensado algo irreparable, a no ser porque la colegiala abandonó aquel establecimiento creado por unas humildísimas siervas de Nuestro Señor Jesucristo para educar a las hijas de familia en el santo temor de Dios y en el fiel cumplimiento de los verdaderos deberes.

Pilarín hizo, pues, su entrada en su casa maleada por anteriores aprendizajes y malsanas inclinaciones. Pero en el hogar materno, que podía haberla redimido con

el honrado cariño de los suyos, dióse muy pronto cuenta de que la inmoralidad latía con fragante impudor. Nené y Pitito se besaban tranquilamente a cualquier hora del día, pasado el primer mes en que la presencia de la nena los cohibía, y las conversaciones en la mesa giraban alrededor de los temas menos edificantes. Angelito narraba sus aventuras sin eufemismos y a veces llamaba a la pequeña para que le trajese una muda limpia cuando se hallada en la cama, enteramente desnudo. Pilarín entraba y salía de la alcoba en que su madre y el aristócrata yacían acostados o se estaban acariciando, y al cabo de tres meses concluyó familiarizándose con el ambiente casero. En la chiquilla no alentaba ningún sentimiento de espiritualidad o de elevación. Había entrado en la vida conociendo demasiado pronto todas las miseriucas de la carne y todas las degradaciones del espíritu. Y hasta puede decirse que aquella existencia no la desagradaba. A Pilarín, la contemplación de la desnudez de Angelito la deparaba un excitante cosquilleo, y en más de una ocasión había entrado en la alcoba del hermano de su madre con un fútil pretexto, cuando esperaba sorprenderle sin ropa. En cuanto al idilio de Nené con Guillermito, también la proporcionaba indecible placer. Muchas noches, Pilarín se levantaba de su lecho, y, descalza, atrevesaba el pasillo para curiosear por el agujero de la puerta de la alcoba de Nené cuanto ésta hacía con su amante. Pilarín había asistido bañada en una dulce y enervante languidez a desafíos amorosos de la artista y el aristócrata que hubieran ahuyentado a la persona más cachazuda. Pero Pilarín, sin miedo a contraer un enfriamiento, permanecía descalza en el pasillo, de pie, inclinada ante la cerradura de la puerta, una hora y otra, recreándose en la borrascosa lujuria de la pareja que oficiaba sobre la blancura del lecho que pagara el ganadero.

Las conversaciones picantes producían a Pilarín sensaciones inenarrables, y a tal extremo la complacían, que hasta ella misma sabía provocarlas en la mesa con increible habilidad. Y cuando las atrocidades brotaban de labios de todos, como si pretendieran competir en escandalizar la castidad de la chiquilla, ésta se sabía envolver en una expresión tan virginal de criatura ausente, que habría desconcertado al observador más sagaz.

En cierta ocasión, la ex frutera lamentóse de aquellas libertades de lenguaje usadas por los hermanos y Guillermo en la intimidad, impropios, según la madre de Nené, «de personas decentes», y que podían desmoralizar a Pilarín; pero la cancionista contestó que su hija debía saberlo todo, para que así no la engañara nadie. «Que aprenda, que aprenda—concluyó Nené—. En último término, ¿qué más da que sepa a los trece años lo que forzosamente había de aprender a los veinte? Eso lleva ganado.

Consecuencia de aquel ambiente en que todo parecía entonar un canto al vicio y al placer, fué que la deliciosa Pilarín, terreno abonado para toda clase de experimentos morbosos, cayera en el abismo del deseo insaciable e insaciado. La hija de Nené empezó a sentirse devorada por anhelos vergonzosos que torturaban su carne día y noche y marcaban en su rostro unas ojeras de lirio. Pilarín, que vivía respirando molicie y que casi palpaba el goce sexual, se deshacía en la hoguera de insensatos deseos. Ella pretendía ser codiciada con vehemencia atropelladora, y una noche en que soñó que era forzada, amaneció maltrecha e inquietamente ojerosa, como si la posesión se hubiera realizado. Aquel

sueño fué para la chiquilla la revelación de un mundo nuevo de sensaciones delirantes, aunque sospechadas, desconocidas hasta entonces, y tuvo la intuición de que la realidad superaría al ensueño.

Su cuerpo entero se había debatido en magníficas convulsiones, y el recuerdo de la crispación de sus muslos ante el deleite experimentado, recibiendo en sueños al forzador, la obligó a agitarse en violentas sacudidas al despertar. Pilarín había entrevisto unas delicias tan intensas, que la animaron a reproducirlas en la realidad...

Una tarde excesivamente cálida, después de un almuerzo muy copioso, Nené, su hija y Guillermito, hundidos en los grandes butacones del comedor, fumaba cada uno un cigarrillo egipcio; y los tres sentíanse muellemente perezosos, ávidos de voluptuosidad, que para los amantes no tardaría en saciarse. Pero en aquel momento presentóse un enviado del modisto Sarabia para decir a Nené que habían llegado de París unos modelos de vestidos que serían enseñados a las cinco y media a unas damas argentinas para quienes fueron solicitados. El emisario de Sarabia invitaba a la joven a que fuera a casa del modisto para que si algún modelo le agradaba le fuera reservado.

Aquella noticia agitó vivamente a la artista, y en un momento aprestóse a la marcha. El reloj acusaba las tres y media: primero que ella llegaba y examinaba los trapos, las cinco. A las cinco y media se presentarían las damas argentinas: luego no había tiempo que perder.

Pero Guillermo se negó a acompañarla alegando que no tenía ganas de ir a ver «maricas locas», y como Angelito no había almorzado en casa, decidióse que

fuera la ex frutera quien acompañase a la «divette».

Y al quedar solos Guillermo y Pilarín, una orquesta de ciegos callejeros empezó a atacar las dulces e inspiradas notas de «La hora del te», ese tango cargado de hirviente sensualidad y que tan admirablemente se presta para el baile.

Pitito cogió entre sus brazos a la nena, comprometiéndose a enseñarla a bailar el tango, y pronto la pareja vióse invadida por un desfallecimiento inefable. Perfectamente acoplados, y aspirando Pitito el perfume enervador de los cabellos de la nena y ésta advirtiendo con demasiada precisión el estado de excitación del joven, ambos bailaban olvidándose de cuanto les rodeaba.

Pilarín, semi desnuda, no llevaba más ropa que la camisa de batista y el delantal de satén negro «muy Claudina de Willy» con ribetes encarnados, y Guillermo Heredia percibía claramente las palpitaciones de la carne templada de la nena, que seguía incrustándose a él con desfallecimiento que apenas la permitía moverse. Guillermo Heredia, que antes de empezar la danza se había despojado de la americana y del chaleco, estrechaba contra sí a la pequeña, cuyos senos notaba temblorosos y enardecidos, y los dos se sentían favorablemente dispuestos a un final heroico.

Pilarín, algo más baja que Guillermo, inclinaba hacia atrás su cabecita perfumada para ver bien el rostro del muchacho, y éste inclinaba la suya buscando las miradas de la nena. Poco a poco, insensiblemente, incendiados por el común deseo, la chiquilla y Pitito unieron sus bocas y prosiguieron bailando, abismados en la delicia de aquel beso y aquella danza que hubieran deseado que no concluyese nunca. Pero la orquesta cesó de tocar, y Pitito dejóse caer sobre un

sillón, vencido por la dulce embriaguez. Con voz velada, suplicć:

—Ven acá, Pilarín; siéntate sobre mis rodillas.

La nena obedeció sin pronunciar una palabra, y Guillermo, al sentir el cuerpo incendiado de Pilarín sobre sus piernas, estremecióse convulsivamente. Luego, con el brazo izquierdo, apretó contra su pecho a la hija de Nené y con la mano derecha empezó a aca riciarla las piernas, sin que ella protestase. Cuando Guillermo concluyó su exploración acariciando el más apetitoso encanto de la chiquilla, dando a su voz una misterieosa e insinuante entonación, le dijo:

—¡Qué bonita eres, Pilarín, y cómo me gustas! ¡Y el caso es que no me había fijado nunca hasta hoy! ¿Serías capaz de quererme como yo a ti?

—¡Ya lo creo!—afirmó la pequeña sonriendo con los ojos.

Luego añadió Pitito:

—¿Te gusto?

—Mucho.

—Dame un beso.

Otra vez tornaron a unirse sus labios en un beso prolongadísimo, que turbó Pilarín para exclamar:

—Yo me pongo muy mala, Pitito.

Guillermo, por toda contestación, levantándose de la butaca y cogiendo en brazos a Pilarín, la condujo a la alcoba de Nené y la tendió sobre la cama.

—¿Qué vas a hacer, Pitito?—suplicó ella—. Me das miedo.

—Calla; no temas—afirmó el aristócrata—: Angelito no vendrá hasta la noche; tu madre y tu abuela no terminarán hasta lo menos las seis, y puede que de allí se vayan al teatro directamente; y la criada está en la cocina y no se entera de nada.

Las palabras de Guillermito confortaron a Pilarín, la cual aturdióse definitivamente cuando él se arrojó en el lecho y la estrechó con vehemente efusión.

—¡Bebé mío!—murmuró él—. ¿Es verdad que nos vamos a querer mucho? Juguetito bonito, ¿para quién vas a ser tú?

—Para tí; sólo para tí—repitió la chiquilla.

La violencia del mutuo deseo los arrastró a cometer un pecado estéril. Pero no se atrevían a desnudarse ni a pasar el Rubicón. Y cuando Pitito, en voz muy baja, aventuró una proposición que temió pudiera ser rechazada por Pilarín, ésta, como si le hubieran propuesto la cosa más sencilla del mundo, aceptó entusiasmada. Y cuando sobrevino el final, ella supo adoptar un gesto tan ingenuo y una actitud tan graciosa, que la salvó de aparecer como una chiquilla depravada...

Largo rato permanecieron estrechamente unidos sin cambiar una frase. Al reponerse de su abandono amoroso, recompusieron sus ropas y el lecho de Nené, y no volvieron a hacer referencia a nada de lo que habían realizado.

Sólo Guillermo dijo a la pequeña, al despedirse de ella con un beso:

—Mira, esta noche, como trabaja tu madre en Romea, volverá tarde con la abuela. Dile que vendré directamente de casa de mis tíos aquí. Tú no vayas hoy al teatro y espérame en tu alcoba...

Cuando Nené volvió a las nueve de Romea, no advirtió, por el menor detalle, que su hija se había convertido en su rival. Pilarín repitió el encargo de Guillermo, y después de comer se acostó pretextando que le dolía la cabeza.

Y a las once de la noche, cuando la casa de Nené es-

taba sumida en el mayor silencio, Guillermo Heredia hizo su presentación, procurando no producir ruido para no despertar a la sirvienta.

Empezó por introducirse en la alcoba de Nené, donde se despojó de todas sus ropas, y luego, envolviéndose en un kimono, dirigióse al cuarto de Pilarín.

La pequeña dormía profundamente, y el calor la había hecho acostarse sobre las sábanas. La camisa cortísima se le había subido sobre la cintura, y Guillermo, al encender la luz, contempló deslumbrado el cuerpo de adolescente más hermoso que cabe imaginar. En cuanto a Pilarín, al entreabrir los ojos y ver a Guillermito desnudo, tendido junto a ella prodigandola mil ternezas apasionadas, enloquecióse en un instante.

Al principio, Guillermo se conformó con aprisionar entre sus brazos la fragante juventud de Pilarín sin decidirse a profanarla; pero ésta, que se hallaba exasperada por la impaciencia de conocer lo que en sueños la había hecho feliz, fué quien le despojó de todo escrúpulo.

—¡Quiero, quiero y quiero!—repetía la nena insaciable—. Y si tú no quieres, querrá otro. ¡Pero yo me he de salir con la mía! ¿Verdad que me vas a complacer, Guillermito? Hazte cuenta de que estás con mamá. Yo quiero hacer lo que mamá.

Pilarín quedóse extenuada y febril, porque el recuerdo de lo incompleto de su goce de la tarde la exacerbaba más, y Guillermito Heredia tuvo que complacer a la chiquilla rasgando aquellas carnes rosadas que él había madurado con su deseo.

Pitito, a ratos, deteníase, temeroso de causar daño a Pilarín; pero la nena le animaba valerosa a proseguir en su tarea, asegurándole que sólo la ocasionaba placer, un placer jamás sentido.

La chiquilla contenía los sollozos, obsesionada exclusivamente con la idea de que era poseída por aquel mozo rubio adorado de su madre. Y los esfuerzos rasgadores de él, y sus frenéticos abrazos, y la opresión de que la hacía víctima como si él pretendiera sepultar bajo su pecho a la chiquilla, lejos de arrancarla una queja, la fortalecían y colmaban de voluptuosidad que jamás olvidaría.

Pero el amante de Nené, a quien la casualidad había concedido las primicias de una muñeca tan preciosa como Pilarín, satisfecha la lujuria del momento, volvió a la alcoba de la cancionista, no sin antes recomendar a la iniciada que borrase cuidadosamente las huellas de aquella posesión.

Y ya en la cama de Nené, dió media vuelta y no dedicó el menor recuerdo a la niña curiosa a quien acababa de arrebatar su joya más preciada, y que sola en su lecho deliraba evocando a Guillermito.

Porque Guillermo Heredia no concedía importancia a ninguna de las «canalladitas» que eran su característica, y a las cuales él llamaba «travesuras».

El hijo de la marquesa de Alamiares era bastante perezoso y camorrista. No se encontraba bien en ningún sitio y buscaba querella al más sereno por cualquier quisicosa. Lujurioso, colérico y glotón, e incorregiblemente frívolo, carecía de todo sentimiento de idealidad y no comprendía la vida sino durmiendo, comiendo o peleando. Su descanso era el goce sexual, aunque siempre prefería, al despertar, una taza de chocolate a un abrazo ardoroso. Satisfecha la excitación del momento, no hubiera cambiado un biftec con patatas por la mujer más hermosa de la tierra. El no comprendía otra pasión que la que nace por la noche al acostarse y despierta difunta. Para él la desflora-

ción de una chiquilla no valía ni siquiera la pena de recordarla. En un instante de ebullición hubiera sido capaz de violar a una niña de siete años o a una vieja de ochenta. Sobre todo en primavera, su naturaleza estallaba de tal modo que había dado lugar a borrascas familiares, pues en cierta ocasión, fría y cínicamente, osó atentar contra la integridad de una primita suya de catorce abriles, y otra vez propuso locuras inconfesables a una tía suya de cincuenta octubres, muy mundana y corrida, que había sido cuatro veces rubia y tres veces morena, y que en la época del incidente había vuelto de París maravillosamente restaurada por un alquimista de perfumería.

Además se dedicaba a la persecución y caza de las doncellas presentables en el palacio materno, con gran indignación de la austera marquesa, que se veía obligada a vigilar sin tregua ni descanso para desbaratar las conferencias democráticas que el joven celebraba con las criadas, seducidas por la prestancia retadora del pollo aristocrático. Era inútil que la dama despidiera a una sirvienta, sospechosa de estar en complicidad con el señorito; la que luego viniese hacía lo mismo, y lo mismo la otra, y la otra, y la otra. ¡Poquito que gozaban las doncellas de la vieja marquesa acostándose con Pitito para que fuesen a privarse de recibirle en sus respectivos cuartos, sólo por complacer a la señora!... Una vez, la noble dama discurrió, como medio de burlar a Guillermo, colocar en una misma habitación las camas de dos chicas. ¡Perdió el tiempo! A los pocos días, Pitito estaba tan de acuerdo con las interesadas, que juntaban las camas y pasaban los tres unas noches espléndidas de orgía, dignas de la Roma decadente... ¡Aquello era para desesperarse! Y cuando la excelente marquesa adoptó la resolución de implantar un servicio inabordable, verdaderos carabineros con faldas, Pitito se buscó fuera de casa mujeres complacientes, y empezaron las divergencias y las reyertas familiares, motivadas por apremios de dinero, acosos de chiquillas engañadas, lluvia de facturas de restaurantes, modistas y sombrereras, y demás incidentes que caracterizan la existencia de los Tenorios desaprensivos.

Por eso, la desfloración de la hija de su amante no le impresionó poco ni mucho, y en las veces que posteriormente volvió a deleitarse con Pilarín, no la repitió las ternezas de la noche de la iniciación. Hacía desnudar a la chiquilla, la acercaba contra su cuerpo, la colmaba de besos por todas partes, deteniéndose donde le era más grato a él y a Pilarín, acariciába locamente los senos, y luego la poseía bárbaramente, como si anhelara destrozar entre sus brazos la carne fresca y perfumada de la dorada chiquilla. Gozaba mordiendo con sádico encarnizamiento los muslos sonrosados de la nena, que vibraba continuamente con estremecimientos espantosos, por la intensidad del placer saboreado. Pero después de aquellos ratos de embriaguez amorosa en que el deleite de Pitito alcanzaba un grado sumo, el recuerdo de Pilarín se borraba de la mente del Tenorio y no volvía a pensar en ella, como no fuera para convenir la ocasión y el lugar de la entrevista. El idilio del aristócrata con Pilarín no merecía el nombre de tal, pues ni siquiera le alejaba de Nené.

Pero en cambio la nena creía ser verdaderamente adorada por el aristócrata y empezaba a sentir unos celos absurdos de su madre, que la robaban la tranquilidad. A medida que el tiempo transcurría, Pilarín sentíase más encadenada a Pitito, porque el poco interés

que el joven sentía en realidad por la chiquilla era interpretado por ésta como el disimulo de aquellos amores, que no eran ni remotamente sospechados por nadie de la casa; ni siquiera estaban llamados a influir eficazmente en el idilio de Nené y el aristócrata, como Pilarín pensaba...

TERCERA PARTE

I

UN BÓLIDO MAGNÍFICO AMENAZA CON DAR UN ESTALLIDO MONUMENTAL

Nunca las panteras de Java lanzaron rugidos más feroces y desesperados que los que lanzó la rolliza Ofelia la tarde en que recibió una carta del maestro Ros dando por terminadas sus relaciones amorosas. Ella no podía explicarse cómo aquel hombre confortable y perforador, que había estado usufructuándola durante siete meses, se hubiera cansado con tanta rapidez de la hermosura ardiente y apetitosa que ella le regalaba con todo desinterés. Pues la verdad es que, a pesar de haber cumplido los treinta años la oxigenada Ofelia, aun no se hallaba en situación de ser repudiada ignominiosamente.

No hacía falta contemplar largo tiempo a la «divette» alegre y confiada para enterarse de que era una mujer todavía sugestiva. Su cabeza no era un modelo griego, pero tenía todo ese provocativo encanto de las jamonas de Demetrio: el cabello ondulado, la nariz respingona, los labios sensuales, la barbilla repleta dividida por un gracioso hoyuelo, los ojos muy azules, de «gata

enamorada», y los dientes magníficos, blancos, menudos y brillantes entre el arco encendido de la infantil sonrisa. En cuanto a su figura de matrona opípara y maciza, poseía cierta solemnidad de diosa del Olimpo, que resaltaba entre las claras vestimentas con que Ofelia gustaba de aniñarse; con un gorro frigio en la cabeza y enarbolando la bandera tricolor, Ofelia hubiera podido pasar por la encarnación de la República. Además, hay que tener en cuenta que todas las hadas protectoras de los perfumistas a la moda acudían de diario a rejuvenecerla y decorarla durante esa hora que ella dedicaba a embellecerse en su tocador, no menos rico en productos químicos que el de Ninón de Lenclos, la Margarita de las Margaritas, Diana de Poitiers y demás guapetonas que, según la historia, murieron jóvenes a los ochenta años. Ofelia se embadurnaba diariamente con prodigalidad (como se riegan las flores próximas a marchitarse), y jamás salía a la calle sin resguardar su rostro con un «velo-ilusión». Este «velo-ilusión» lo usaba ella pretextando que daba un aire misterioso a la fisonomía; pero en realidad recurría a él para velar prudentemente alguna que otra arruga con que el Tiempo, insolente, había osado importunarla, y porque así lucían más los impecables dientes, que ella mostraba pérfida con su habitual sonrisa de niña de diez años.

Ofelia había sido una gran espigadora en los campos del amor, y en épocas pretéritas alcanzó un esplendor inusitado; si bien ahora, evocando su pasada existencia, se asombraba de encontrarla algo monótona. Había creído invariablemente en la sinceridad de la pasión de sus adoradores, y cada nuevo idilio le parecía que iba a ser «la pasión definitiva». Los años se habían encargado de hacerla comprender la inestabilidad del frívolo Cupido y la perfidia de los hombres, dotándola, en cambio, para que su desencanto fuera menos doloroso, de un pequeño capital. Porque, eso sí, así como hay mujeres que se arrojan en brazos del amor y se dejan llevar y traer a tontas y a locas, la romántica Ofelia había procurado siempre arañar con sus manitas rosadas en las carteras de los amantes de turno. Sufrió mucho en su juventud por la carencia de dinero: por eso luego, al internarse decididamente en los jardines de la galantería encopetada, había sabido armonizar los delirios del corazón con las necesidades del bolsillo. Mas todo cambia en este mundo, y la antigua espigadora del amor, que había sido joven, morena y delgadísima y causó estragos infinitos en la cosecha, veíase ahora convertida en una jamona rubia y voluminosa, tiranizada por el Wágner del Varietés, que vengaba, sin duda por prescripción divina, las pasadas fechorías de ella.

Un deseo insensato de seguir agradando y de triunfar ruidosamente la había arrastrado a la escena; pero el maestro Ros, designado por la Providencia, jugaba al chito como un niño travieso con el corazón de la infortunada gorda, que, lejos de renunciar al infatigable maestro—con lo cual sus duelos y quebrantos habrían disminuído—, prefería complacerse en hundir más y más aquella espina que ella llevaba clavada en el alma como un dardo envenenado.

Desde el primer momento de su idilio con Enrique, Ofelia había entrado en un infierno de color de rosa. Todas las llamas del deseo más insaciable y devorador manifestado por Enrique la habían achicharrado para deleite de ambos. Enrique Ros era un volcán en erupción, que nunca se cansaba de arrojar lava; un motor admirable que trabajaba sin desgaste ni fati-

ga; un arcángel provocador de bienandanzas celestiales; y Ofelia, que era la imaginación más soñadora del mundo, hasta le veía unas alitas en las recias espaldas. Hay mujeres que no ven el amor más que por los ojos corporales; ella en esta ocasión le veía por los ojos del espíritu, y vivía en lo ideal de lo real. El ensueño llenaba su corazón por la mañana, por la tarde y por la noche, y desde que el maestro frecuentaba su torre de marfil, los colores del arco iris la parecieron pocos y tenues comparados con las múltiples y febriles tonalidades que entreveía durante los éxtasis que él la proporcionaba. Y era en vano que Ofelia se revolviera contra sí misma: ella se sentía sojuzgada por el Wágner del Varietés, y sólo se escapaba de los brazos del maestro a las horas de comer. Llevaba su vida como arrastrada por cuatro caballos desbocados, y daba rienda suelta a su deseo sin preocuparse de barrancos ni precipicios: se abandonaba a la corriente de aquel amor, caudaloso cual el Amazonas, y como las mujeres de nada dudan cuando aman y creen ser amadas, transigió con no pocas «genialidades» del maestro.

Por ejemplo: una tarde, a poco de concluir el repertorio que Ofelia le encargara, Enrique Ros, mirándose en el agua de los bonitos ojos de su amada, exclamó:

—¡Qué hermosa estás hoy, Ofelia!...

Antigua manera de hablar, pero que siempre obra sus efectos.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Me encuentras hoy hermosa?—preguntó ella, ondulando su fastuosa grupa.

—¡Ya lo creo; hermosísima!—afirmó él acariciando, felino, la papada de su amante—. Tan hermosa, que me da no sé qué presentarte este recibo—añadió sacando la factura que acusaba el importe del repertorio de Ofelia—. Pero ya comprenderás, hijita, que no tiene

nada que ver una cosa con la otra. Yo, en mi casa, soy el maestro, aunque aquí, en la tuya, sea el amante. Tú que eres lista, te harás cargo de que si no te cobro estas doscientas pesetas del repertorio, mi madre se pondrá como una fiera, y eso hay que evitarlo a todo trance.

Ofelia no encontró admisible aquel razonamiento del maestro; pero, por evitar una enojosa discusión, satisfizo el importe del recibo, y en seguida, después de merendar, le introdujo en el lecho para cobrarle, en lava amorosa, los cuarenta duros al volcán. Mas su estupor no habría tenido límites si le hubieran revelado que el maestro Ros aseguró a su madre aquella misma noche:

—Mira, mamá; no me he atrevido a cobrarle nada a Ofelia, porque tú sabes que ahora «ando» con ella y me parece muy feo presentarle el recibo de mi trabajo a una señorita que... bueno... tú ya me entiendes...

Otra vez el maestro Ros se lamentó ante su dilatada Dulcinea de su escasez de fondos, que le impedía desempeñar un magnífico alfiler de brillantes próximo al vencimiento, y ella se brindó a anticiparle la cantidad necesaria a cuenta de nuevas canciones... que, naturalmente, no cantó la infeliz.

Pero ella transigía con esto y otras cosas peores, con tal de disfrutar de su arrogante y acometedor tirano, un león entre sábanas de indomable fiereza, sultán capaz de satisfacer en una noche al harén más numeroso y exigente. Porque si bien la característica de Pitito, el Don Juan de Nené, era la «sabiduría amorosa» y significaba el adelanto, la novedad y la alegría de «boudoir», pudiéndosele calificar como un Joselito de alcoba, a Enrique Ros lo que le distinguía era su impetuoso brío y su incansable vigor, que le

permitía cabalgar brillantemente, aun con la silla más incómoda y destartalada. Era el Vicente Pastor de los enamorados: nada de fruslerías variadas ni adornos complicados, como Guillermo; Enrique Ros era la fuerza bruta arrolladora, el torrente que no se desvía de su cauce.

Allí, en aquel pisito tan fragante y coquetón de la calle del Barquillo, la disparada Ofelia y su inspirado ídolo habían sido protagonistas de escenas delirantes al final de sus comidas heliogabalescas, que causaron tal alarma a los vecinos, que se vieron obligados a pedir al casero la expulsión de la cupletista, por lo estrepitosa y desconsiderada, pues a veces, a las tres de la mañana, cuando todo estaba en silencio, amenizaba sus conferencias amorosas con toda clase de gritos subversivos y convulsiones de terremoto, reveladoras de la gran satisfacción que el maestro Ros la producía.

Ofelia apenas recibía visitas, pues sus dos antiguos amantes se limitaban a enviarla mensualmente las respectivas asignaciones con sendos emisarios; los niños nunca salían de los colegios en que estaban internos, y amigas no tenía más que a Nené, porque sabía que las mujeres sólo traen tempestades, y ella no quería en su casa más que buen tiempo. Pero por causa de su idilio con el maestro Ros, que traía aterrada a la vecindad con su aire de Tenorio fabuloso, la rebosante Ofelia perdió su categoría de «viuda formal», viéndose obligada a mudarse de aquella casa, cuyos inquilinos no podían soportar las visitas nocturnas de un profesor de música que salía de «dar clase» a las cinco o las seis de la mañana.

Pero a poco de trasladarse a su nuevo domicilio—otro piso muy mono de la calle de las Infantas, que ella amuebló como un paraíso para recibir a su Adán

póstumo—, la caliginosa rubia observó con espanto que el volcán se apagaba; que ya era más parco en sus erupciones, ya no precedidas, como antes, de violentas sacudidas. Después de haber llegado al Ecuador de la pasión, el Wágner del Varietés se había refugiado en el Polo del Hastío, colmando de angustia y frialdad a la jamona sonriente y calefacta. Y contribuían a amargar la existencia de la desventurada Ofelia aquellos repetidos anónimos con que la madre del maestro la favorecía llamándola «secuestradora, globo sicalíptico, corruptura de menores», amén del clásico adjetivo; anónimos que ella atribuía a rivales despechadas por sus éxitos como artista.

Cuando ya la tirantez de relaciones entre ella y el maestro llegó a la apoteosis, la jamona pensó despedazarle a fuerza de celos, para lo cual se presentó públicamente algunos días acompañada de Angelito, el hermano de su amiga Nené. Mas con esto no logró sino que Enrique respirase satisfecho ante la idea de que había sido ya substituído y no eran necesarios sus servicios. Entonces la pintada rubia creyó sucumbir aplastada por el efecto contraproducente de su táctica, y manifestó honradamente al maestro que sólo había pretendido darle achares. Pero aquella confesión irritó sobremanera al Wágner del Varietés que, como verdaderamente estaba hastiado del amor empalagoso y absorbente de la gorda, lo esgrimió como argumento para seguir rechazándola. Y ella se vió precisada a ir pensando en una retirada vergonzosa para consolarse en las caricias de Angelito, que, comprendiendo la tragedia de la amiga de su hermana y la necesidad de riego que tenía aquella sensitiva para no mustiarse, puso de su parte cuanto pudo por llenar correctamente el lugar que había ocupado Enrique.

Ofelia, en los primeros días de su «entente cordiale» con el hermano de su amiga, creyó que olvidaría prontamente al tirano de los ojos como cajas de betún, pues Angelito, al igual que él, era un cocinero chapado a la antigua, que siempre la servía el mismo plato, sin variación alguna, pero condimentado con tanta precisión, que se podían tomar cuatro o seis raciones diarias sin sentir empacho.

Mas a los veinte días de su nuevo idilio, cuando Angelito empezó a saquearla cínicamente y a golpearla cuando ella se resistía a las exigencias del mancebo, la jamona sintió la nostalgia de Enrique y tornó a reconquistarle con encarnizamiento. Empezó a apedrearle con cartas lastimosas y conminatorias, copiadas casi siempre de algún folletín truculento, cartas que él no contestaba, devolviéndoselas sin abrir, y trató de tentarle encargándole un nuevo repertorio que quería abonar anticipadamente.

¡Vano empeño!... Entonces ella, para que no conociera la letra, se hacía escribir los sobres por su madre o la criada; mas Enrique, una vez leídas las misivas, las devolvía a su procedencia sin la más leve respuesta.

Cierto día, la madre de la jamona marrullera y sentimental presentóse en la academia de Ros con una carta de Ofelia que esperaba contestación, y el Wágner del Varietés leyó sin inmutarse:

Mi inolbidable Enrique demi alma:

¿cuando cesará tu estraña aptitud para conmígo? ¡cuando bas a dejar de ator mentar me con tu desbio!

Enrique...

mi sufrimiento llega a arrancar me la bida poco a poco...

porque yo no puedo pasar me sin ti, que eres el aire que rrespiro y el agua que bebo. Enrique ben nuebamente a mis brazos que te aguardan anelantes y olbidemos lo pasado para recostruir nuestra Antigua dicha.

Enrique, si tu desholles esta ultima suplica de una mujer que no puede bibir sin ti, que se aoga en tu rrecuerdo y que a todas oras Sueña con tu imajen adorada yo no respondo de mi rrazon ni de miserenidaz.

Adios, luz de mis ojos sangre de mi Cuerpo, Enrique de mi corazon, adios. Dime cuando puedo bolber a berte, no enbenenes mas mi Esistencia con la perdida de tuamor.

Adios, apesar detodo nunca deja de querer te tu Inolbidable y desgraciada

OFELIA

Contesta por mi madre aunque tu Respuesta sea mi sen tencia de Muerte.

Por toda respuesta, el amante de Ofelia salió al pasillo para notificar a la madre de la acongojada obesa que aquello había terminado y que serían inútiles cuantos esfuerzos realizase la jamona por resucitar una pasión que estaba muerta y sepultada.

¡Nunca lo hubiera dicho! La madre de la afligida gorda empezó a injuriar gravemente a Enrique, acusándole de haber propinado a su hija algún misterioso bebedizo con el fin de embrujarla, y le amenazó con fieras represalias si no devolvía a su hija la tranquilidad robada, corriendo a estrechar sus torneados

brazos y su anilloso talle. Pero el maestro, altivamente, replicó que cuando él se proponía alguna cosa, la cumplía, y que ella, como madre de Ofelia, hacía un papel muy feo, sirviendo de... intermediaria.

Entonces la mamá de la jamona triste y agobiada, que había entendido una palabra más expresiva y molesta que la de mediadora, enarbolando su sombrilla persiguió al joven maestro hasta el salón del piano, golpeándole con sagrada indignación. Dos discípulas—Heliana y Rosalina Maldonado—que se hallaban dando clase intentaron contener la furia de aquel huracán devastador; pero la vieja se debatía horrorosamente, y en seguida se abalanzó sobre Enrique, llamándole «canalla, hambrón, mal hombre, seduztor de su hija», y otras cosas que afectaban al honor familiar, mientras le sacudía airada con la sombrilla rota.

Fué preciso que el portero, que acudió al ruido de la lucha, cogiendo violentamente a la heroica señora, la arrojase con cajas destempladas de aquel templo musical que la impía había profanado con su escandalosa presencia; y cuando ella entró en su casa, desgreñada, enrojecida e iracunda, su hija adivinó toda la escena de película dramática desarrollada en la academia de Ros, y enloquecida por el fracaso de aquella pasión que la abrumaba, la jamona terrible y resoplante renegó una vez más de los malditos hombres, se hinchó congestionada como un bólido atroz y se dejó caer sobre la alfombra de la sala, amenazando dar un estallido sentimental...

II

TRES GRACIAS MODERNAS FRAGUAN UNA DESGRACIA

El escándalo de Romea había agotado la paciencia de la Reyes y todo el odio enconado que profesaba a Nené se desbordaba, ansioso más que nunca de venganza y destrucción. Pero Carmela deseaba castigar a su rival en una forma tan cruel como sonada. Y a todas horas se devanaba los sesos buscando algo definitivo e infalible que triturase a la amante de Guillermo.

A este fin, Carmela Reyes se reunió en cónclave siniestro con sus buenas amigas Amalia Medina y «Coralito».

Amalia Medina era una sevillana primorosa, nacida veintiseis años atrás en el corazón del barrio de la Macarena, y bajo los negros rizos que bordeaban su rostro moreno ardían un par de ojazos que «quitaban el sentío», como decían por su tierra, y en los cuales parecían reflejarse la Giralda, el Guadalquivir, Triana, la torre del Oro y el Cristo del Gran Poder; toda Sevilla entera con su alegría y con su luz, con sus cañas de manzanilla, sus pintados mantones de la China, sus rejas rebosantes de claveles, sus niños pintureros, sus hembras saladísimas y demás complementos cegadores que han forjado la Andalucía de pandereta.

Amalia Medina, inteligente, vivaz y reducida de estatura, no era bonita ni siquiera pretendía que se lo

dijeran para halagarla; pero poseía unos cjos tan incomparablemente hermosos que bastaban para convertirla en una mujer irresistible. Por la luz de aquellos ojos negros, soñadores y dominantes, consiguió destacarse de la variada colección de guapas y arrogantes ciudadanas que en el muerto Salón de Actualidades implantaron hace quince años el Varietés cortesano. Amalia Medina fué la primera que aristocratizó el cante flamenco y supo dignificar con su arte pícaro y gracioso los aires del arroyo. Los madrileños siempre la recordarán cantando gachonamente sus célebres tientos de los Lunares con un modesto trajecito de percal; pero recientemente se había encargado un decorado fastuoso, y tras minuciosos estudios había logrado convertirse en la más genial intérprete del alma popular española. La Medina cultivaba los tipos femeninos representativos de las regiones, y, merced a su talento, simpatía y entusiasmo, ganaba trescientas y cuatrocientas pesetas diarias.

Sexualmente no ofrecía complicaciones morbosas. Tenía su correspondiente amante, como por regla general sucede entre las estrellas de music-hall; pero lo asombroso de Amalia es que le era fiel. La Medina adoraba a su Antonio, que era un hombre de una gran fortuna y que, fervientemente enamorado de ella, la seguía a todas partes como un esclavo sumiso. Amalia Medina podía haberse casado con su Toño, como ella le llamaba en la intimidad, pero alegaba lo siguiente: «Si argún día nos casáramos, pué sé que arguien le reprochase haberse casao con una mujé que él no perdió. Asín, naie tié que desí ná. Y después de tó, vivimos como si er cura nos hubiese echao er garabato. ¡Con que...!» Y terminaba su frase con un mohín de gitanilla pimpante.

La gitana de Lugo y la de Sevilla conocíanse desde la época de Actualidades, y a pesar de su gran diferencia de edades, se había establecido entre ambas, desde el primer momento, una intimidad que el Tiempo no frustró, debido a que la Medina no aspiraba a tiranizar en Madrid. Amalia, que era muy práctica, estaba continuamente de «tournée» por provincias, que es donde pagan más generosamente a las artistas de su género, y sólo actuaba en Madrid una vez al año, quince días por primavera, en Apolo o en Lara. Como la Medina pasaba como un meteoro, no contaba con la clásica camarilla de periodistas, dibujantes y admiradores, como acontecía a Carmela Reyes y a la «Curra», y quizás porque no viese en la menuda y pizpireta gitana de Sevilla una posible rival, la de Lugo la seguía apreciando lealmente.

En cuanto a «Coralito», también, como la Medina y Carmela Reyes, procedía de Actualidades. Pero la linda cancionista disfrutaba de un teatro propio en la corte, donde trabajaba a diario todo el año, desde hacía seis temporadas, sin fatigar al público. Bien es verdad que la monísima estrella, que en cuanto a figura era una maravilla y en cuanto a belleza un milagro, solía trabajar en la «toilette» popularizada por la madre Eva en el auténtico Paraíso terrenal, y esto no puede cansar nunca a los espectadores.

«Coralito» era sinónimo de pecado escénico, nefando y exquisito; era la personificación del Horror irresistible y de la Seducción definitiva. Era el enemigo por antonomasia de la Tranquilidad, del Hogar y del Régimen. Su presencia en las tablas, cuando bailaba la rumba—¡oh, la rumba de «Coralito»!—ocasionaba terremotos, sobresaltos, congojas y vivas a la República del Amor. De «Coralito» podía decirse que era

una Eva cien veces más tentadora que la primitiva, y que justificaba no sólo que Adán probase la manzana, sino la pera. Puede que su mayor hechizo consistiese en ser tan adorablemente femenina. Porque «Coralito» poseía los serpenteos y las felinidades de la mujer tres veces mujer. Cuando alguien la reprochaba sus «deshabillés», que tan nocivas eran a la moral pública, «Coralito» solía responder con su dulce sonrisa de colegiala:

—Yo no sé por qué se indignan conmigo los moralistas; precisamente yo merecería una estatua por lo que contribuyo a la reproducción de la especie. Muchos maridos, que regularmente hacen caso omiso de sus mujeres, cuando me vienen a ver la rumba se portan luego con ellas en una forma que me debían agradecer. Yo tengo la convicción de que el veinticinco por ciento de los natalicios que ocurren en Madrid son derivaciones de mi rumba...

¡Qué lástima que últimamente «Coralito» se hubiera envenenado de honestidad! Pero así era, por desgracia, y la perfumada «divette» había subido sus escotes y alargado la falda de sus vestidos, y soñaba con debutar en Lara cantando un repertorio ñoño, que no pudiera ser rechazado por una ursulina. Pensaba conquistarse la total simpatía de las señoras de Estropajosa, y a tal efecto había tomado parte en una función a beneficio de unas damas catequistas. «Coralito» bailó su exagerada rumba tan decentemente, que las señoras reconocieron por unanimidad que no era tan pecaminosa como se susurraba.

—Indudablemente—pensó la presidenta recogiendo en la taquilla el producto del espectáculo—, a esta pobre muchacha la calumnian. A mí no me importaría que mi marido la viese trabajar.

Amalia y «Coralito», reunidas en el gabinete de Carmela, convinieron en qué la conducta de Nené era por demás retadora e intolerable, y ofrecieron su valioso concurso a su antigua compañera, como esas buenas hijas que están siempre propicias a amparar a su madre. Pero después de divagar tres horas no discurrieron nada positivo, y así hubieran estado toda la tarde, a no ser por la llegada de «Balmes», que encontró la solución.

«Balmes» era un personaje absurdo con más nariz que sentido moral, y cuyo modo de vivir era la comidilla de ese mundo mundillo del Varietés español. «Balmes» había sido en sus veinte años un pimpante y travieso betunero que en la acera de Fornos le había sacado lustre al calzado de todos los clientes del popular café. Era de una inédita fealdad agresiva, con sus ojos de chimpancé cabalgando sobre la grotesca nariz y el labio inferior rojo, grueso y caído a consecuencia de habilidades inconfesables, gratas a las sacerdotisas de las calles de Jardines y de la Aduana. Un día, «Balmes» dejó de presentarse con sus cepillos y sus cremas en la puerta de Fornos, y a las pocas semanas viósele disfrazado de persona, con un sombrero flexible, un traje verde lagarto y unas botas de caña que partían los corazones. De su rostro moreno y alargado había desaparecido el bigote y ostentaba en la mano izquierda un hermosísimo anillo de metal dorado con su indispensable pedazo de vidrio blanco, que a él le parecía un brillante, pero que desde lejos causaba el efecto de la parte inferior de un vaso de cocina.

Una hetaira de pocas pretensiones, agradecida a las lisonjas y a la ciencia de gabinete del simpático orangután, lo raptaba a su profesión de betunero, con

gran protesta de los concurrentes a Fornos, y sabedora de que su narigudo protegido sentía una invencible debilidad por la poesía, ideó ungirse cupletera, asesorada por su inconcebible amante.

Ella necesitaba un hombre que la defendiese y la ayudara a vivir, aunque ella tuviera que ayudarle a él en justa reciprocidad, y el betunero era un buen chico que transigía con todo, que la llevaba las cartas a sus amigos, que la cepillaba el calzado y la ropa, que hacía cuplés y que, si llegaba la ocasión, le daba un par de bofetadas al que pretendiera darla mico. Añádase a esto las habilidades de «boudoir» del betunero, y tendremos que la «Fideo» había encontrado en «Balmes» su ideal.

Pero la «Fideo» debutó en un music-hall cortesano por recomendación de un favorecedor suyo, y aureolada por la luz de las baterías, amparada en el prestigio de su remoquete—«Diana de Poitiers»—y mimada por la Casualidad, no tardó en encontrar un amante fijo, por el cual se vió obligada a desprenderse del ex betunero. Este, pora mor propio, rebelábase a volver a Fornos, donde suc ambio de posición había causado el estupor de los parroquianos, y aprovechando sus diversos y nuevos conocimientos, no tardó en encontrar digna colocación como secretario-consejero-representante-asesor y proveedor de cuplés de la «Bella Molíns», tonadillera, chula y propietaria, todo en una pieza, y terror de las empresas, por su carácter arbitrario y alborotador.

«Balmes» acompañaba a la Molíns en calidad de rodrigón; contestaba la correspondencia de la artista, esmaltando sus cartas de faltas de ortografía, que luego eran atribuídas a la excitable tonadillera; sacaba a pasear a los niños de su representada, y en más

de una ocasión tenía que regresar apresuradamente al domicilio de la Molíns obligado por la travesura de una niña de dos años, a quien no se le ocurría satisfacer sus necesidades sino cuando «Balmes» la tenía en brazos; ayudaba a transformarse entre bastidores a su poderdante, cuando ésta trabajaba, amén de otros servicios íntimos que la Molíns no dejó de aprovechar cuando tuvo conocimiento de ellos por el propio interesado.

La empingorotada tonadillera, que por cierto había venido de América, como la Reyes, con siete años menos y medio kilo de brillantes más, tenía asignado un sueldo mensual a «Balmes» de sesenta pesetas; además le mantenía y le concedía el usufructo de un catre abierto en la despensa, para que «Balmes» no se viera, como antes, en la precisión de dormir en la Castellana sobre un banco de piedra, cosa que si en verano puede ser hasta cierto punto higiénica, en otoño, y sobre todo en invierno, es bastante lamentable. «Balmes», por su natural viveza y su gran simpatía, no obstante su proverbial incultura, había conseguido paulatinamente que le dieran beligerancia algunos compositores de relativo prestigio, e impuesto por la Molíns, que se obstinaba en cantar el detestable repertorio de su consejero-secretario-apoderado-representante-asesor, había saboreado las mieles del éxito.

El ex betunero llegó a cobrar en la Sociedad de Autores Españoles pingües derechos por sus canciones chulescas; pero aunque sus ganancias le hubieran permitido romper el yugo opresor de la Molíns, que a pesar de todo, siempre veía en él un doméstico, nunca se determinó a hacerlo, sospechando que el día en que sus monstruosidades cayesen, él se hundiría con ellas, y entonces sí que irremisiblemente tendría

que volver a los betunes y a los fríos bancos del Paseo de la Castellana.

Aquella solidaridad existente entre «Balmes» y la Molíns, si bien escandalizaba a la cofradía del Varietés, no dejaba de ungir a «Balmes» con los óleos de la consideración de las «estrellas».

—¡Si es el consejero-secretario-representante-apoderado-asesor de la Molíns!—exclamaban todos.—Cuando ella le trata y le recoge en su casa, ¿por qué no vamos nosotras a aceptarle también?

«Balmes» llegó a casa de la Reyes en la crítica hora en que las tres gracias modernas—una de ellas algo fondona—fraguaban una perfidia contra Nené, y «Balmes», que estaba al tanto de todas las fruslerías, intimidades y detalles de toda la fauna del Varietés, aseguró al trío de estrellas refulgentes:

—No os molestéis en buscar el modo de apabullar artísticamente a Nené, porque perderíais el tiempo: hoy está de moda, tiene sobra de facultades y pretender ir contra ella es querer ir contra la corriente. Si me hiciérais caso, yo creo que la única manera de fastidiarla—«Balmes» empleó otra palabra más gráfica—es indisponerla con Guillermo Heredia o quitárselo, si es posible, ¡Esto sí que es un programa!

Las tres artistas se miraron asombradas. ¿Cómo no habían caído antes en la cuenta? Verdaderamente, «Balmes» era un chico muy listo, merecedor de un chato de Montilla. La gitana de Lugo mandó traer a su criada una botella de lo «güeno», y entre sorbo y sorbo puntualizaron el «pograma» para arrebatar a Nené su amante.

—Yo creo—dijo «Balmes», después de haberse limpiado los labios con los puños de la camisa—que lo mejor es que Carmela, que está pagando la campaña

de «El Cupletero», apoquine más pastizara y llame a Cadórniga para publicar un número entero del periódico dedicado a meterse con Nené. Si os parece, yo mismo lo puedo hacer, porque estoy con ella a matar desde que no me canta repertorio, y en ese número repetiremos lo del lío de Nené con el ganadero de Sevilla y el papel que hace Guillermo; porque me figuro que ya sabréis lo que se dice por ahí: que es el chulo de Nené y que se está comiendo lo que la daban los primos. A mí, después de todo, me tiene sin cuidado, porque ya comprenderéis que no soy quién para meterme en la vida privada de nadie; allá cada uno. Pero que conste que lo hago por servir a Carmela. Y luego, cuando salga el periódico, se lo enviáis a la familia de él, y malo será que no tenga un disgusto gordo y le separen de ella, aunque sólo sea hasta que se apague el escándalo. Y excuso deciros que si le enviáis también «El Cupletero» al de Sevilla, ¡no va a ser chico el jollín que moverá cuando ella vaya por allí! ¡Con lo cabreado que debe estar!

—¡Digo!—interrumpió la Reyes—; como que las bofetás se van a oir en la Alameda de Hércules. ¿Sabéis ustedes que eso está mu bien pensao? ¡Pero que mu bien, «Balmes»!

—Bueno, Carmela—exclamó «Balmes», percatado del excelente efecto que había causado con su visita;—me figuro que esto valdrá el sí de lo que venía a pedirte.

—¿Y qué quieres?—interrogó la gitana de Lugo, metiendo la mano instintivamente en el bolsillo de su bata.

—Nada, casi nada, una tontería—dijo «Balmes», sin darle importancia a su petición—: que esta noche estoy citado con una modista de órdago para ir a la

Bombilla, y como me encontraba sin una perra gorda, pues me he dicho: vamos a ver si Carmela Reyes es flamenca para prestarme diez duros. Esto no es un sablazo, ¿eh, Carmela?: yo te traeré unos cuplés nuevos que van a darte más éxito que la «Chulapona». Mira, uno de ellos dice así:

Si será chula mi hermana,
que duerme sobre el fogón
por no deshacer la cama.

Carmela Reyes, que estaba aquella tarde muy bien impresionada en favor de «Balmes», y, además, quería presumir de rumbosa con sus compañeras, entregó al ex betunero un billete de cincuenta pesetas, y el narigudo se despidió con mil zalemas, haciendo esta advertencia:

—Te participo, Carmela, que si no se los he pedido a la Molíns es porque ayer precisamente la saqué veinte duros para un traje. Y a la «Curra» tampoco podía pedírselos, porque antes de ayer se empeñó en regalarme unas pesetas para que me comprara unas corbatas—. Y concluyó exclamando:—¡Carmela, eres más cañí que un pantalón abotinado! ¡Olé por las gitanas chipén!

Ya en la escalera, cuando la sableada no podía escucharle, agregó:

—¡Qué lástima que seas de Lugo!...

A las ocho llegó la madre de «Coralito» con el auto a buscar a su niña, y en seguida se fueron, dejando solas a Carmela y la Medina. Y aun no habían llegado madre e hija al portal, cuando la Reyes empezó a gruñir:

—¿Qué te parese esa gachí? Después de pasarse

dose años enseñándole «eso» ar público, ahora le da por la desensia y quiere camelá ar señorío! ¡Malos mengues la trajelen er jopo! ¡Si se ve ca cosa, que es pa morirse! ¡La mare e Dios!...

Mientras, «Coralito», acomodándose en el magnífico auto, regalo de su penúltimo amante, decía a la autora de sus días:

—Pero ¿has visto, mamá? ¡Cada día está más vieja Carmela! ¡Si da asco verla de cerca! ¡Como que ya tiene cuarenta años corridos! ¡Estoy viendo que todavía te voy a comprar unos trajes, aprendes unos cuplés y debutas en Lara haciéndole la competencia! ¡Y luego, qué envidiosa! Yo no concibo que haya mujeres así. ¿Y qué me dices de la Amalia? Parece un gato pelado. No se le ven más que ojos. Creo que ha perdido ya casi toda la voz.

—Creo que la única a quien se puede mirar de las que trabajásteis en Actualidades es a ti—afirmó la madre con tono convencido.

—¡Ah, eso, desde luego!—añadió «Coralito», no menos persuadida—. Pero es que, fíjate, también yo soy la más joven. Porque hace doce años, cuando yo debuté en Actualidades, tendría...

—¡Unos veinte años!—interrumpió la madre con firmeza.

—¡No, mamá, por Dios!—protestó «Coralito»—. Entonces tendría yo unos quince años... Han pasado doce... que son los veintiuno que tengo...

—Yo creo que echas mal la cuenta—aseguró la madre, que en matemáticas era una eminencia—: si ahora tienes veintiún años, es que debutaste de nueve.

Y en tanto, la gentil, gentil, gentil «Coralito», que había detenido la carrera de los años como Josué detuvo la marcha del Sol, discutía con aquel Echegaray

con faldas que tenía por madre la fecha en que vino al mundo. Carmela Reyes, sola ya en su casa, se enjabelgaba el rostro y se ponía una toaleta adecuada para recibir al marqués de Tixeras, que aquella noche había sido invitado a comer por uno de los hermanos de Carmela, a petición de ésta.

El marqués de Tixeras era relativamente joven, pero podía decirse de él que había envejecido bajo los arneses de Cupido. Era poseedor de una fortuna considerable y elegía sus queridas entre las estrellas de varietés. Así como existen hombres que se sienten insensiblemente atraídos por las modistas, las doncellas de casa grande, las cigarreras, incluso las amas de cría, también los hay que reservan su predilección para las artistas de varietés, y muy particularmente para las que ostentan el coruscante rabo de estrella.

El marqués de Tixeras era uno de éstos, y llevaba una larga temporada asediando a la Reyes con esperanzas de rendirla. Pero como era un trucoso con más vista que un lince, dábase perfecta cuenta de que la gitana de Lugo no se entregaría sino al peso de sus billetes, y trataba de procurar que la conquista le saliese lo más barata posible; porque si bien el marqués de Tixeras era un pollo por su edad, más tenía de gallo por su experiencia en las lides erótico-mundanas.

En su peña del Casino—una peña en donde nadie era recibido cordialmente como no fuese adornado con alguno de los siete pecados capitales—, le habían preguntado:

—¿Y de Carmela Reyes, qué? ¿Cuándo pasarán ustedes juntos por delante de nuestros balcones en ese auto que le ha regalado usted?

—¡Oh!—contestó Tixeras—. Todavía no he empezado a tirar piedras a su jardín, porque no las tengo bastante preciosas. Ya saben ustedes que ella pretende bañarse en un río de brillantes.

—Por lo visto, piensa usted darle más adelante uno de estos baños.

—Sí; pero primero la invitaré a que se bañe en agua clara. Huele damasiado a «honrá» y a tocino, y yo preferiría que para mí no oliese a ninguna de las dos cosas.

Esto lo decía despechado, porque la arrogante gitana de Lugo estaba para él un poco verde, como las uvas de la fábula, y si bien a ella la cortejaba con fervorosa asiduidad, a sus amigos intentaba hacerles creer que no estaba rotundamente prendado de la famosa artista.

El aristócrata presentóse en casa de Carmela muy cerca de las nueve, y ésta le hizo la merced de comer sola con él, alegando que su padre y hermanos habían tenido que ausentarse por ineludible quehacer. Y como el marqués de Tixeras lo que deseaba era comer sin testigos, encontró de muy buen gusto la actitud de la gitana, invitándole a una comilona sin los hermanos ni el papá.

El ágape fué encantador. Carmela Reyes ocultó sus uñas cercadas de luto y no mostró más que los dientes de loba, disfrazada con una vaga sonrisa para que el aristócrata no se percatase de que estaba furiosa por dentro. La causa de aquella furia era que el día del beneficio de la artista en la Comedia, el marqués, que esperaba recibir en sus brazos inmediatamente a la gitana, la regaló un automóvil valorado en quince mil pesetas: Carmela Reyes, ante un grupo de admiradores, periodistas y amigos de la empresa, preguntó al aristócrata, antes de hacerse cargo del regalo:

—Oigasté: este orsequio, ¿se lo hase osté a la mujé, o a la artista?

—Se lo hago a la artista—contestó galantemente y sin vacilación el marqués de Tixeras.

—Pos entonses, pueo asetarlo. ¡Muchas grasias!...

El incidente se había comentado en los círculos y teatros madrileños. Pero lo que para la generalidad del público aparecía como un rasgo de generosidad admirable, no resultaba así para Carmela. Aquel automóvil, según indagaciones realizadas por la Reyes, había sido comprado a plazos de mil pesetas por el marqués, que sólo había abonado dos de ellos, y la gitana temía, con razón, que si el aristócrata «se daba el piro», como presagiaban sus hermanos, tendría ella que pagar de su bolsillo las trece mil pesetas restantes, o correr el bochornoso ridículo de devolver el «artefarto».

La gitana, como sabemos, no tenía ya veinte años ni veinticinco, ni siquiera treinta; pero poseía, como «Coralito», la habilidad de retener la juventud. Un ojo escrutador hubiera advertido que el rostro de Carmela Reyes dejaba bastante que desear, por lo que a tersura y suavidad respecta; pero la luz fascinadora de los ojazos verdes prestaban al empolvado hocico mayor encanto que el que ofrecería una niña de diez y seis abriles.

El marqués, que estaba excesivamente amable y festivo, quiso hundir sus manos en la hermosa cabellera negro-azulada de la gitana de Lugo. Ella, que estaba con el alma en un hilo desde que había averiguado la inseguridad del regalo del marqués, y quería a todo trance afirmar la propiedad del lujoso vehículo, no se opuso a que él jugueteara con las ondas negrísimas bañadas en aceite y en perfumes económicos.

Cuando él sacó la mano toda grasienta y algo ennegrecida, pues aquella mañana la cañí se había aplicado la tintura para las canas, ella rugió, patética, con acento de leona del desierto:

—¡Qué!, ¿ya se ha salío osté con la suya? ¡Ya ha acarisiao osté mis risos! Pues sepa osté que es la primera ves que un hombre que no es mi marío se atreve a tocarlos.

Luego, mientras él se limpiaba disimuladamente la mano con la servilleta, Carmela agregó, elevando sus miradas al cielo:

—¡Ay, Jesús mío del Gran Podé! ¿Por qué premites que una gachí honrá se vea en esta situasión?

La «situasión» de la gachí «honrá» tenía más de regocijante que de comprometida. A consecuencia de la botella de mostagán que se había echado al coleto ella sola y de las cinco copas de champaña que remataron el ágape, a la ilustre cañí le faltaba muy poco para estar calamocana. Los vapores del alcohol habían empezado a obrar sus efectos, y Carmela sentía unas grandes ganas de dormir, en todo reñidas con los proyectos de su adorador, que intentaba en vano distraerla, piropeándola sin tino y proponiéndola jugar con un dominó que acababa de descubrir en un estante. Pero la obsequiadora, que pidió una baraja a la criada para jugar al tute con su obsequiado, empezó a dar unas cabezadas tan ridículas y a decir tantas incongruencias, que el aristócrata, impaciente, se abalanzó sobre ella y quiso conducirla en sus brazos hasta el diván consabido.

¡Nunca lo hubiera hecho! La gitana de Lugo, al grito de: «¡Yo soy una gachí honrá!», le propinó cuatro sonoras bofetadas, y luego, arrojando espuma por la boca, heroica y embriagada de ira y de alcohol, le

expulsó de su casa violentamente, rociándole con los epítetos menos aceptables. Tampoco se quedó corto el expulsado, puesto que, olvidándose de su estirpe, recurrió al vocabulario de plazuela para contestar a la encrespada lucense.

Y así murió la amistad de la gitana con el marqués de Tixeras, la misma noche en que, complicada con «Coralito» y Amalia Medina, había conspirado contra la tranquilidad de Nené...

III

LA ESTRELLA ADVIERTE QUE SE QUEDA SIN RABO

La aparatosa e inconfundible paliza que Guillermo Heredia propinó ante la abigarrada concurrencia del café Colonial al director de «El Cupletero», no amordazó, como aquél equivocadamente supuso, al malévolo Cadórniga.

El hombre de la nariz de berenjena estaba acostumbrado a recibir palizas a cual más sensacionales, y un magullamiento más no le dolía ni le escarmentaba. Todo se reducía a gastarse una peseta—el importe de una suscripción mensual al periodiquillo—en árnica para eliminar los cardenales, y en seguida volvía a la carga, arreciando en sus insultos tabernarios. Aquella debilidad que le caracterizaba no era otra cosa que el resultado de las pateaduras recibidas por sus campañas de chantage. Así, pues, no es de extrañar que el número siguiente de «El Cupletero»—escrito encolaboración con «Balmes» y Carmela Reyes—lo dedicase Cadórniga a protestar de la conducta del hijo primogénito de la marquesa de Alminares, «escudero de Nené, con derecho a recoger las migajas amorosas de la artista; pollo imberbe y belicoso que había osado agredir cobardemente al dignísimo y bondadoso director de «El Cupletero», porque éste, en una de sus críticas ecuánimes, había ejercitado su derecho a juzgar la labor de la cancionista». Y concluía exhortando al propietario del café Colonial a prohibir la entrada en el local a dicho jovenzuelo, por «desvergonzado y camorrista, y para evitar que la selecta concurrencia del establecimiento dejara de frecuentar el popular café, donde las personas decentes estaban a merced del primer borrachín o explotador de artistas que llegara con ganas de escándalo». Y añadía otras apreciaciones respecto al aristócrata, no menos agresivas y procaces. Y, como es de suponer, a Carmela Reyes le faltó tiempo para buscar en la «Guía» de Teléfonos la dirección de Guillermo y enviarle a la marquesa de Alminares, bajo sobre, un par de números del mentado papelucho.

La llegada del periódico al palacio de Alminares provocó una hecatombre familiar. La marquesa se desmayó en el comedor, afirmando que aquella información de «El Cupletero» colmaba de oprobio y deshonor a los Heredia, y hasta llegó a pensar, en su aturdimiento, que después de publicado aquel artículo ninguna dama de la buena sociedad volvería a admitirla en sus salones. Porque la vieja marquesa era una aristócrata chapada a la antigua, obsesionada con la idea de la pureza de costumbres, incapaz de tolerar ni disculpar nada que atentase a la integridad de sus blasones, y aquella acusación de «souteneur» que

hacían a su hijo creía que era el «inri» para su nobilísimo abolengo, el estigma bochornoso que acabaría con el prestigio de su estirpe. ¡Qué desgracia tan grande tener por hijo «una bala perdida» que mancillaba tan públicamente la fama irreprochable de la familia Heredia! ¡Bonito ejemplo para Arturo, el hermano menor!

Fué en vano que Guillermo asegurara a su madre que «El Cupletero» sólo era leído en los hogares de las furcias de baja estofa y en los locales equívocos, como casas de mal vivir, tabernas frecuentadas por ladrones y casas de juego, tiendas «raras» y otros establecimientos de dudosa moral, a los cuales Cadórniga solía sablear de cuando en cuando por medio de entrefiletes dirigidos al jefe superior de Policía, como los que siguen: «Nos dicen que en tal calle hay una casa donde se juega descaradamente a los prohibidos. ¿Será cierto?» «¿Es verdad que en tal parte acuden a hacer tertulia a varios caballeros de edad unas cuantas muchachas menores de quince años, por cierto bastante agraciadas?» La marquesa derramó lágrimas de desesperación profunda viendo el efecto contraproducente de sus teorías domésticas. ¡Ella, que procuraba limitar a Guillermo toda clase de gastos; que le pasaba una asignación mensual muy reducida, a fin de que no se engolfase ni llevara una vida de disipación, cuán hondamente suspiró ante el fracaso de su táctica!

Y, como es de suponer, también la aristocrática señora tuvo los consabidos improperios para los malditos hombres. ¡Ah, los malditos hombres!...

El difunto marqués bien la había amargado la existencia con sus celos absurdos. La marquesa, que fué en su juventud una mujer de gran belleza y extraordinaria elegancia, había sufrido lo indecible soportando un marido secuestrador y antojadizo que la privaba caprichosamente de asistir a determinadas fiestas mundanas, que no la permitía salir sola a la calle, que fiscalizaba sus actos más íntimos, que la prohibía amistades femeninas y que, en nombre de un amor vehemente e insaciable, la convertía en la más desventurada de las esposas. Mas no por que enviudase conoció la aristócrata la dulce paz doméstica: entonces tuvo que sobrellevar pacientemente sus contrariedades de madre de familia a quien salen dos hijos descarriados.

Guillermito era un torbellino imposible de refrenar, que jamás había procurado evitar un disgusto a su madre y que con su vida disipada no podía servir de ejemplo al hermano menor, maleado también por peligrosas inclinaciones.

Arturito era el reverso de Guillermo. Toda aquella insensatez dinámica y aquel cinismo ofuscador que distinguían a Guillermo, no se encontraban en Arturo, espíritu apocado y silencioso, que representaba la demencia estática. Blanco y dorado como Guillermo, de ojos hermosamente verdes y elegante figura, tenía una marcada suavidad de movimientos y una felina delicadeza que prestaban más gracia espiritual a su inquietante delgadez. Arturito era como una hermana de Guillermo, disfrazada de chico, casi etéreo, frágil como una porcelana de Sajonia, y en su rostro ovalado de velazqueño infante, extraordinariamente pálido y lilial, no había más color que el ajenjo de las pupilas, sombreadas de ojeras violáceas, unas ojeras formidables que delataban los estragos causados en su débil naturaleza por una infecunda voluptuosidad. Carecía de amigos, y ante las chicas de su edad manifestaba una invencible timidez que,

poco a poco, fué cambiándose en horror. Nada dado a la bulla y la jarana, a pesar de sus quince años, enmurallado encarnizadamente dentro de sí mismo, como si un mal interior le devorase y temiera manifestarlo, su placer favorito era encerrarse en sus habitaciones para leer novelas policíacas, cosa que ni su madre ni su hermano encontraban sospechosa. Pero una noche en que la vieja marquesa de Alminares sintió la irresistible tentación de curiosear por el ojo de la cerradura del cuarto de Arturito, halló la clave de aquellas misteriosas encerronas. El niño hojeaba un libro que no debía de tener nada de terrorífico, a juzgar por la tarea a que el lector se entregaba. Entonces, ¡sólo entonces!, adivinó la noble dama el origen de las ojeras del chiquillo. Se impuso un registro en los cajones de la mesa de Arturito, y la marquesa se espantó recogiendo la serie de «folletines detectivescos» que tan eficazmente, con sus láminas persuasivas, contribuían al adelgazamiento del muchacho. Pero, no obstante aquella fiera e implacable batida, Arturito prosiguió encerrándose en su cuarto para abismarse en el recuerdo de la perdida biblioteca. Y sus ojeras eran cada vez más atroces, y su fantasmagórica delgadez se agudizaba para tormento de la madre, que se reconocía impotente para luchar contra aquel hijo que tenía en sí mismo el recuerdo de la propia voluptuosidad.

Aquella encarnizada pasión del niño por «las novelas policíacas» nacía en razón de su quintaesenciada sensibilidad. Arturito había vivido materialmente secuestrado por su madre, y como resultado de su carencia de amistades de uno y otro sexo, el joven se había reconcentrado en sí mismo. El se había forjado un concepto del goce sexual a su capricho, y sus en-

sueños voluptuosos estaban revestidos de tan elevada espiritualidad, que jamás fueron turbados por las groseras realidades de la materia. Por eso, la tarde en que Guillermo le condujo con él a una casa mal reputada para que el monigote conociese el placer de la hembra, el iniciado sufrió una decepción infinita. Todo en aquella casa era especialmente obsceno, artificioso y desprovisto de idealidad. Allí no se respiraba más que inmundicia carnal, sin que se hallara ni un detalle que salvase lo ignominioso de la situación. Aquello era demasiado bárbaro, e hirió tan vivamente la exaltada imaginación de Arturo, que desde el día siguiente aborreció todo cuanto tuviese carácter carnal. Disciplinó sus propias sensaciones y afirmóse más y más en su estéril voluptuosidad. Tomó como pretexto las novelas policíacas para encerrarse en su cuarto, y allí, desnudo y a solas, se procuraba inefables banquetes de felicidad. Arturito disfrutaba locamente, con los ojos entornados, ideando en su mente a su capricho poéticos idilios que comprometían la rosada nitidez del edredón de seda, y a costa de su demacración alcanzaba el grado máximo del esplendor sexual que enfurecía a la marquesa de Alminares.

¡Ah, los malditos hombres!... Después de prorrumpir en una violenta colección de imprecaciones contra Guillermo y Arturito, sólo se calmó la marquesa cuando Pitito le juró solemnemente detener la campaña difamatoria de «El Cupletero» y romper sus relaciones con Nené. Conseguir lo primero era relativamente fácil, pues bastaba con enviar al director de la revista cincuenta o sesenta duros, suplicándole silencio por conducto del administrador. En cuanto a lo segundo... Pitito amaba ardientemente a la Romero, y era pedirle un sacrificio inmenso. Pero lloró tanto

su madre, suplicó tan tiernamente y le hizo reflexiones tan convenientes y atinadas, que Nené fué inmolada cruelmente al deseo de la marquesa de Alminares. De esta manera cambiaría la opinión que tenían respecto al joven muchas gentes, y él comenzaría a observar una conducta más recomendable.

—¿Sabes lo que te convenía?—aseguró la marquesa: —¡casarte! En Madrid hay chicas preciosas y riquísimas que te harían feliz. Lo pasarías muy bien y sentarías esa cabeza loca... Te advierto que sería la mayor satisfacción que podrías dar a tu madre...

Guillermo ofreció pensarlo, y como medida preventiva escribió a Nené una carta delante de la marquesa haciendo saber a su amante que, en vista de los múltiples disgustos que la amistad de él la ocasionaban, optaba por romper aquellos funestos amores definitivamente.

Esta determinación fué doblemente dolorosa para Guillermo, porque a más de querer ardientemente a Nené, se hallaba un tanto interesado por Pilarín. El idilio con Pilarín le deparaba agradabilísimos ratos que no olvidaría con facilidad. Nené le hablaba al corazón y Pilarín a los sentidos. En sucesivas entrevistas que había tenido con la chiquilla, Pitito había saboreado las mieles de delicias sin cuento. Había algo de malsano en su debilidad por la muñeca adorable y viciosa, aquella nena llena de encanto infantil con sus rodillas al aire, los bracitos desnudos y las melenas hasta el cuello, que ponía todo su empeño, para ser grata a Nené, en aniñarse incesantemente. Pilarín, para rejuvenecer a su madre, estaba «en bebé» de ocho años, con sus posturas indolentes e inauditamente provocativas, su aspecto candoroso de santita de vidriera y su perversa discreción. A Guillermo,

cuando yacía con Pilarín, le causaba el efecto de estar cometiendo un delito tan abominable como exquisito, y experimentaba una alegría sin límites hollando los últimos vestigios de inocencia que restaban a la pequeña. Hablábala de cosas monstruosamente obscenas, proponíala depravaciones indecibles, y tanto su conversación como sus actos eran un himno eterno a la lujuria decadente, enfermiza y audaz. Para la nena, Guillermito había arrebatado a su hermano menor las «novelas policíacas», ilustradas con hombres y mujeres revolcándose en varias actitudes, que provocaban en la chiquilla una excitación indescriptible. Y cuando Pitito la veía jadeante, brilladores los ojos y respirando henchida de voluptuosidad, abalanzábase sobre ella con criminal delectación y a mordiscos desgarraba sus ropas, la desnudaba ebrio de deseos y la poseía furiosamente, hasta quedar con ella sumido en un cansancio que le inmovilizaba. Renunciar a Pilarín precisamente cuando le era más necesaria, cuando todo el cuerpo de él temblaba de placer ante la idea de volver a poserla, era un sacrificio superior a sus fuerzas. Pero Guillermo hizo un supremo llamamiento a su energía para complacer a su madre y de paso salvar el prestigio del apellido, que con tantas locuras padecía evidentemente, y no sólo prometió solemnemente a la marquesa de Alminares ponerse en relaciones con una joven de su rango para casarse con ella, sino también abstenerse de volver a cambiar la palabra con su amante.

En cuanto a Nené, quiso arrancarse el corazón y sucumbir. ¿Qué significaban ya para ella la juventud, el arte y la belleza sin Pitito, que para ella lo era todo? Entonces conoció la angustia de una mujer enamorada y recriminó mentalmente a Guillermo, aquel

hombre tan increíblemente ingrato que, después de hacerla perder dos amantes generosos, se separaba de ella por complacer a una madre ridícula. Ofelia, en situación análoga, iba a llorar todas las tardes en compañía de Nené, sin que ambas amigas lograran consolarse mutuamente de la desgracia que las afligía. El cielo hundiéndose sobre la tierra en convulsión, o el mar embravecido desafiando a los volcanes irritados, no habían intimidado a las artistas como la pérdida del hombre que las había invadido como un siniestro vendaval, dejándolas maltrechas e inconsolables. ¿Era posible tan monstruoso abandono?

¡Claro que era posible! Enrique Ros andaba muy peripuesto y currutaco por Madrid, del brazo de su nueva amante oficial, una monologuista-imitadora-cupletera-bailarina, en una pieza, que le traía soliviantado y a una temperatura completamente ecuatorial, según costumbre en él. Por lo que respecta a Guillermo... Una tarde, las dos amigas se presentaron en la Castellana para ofrecerse a los paseantes desde el auto de Nené, muy retocadas y vestidas, ocultando la huella de sus feroces desencantos tras los flotantes velos, cuando la contemplación de Pitito hizo desvanecerse a la Romero. El monstruo iba en un coche de todo lujo amartelado con una joven rubia de singular belleza, y a la pareja la acompañaba una señora de apariencia tan respetable que ahuyentaba toda sospecha de que aquella rubia fuera una trucosa.

De vuelta del paseo, Nené volvió a mandar a Guillermo una de sus misivas más conminatorias y elocuentes; pero el joven, en vez de personarse en casa de la artista, como ésta pretendía, le contestó al día siguiente con una carta breve y substanciosa:

... «No pienses que volvamos a reanudar nuestra

amistad, porque esa joven con quien me has visto es mi prometida, y por nada del mundo la ocasionaría un disgusto. ¿Es que en Madrid no hay más hombres que yo? Cuando ya no es posible continuar una aventura, ¿por qué vamos a empeñarnos en mantenerla? Procura olvidarme, y no seas tonta... Es lo que te conviene...»

Nené lloró y pataleó; quiso correr en busca de la prometida de Pitito, para comerse viva a la que le robaba el corazón de su Guillermo, y hasta pensó en tirarse por el Viaducto. Pero prefirió arrojarse en brazos del «Macareno», que, sabedor de la ruptura de la joven con Pitito y el ganadero, propuso a la artista una «entente» definitiva. Ella aceptó, porque necesitaba consuelo, dinero y reclamo, y emprendió una excursión por toda España acompañada del torero. La madre respiró tranquila, felicitando a su hija por haber recuperado la razón, y Angelito empezó a chupar «un rato largo» de la munificencia del astro coletudo, ahora dueño y señor exclusivo de la bella Nené.

Cierto día, Nené y el «Macareno» almorzaban en un colmado de Sevilla, arrullándose alegremente.

—¡Esto es el Paraíso!—exclamó el tauricida.

—¡Esto es el Infierno!—dijo ella mentalmente, pensando que no estaba con Pitito.

Y de pronto llamaron a la puerta del reservado. Era el antiguo amante de Nené, el renombrado ganadero, que, armado de revólver, venía a provocar al coletudo. Pasada la ofuscación que los artículos de «El Cupletero» le causaran, el ganadero había decidido recuperar a su querida, y enterado de que se hallaba en aquel sitio almorzando con el «Macareno», venía dispuesto a hacer algo que asombrara a Se-

villa, tambalease la Giralda y encrespase el Guadalquivir. El «fenómeno» recibió la visita del ganadero gritando:

—¡Que pase ese tío, que lo voy a descabellar!

Y en seguida empezaron a cruzarse por el aire platos, botellas y cubiertos. Nené se desmayó, aconsejada por las circunstancias; los dos hombres salieron desafiados a la calle, y no tardaron en sonar dos o tres tiros que hicieron a Nené recobrar el conocimiento, abandonar precipitadamente el colmado, correr en busca de su madre y hermano y regresar más que de prisa a la villa del oso y el madroño.

Cuando llegaron a Madrid, al dirigirse por el paseo del Prado a la calle de Alcalá con dirección a su casa, vieron entorpecidos los alrededores de la plaza de Neptuno por los muchos carruajes que subían hacia la iglesia de los Jerónimos. En la esquina del Hotel Palace, un auto estuvo a punto de chocar con el coche de la preciosa cancionista, por una falsa maniobra del chofer. Los ocupantes del auto agresor eran unos muchachos aristócratas amigos de Nené, que al reconocer a la joven la hicieron señas para que detuviera su carruaje.

—Nené, Nené—dijo uno de los almibarados pollitos—, ¿ha leído usted «El Liberal» de esta mañana? ¿Qué drama es ése de Sevilla en que han tomado parte usted y el «Macareno»?... ¡Vaya un reclamo!, ¿eh?

—¡Creo que hasta hubo tiros!—añadió otro de ellos.

—La cosa no tuvo importancia—contestó la artista—. Si quieren ustedes venir a casa ahora, tomaremos una copita de algo y les contaré «la verdad» de lo ocurrido...

—Muchas gracias—respondió un tercero—; pero ahora no podemos.

—Vamos de boda—dijo el que había hablado primeramente.

—¿De boda? ¿Quién se casa?—interrogó Nené—. ¿Algún amiguito?

—Sí; un amiguito.

—¿Le conozco yo?—volvió a preguntar, curiosa, la artista.

—Sí—dijo el pollito, sin darle importancia a su respuesta—. Ahora a todos los de nuestra peña les ha dado por casarse. Hoy se casa Manolo Alvear y dentro de un mes, Guillermo Heredia...

A Nené estas palabras le causaron el efecto de un martillazo en la nuca. Quedóse unos instantes con la mirada vaga y sin poder hablar, como si una mano invisible la atenazara el cuello. El muchacho del auto, comprendiendo que había cometido una indiscreción, puesto que no ignoraba las antiguas relaciones de Pitito con Nené, se despidió azorado, dando orden al chofer de continuar la marcha a los Jerónimos, y la pobre Nené, totalmente abrumada, dejó caer sobre el respaldo de su asiento la perfumada cabecita, herida gravemente por la importancia de la terrible nueva. Al llegar a su domicilio, tuvo que guardar cama, y, con el rostro sepultado entre las almohadas, lloró con profunda pena, comprendiendo que sus amores con Guillermo Heredia habían terminado para siempre.

IV

COSAS DE ELLAS Y COSAS DE ELLOS

«Paloma de Segovia» iba a interpretar en el estudio de Sarabia sus próximas creaciones coreográficas, para las cuales le había confeccionado el afamado modisto un hilarante vestuario, bajo la dirección del dibujante de la casa, y aquel acontecimiento congregó una docena y media de invitados—pocos, pero bien avenidos—, a cuál más peripuesto y currutaco, en el hiperbólico salón de recibir del palacio de la moda, convertido provisionalmente en una camareta persa. Las oficialas de Sarabia, asesoradas por éste y el creador de elegancias, habían colgado a lo largo de las paredes varios metros de sedas floreadas, de vivísimos tonos, y los muebles habían desaparecido substituídos por un piano colocado en un extremo de la estancia y numerosos almohadones que se apilaban en el suelo como única solución de asiento para los «elegidos». Gran cantidad de flores prendidas caprichosamente en la parte superior de los cuadros, en los salientes de los balcones, en los marcos de las puertas y en los sitios menos indicados para el caso, perfumaban la atmósfera y completaban el decorado del salón, que no dejaba de ofrecer original aspecto, tocado de cierta excentricidad elegante y decorativa.

La fiesta había sido ideada por el dibujante y el modisto, dando como pretexto que se trataba de exaltar y homenajear la personalidad de «Paloma de Segovia», norte de la novísima estética coreográfica;

pero, en realidad, el falansterio se había convocado con vistas al reclamo.

A «Paloma de Segovia» le pareció de perlas la idea de una «premiére», porque así desmentiría oficialmente la aureola de tacaña que le habían creado los modistos madrileños, y de paso confirmaría ante un senado competente y escogido la perfección de su línea estatuaria, que durante la temporada anterior estuvo a punto de quebrarse por culpa de la excesiva alimentación de la «Paloma», criatura muy espiritual, pero que cuando se sentaba a la mesa dejaba en ridículo al propio Heliogábalo.

«Paloma de Segovia», si no estaba loca de remate, podía pasar impunemente por tal. Poseía un rostro fantástico de bacante en delirio algo contenida por las exigencias de los tiempos actuales, y entre el blancos esmaltado de los pómulos salientes y la tersura de la frente maquillada, ardían dos ojos negros hermosísimos, convenientemente pintados y agrandados por el kool, «que centelleaban como espadas», según tuvo la comodidad de descubrir Leo de Silva, un poeta que solía confundir el humo del puchero con el del pebetero de Cleopatra y que se había convertido en el cronista de cámara de la danzarina, agradecido a los biftecs que había devorado en complicidad con ella. En aquellos ojos felinos y diabólicos «temblaba—según Leo de Silva—el reflejo de muchos horizontes lejanos», la Caucasia, la Melanesia, Guadalajara, ¡quién sabe!, y «ardía el ancestral recuerdo del misterioso Oriente». ¡Oh! Tanta pirámide decrépita, tanta momia más o menos egipcia, tanto Buey Apis cabizbajo, tantas inscripciones indescifrables y tantas figuras con tortícolis, habían encendido en la perilustre viajera la llama de la danza arqueológica, jeroglífica y laberíntica.

El prestigio de «Paloma» estaba basado en que la mayor parte del público se quedaba verdaderamente a obscuras cuando ella se retiraba de la escena. La «Segovia» significaba la Demencia coreográfica y el Vértigo en ropas menores combinados con la Exasperación y el Truco; pero los espectadores que habían leído en los programas de los teatros donde actuaba la danzarina los versos de Leo de Silva—plagiados de Maeterlink—, asegurando que aquella barbiana evocaba a Osiris y a Cleopatra y que sus bailes habían estado de moda tres mil años antes de Jesucristo, en las regiones del Nilo, como no podían comprobarlo personalmente, optaban por declararse admirados para no sentar fama de ordinarios o de obtusos.

Psicológicamente, «Paloma de Segovia» ofrecía deliciosas y delicadas complicaciones, propias de la mujer que ha viajado y estudiado mucho y conoce la cuádruple raíz del principio de la razón eficiente, las teorías futuristas, la música ultramoderna, el cubismo, la hidroterapia y los discursos de Sánchez de Toca. Para «Paloma» nunca descendía el telón, y fuera de las tablas era la misma criatura inquietadora y peligrosa, toda fascinación, de la Muerte de Ase o la danza de los gnomos; maga del Bluff, sirena tormentosa y marrullera, reclamista insaciable y eterna forjadora de novelerías—como que había pedido su mano un «duque yanqui», que le habían robado treinta mil pesetas en batería de cocina o que había escrito un drama en colaboración con el presidente de la República chilena—; había sido retratada por casi todos los pintores españoles más prestigiosos, ya de frente, ya de perfil, en de cúbito supino o en cuclillas, para que no sucumbiese, claro está, el monumento de su belleza y sobreviviera para «in eternum» su solemne y herética expresión, sólo propia de los seres situados más allá del Bien, del Mal... y de la Muerte.

«Paloma de Segovia», cuyos vestidos de calle parecían retar a la fantasía más desbordante, presentóse en casa de Sarabia enjaezada con una especie de gualdrapa color azul horizonte, bordada en seda con todas la variantes de un arco iris angustioso y febril. Cubría su cabeza un penacho de plumas a la Feredica, que hubiera dicho su poeta de cámara, prendidas con un tenedor de la época de Luis XIV y unas tijeras del siglo XVI, y sobre sus torneados hombros habíase colocado algo que lo mismo podía ser una piel de leopardo, una casulla de sacerdote ortodoxo, o un refajo de la Pompadour, y que había motivado en algunas ocasiones conflictos callejeros en todo reñidos con el simbolismo coreográfico, con Grieg y con Ramsés I. Hizo su entrada en el salón portadora de un manguito de gasas, de un bolsillo, una caja de bombones, un abanico, una sombrilla y otros impedimentos que le prestaban toda la apariencia de una persona que se halla de mudanza.

Ya estaban agrupados en cónclaves parciales: la «Perla de Oriente», danzarina negra imitadora del género de «Paloma», que aprovechaba la coyuntura para ir a aprender algo; la resoplante Ofelia, opípara y maciza; la goyesca «Curra», asesorada por su prima «Berenice», «Arabela» y el hulano, que, como tenían dinero fresco, habían sido invitadas por Sarabia a ver si picaban el anzuelo y se encargaban algún traje; «Floria», una cupletera que si como artista no era maravillosa, en cambio como mujer era una preciosidad, custodiada por su celoso amante, el inevitable Leo de Silva, y algunos amigos de toda la confianza de Sarabia, lo que suponía que era conveniente desconfiar de ellos.

«Floria» era una morena subyugante, de distinguida familia coruñesa. A sus quince años pretendióla un muchacho poseedor de importante fortuna, y ella, gratamente impresionada por los miles de duros de su adorador, enamoróse de él y se casó con la cabeza llena de ilusiones. Pero después del matrimonio, la espléndida morena y su joven esposo dedicáronse a dilapidar la fortuna de él, y en pocos años pasaron marido y mujer de una opulencia fastuosa a la situación más angustiante. Como ella era bonita y había recibido una esmerada educación, dedicóse al teatro, aconsejada por la necesidad, y apareció como cancionista en el mundo del Varietés, donde fué muy bien acogida por su fragante juventud y su espléndida hermosura. Pero «Floria» no tenía condiciones para llegar a estrella, y las privaciones consiguientes—sus sueldos nunca eran elevados—variaron radicalmente en ella el concepto del deber. «Floria» se daba clara cuente de que guardándole fidelidad a su marido nunca conseguiría cimentar una posición. Era ambiciosa, amaba el lujo y comprendía que, claudicando ante sus nuevos pretendientes no carecería de nada, y su madre, su esposo y sus dos hijos cesarían de vivir precariamente. Pero al mismo tiempo alentaba en lo más íntimo de su ser un ansia loca y romántica por vivir una novela de amor que con su marido no había conocido. «Floria» era un temperamento poético, casi rayano en la cursilería; una pobre niña embriagada de irreales ensueños que, a nacer en 1840, se hubiera hinchado de beber vinagre. En 1917 limitábase a devorar cuantos libros de versos atrapaba y a soportar estoicamente en su corazón las luchas de su mente, sedienta de ideal, y las exigencias materiales de la vida doméstica. En su espíritu alocado combatían un ensueño violeta y la

cesta de la compra, una ilusión azul y el mango de la sartén.

En varios momentos había lanzado en presencia de su marido la teoría de que las artistas hermosas, aunque sean casadas, tienen un destino «especial», y tanto peor para el que no las comprende. «Cuando una mujer nace bonita, se debe a su siglo—añadía—; y cuando además tiene que exhibirse en un escenario, no hay que hacerla responsable de sus actos».

El marido de «Floria», joven aún, pero sin carrera ni habituado al trabajo, en razón de la brillante posición que ocupara, había delegado las riendas del gobierno de la casa en la mujer, y sólo se decía en su interior, como el marido del cuento: «Si «Floria» me engaña, que yo no lo sepa; y si lo sé, que no me importe.»

Las mujeres van siempre solas por el camino de su perdición. No hay que molestarse en conducirlas, porque serían capaces de retroceder, aunque sólo fuera por instinto de contradicción. «Floria», que era una de esas mujeres que van a caballo sobre su romanticismo, que era un volcán entre nieves, pero que vacilaba antes de echarlo todo a rodar cuando estaba a punto de entregarse a un pretendiente rico y generoso, tuvo la desgracia de tropezarse en el Colonial, lugar prosaico y sin claros de luna, con un hombre arrogante y zalamero, que estaba empezando a ejercer su recién terminada carrera de médico, e incurrió en la insensatez de enamorarse de él. Ya sabemos que la altivez de una mujer, mientras ella no se enamore, es una torre inaccesible; pero «Floria» se enamoró de su Román, y en pocos meses advirtió que las casadas más felices no son ciertamente las más fieles.

Para algunas mujeres, ser hermosa es poco sino se es amada, y ser amada no es nada si no se ama. Ella

adoró encarnizadamente a su Román, que la transportaba con sus conversaciones y sus sabias caricias a un metro y diez y seis centímetros de las regiones etéreas, y empezó a asombrarse en lo más hondo de su alma de que alguna vez también hubiera podido estar enamorada de su esposo. Porque ya es sabido que el primer amor de las mujeres es una ridícula aventura, de la cual luego se burlan con su segundo amante.

Y para admiración de la fauna del Varietés, «Floria», que por romanticismo y por orgullo no había dado el supremo traspiés con un pretendiente de dinero, lo dió con un muchacho que no podía regalarla otra cosa que algún bisturí o unas tijeras de la clínica de la Casa de Socorro en que él prestaba asistencia como meritorio.

Entre los cortinajes de un balcón del salón de Sarabia, «Floria», como una santa en su capilla, recibía la adoración de su Román y motivaba un comentario de la «Curra».

—¿Por qué no vamos a estimar a «Floria»? ¿Porque tiene un amante? Eso es lo que la redime de haber soportado durante cinco años un marido que ni siquiera es digno de ella, puesto que posee todas las vulgaridades y ninguna virtud, y que, en último caso, no ha hecho lo debido para evitar que ella se malease. Además, ¡qué diablo!—continuó, deseosa de escandalizar a sus oyentes—, la virtud ha pasado ya de moda. Ahora no hay una persona que no se ufane de haber inventado un vicio nuevo. La única mujer que todavía presume de tener... «eso» es Rosalina Maldonado, y todos convienen en que es una cursi insoportable.

—Es que hacer la felicidad de los demás, no es pecado cuando es sacrificio—interrumpió uno de los

presentes—; pero en cambio es pecado cuando ello nos proporciona un placer.

—¡Calle usted, hipócrita!—exclamó la «Curra» golpeando graciosamente con el abanico a quien había hablado—. «Floria» hace muy bien en buscarse una compensación a lo mucho que lleva rabiado como madre de familia... y como artista...

Perdida entre los tules vaporosos de un traje naranja adornado con mariposas de oro puestas sobre los senos, aterciopelados como melocotones, sonriendo divinamente sugestiva y aureolada por el oro de sus cabellos recogidos en la nuca y prendidos en un enhiesto moño que sobresalía de la cabeza, la «Curra» complacíase en poner de manifiesto una vez más su peregrino ingenio. La gentil tonadillera había aparecido en el Varietés en el crítico instante en que la plebeyez y el mal gusto se enseñoreaban de los escenarios. Las cupletistas estaban consideradas como bestias maléficas e inmundas, y salvas contadas excepciones, las que ostentaban la categoría de «estrellas» eran unas señoritas desprovistas de pudor y de sentido moral, que todas las noches dedicaban sus facultades artísticas a la busca, captura y muerte de una indiscreta pulga que solía importunarlas generalmente en la sesión de las once y media, y que servía de motivo a las interesadas para ofrecer al público un muestrario de las últimas novedades de ropa interior.

Pero con la irrupción de la «Curra» en el Varietés fueron desterradas las odiosas lentejuelas, los escotes pronunciados, los brazos desnudos, las pantorrillas a la intemperie y los cuplés libertinos. Se impuso la moda de las tonadillas goyescas de la exclusiva creación de la «Curra», las canciones escuchables por un auditorio femenino y selecto, los vestidos adecuados

a cada cuplé, los modales señoriles y cuanto contribuyese a dignificar el género. La «Curra» realizó el milagro de abrir las puertas de los teatros de género «serio» a las princesas del music-hall y estableció el patrón de la señorita ilustrada y honesta, consagrada al Varietés por irresistible vocación artística. La «Curra» supo hacer resaltar con su gran talento de mujer instruída la importancia de su virtud, el prestigio de su dinero y el encanto de su cultura. Claro que después vinieron las irremediables imitadoras, que convirtieron en grotesco lo que era admirable en la «Curra», y no faltaron muchachas que, como Rosalina Maldonado, a los veintisiete años, incurriera aún en la ridiculez de hablar de su «hooonor» y su «hooooonorabilidad».

En este particular, la «Curra» tuvo el buen gusto de evolucionar a tiempo y con tacto. Al cumplir los veinticinco años, ya no negaba a nadie que había corrido las aventuras imaginables en una mujer artista de corazón y de cerebro, y si bien en escena seguía cultivando su género frívolo, ameno e impecable, en su intimidad hacíase deliciosa por sus teorías avanzadas, expuestas en una forma ágil, ocurrente y desenfadada. Mantenía la afirmación de que cuando la mujer de teatro llega a cierta edad, no puede continuar esgrimiendo su virtud sin exponerse a la conmiseración pública, y su casa estaba abierta de par en par para toda persona de refinada sensibilidad y entusiasmos artísticos, que, sin ser libertina, tampoco fuese gazmoña. La «Curra» era llamada por las furcias «la cupletista intelectual»; pero para ella era un orgullo el remoquete.

Ahora la «Curra» había lanzado al teatro a su primita «Berenice», una ninfa de quince primaveras, lindísima, simpática y gentil que prometía alcanzar un

gran relieve como bailarina. Y era preciso ser todo lo satánicamente sugestiva como mujer y como mundana que la «Curra» era para no obscurecerse al lado de una tobillera diez años más joven, y dotada para el público y los amigos del atractivo de la novedad. Pero la «Curra» estaba tan segura de su belleza y de su talento, que no temía las competencias con su prima. La «Curra» sabía que si la contienda se entablaba, derrotaría a «Berenice», como venció en América a Carmela Reyes, cuya «tournée» por Buenos Aires fué desastrosa, debido a que el público estaba encariñado con la egregia tonadillera—digna continuadora de las majas y las duquesas de Goya—y rechazó las deplorables gitanerías de la cañí lucense.

La «Perla de Oriente», también conocida por la «Estatua de ébano», departía acaloradamente en un extremo del salón con «Arabela» y el hulano. La embetunada «Perla» rebosaba ira y despecho, porque un negro boxeador que había venido a la corte para luchar en público con campeones de lucha greco-romana, había osado ¡pedirla relaciones!

—¡Figúrese usted!—decía la «Perla» excitadísima—. ¡Hacer yo caso a un negro! ¿Por quién me habrá tomado a mí ese tipo?

—Pues, mire usted—contestaba la madre de «Arabela»—, si tiene dinero, no veo la razón de que usted lo rechace. Y aun de balde y todo, hay negros que no merecen ser rechazados. Yo no sé cómo será el de usted; pero yo conocí en Lisboa un negro de Abisinia que no lo hubiera cambiado por muchos blancos. Además, sabrá usted que los negros son todos muy fogosos y cuentan con muchos más alicientes para las mujeres que los hombres de acá. ¿Verdad, «Arabela»? Mire usted; mi niña, cuando actuó en Melilla, tuvo relacio-

nes con un negro... ¡ay, qué negro!, tan generoso y tan simpático, que no se arrepiente de haberse acostado con él. ¿No es cierto, hija mía?

A la «Perla de Oriente» no le convencían los argumentos del hulano, que defendía al negro—por innata vocación—con la misma vehemencia que si fuera parte interesada en el asunto, y cuando «Arabela» dejó solas a ambas mujeres, la pintoresca señora, que por cierto iba embutida en una especie de saco morado que la prestaba aspecto cardenalicio, volvió a preguntar a la danzarina negra:

—Dígame usted, «Perla»: ¿por qué se obstina usted en rechazar al boxeador? No sea usted así, mujer...

—¡Calle, señora, calle!—repetía nerviosa la interpelada—. ¿Yo, dormir con un negro? Antes me hacen harina.

La madre de «Arabela», que cuando tomaba por su cuenta un empeño no lo dejaba hasta salirse con «su idea», desvió la conversación sospéchando que tal vez la negra fuese una rústica en el terreno amoroso y que sólo concibiese el placer a la manera primitiva de Adán y Eva, no como lo entiende la gente de color, y peroró en este sentido:

—Mire usted, «Perla»; si hace veinte años me hubiesen dicho a mí cómo iban a estar los hombres hoy día, no lo hubiera creído. En mi tiempo, los hombres eran niños grandes que no tenían ni tanto así de malicia; ¡pero hoy!... El más inocente, cuando se queda a solas con una mujer, la pide el sol y la luna. Yo esto lo sé por «Arabela», porque mi niña no me oculta nada. Somos dos hermanas en vez de madre e hija, y, por tanto, puedo hablar con conocimiento de causa. En Barcelona tuvo ella un novio, dueño de una fábrica de embutidos, que como desprendido, lo era; pero, hija

mía, ¡costaba un trabajo sacarle el dinero!... El maldito la dijo la primera noche que tenía costumbre de no dormirse sin tomar un bocadillo en la cama. ¡También era manía! Y que tenía un verdadero interés en que mi niña se atracase de salchichón... Al principio, mi hija le dijo, naturalmente, que bueno, por no llevarle la contraria, pensando que el hombre querría presumir con la calidad de los productos de su fábrica; pero, hija mía, cuando mi chica se dió cuenta exacta de lo que había prometido, lloró, pataleó y se levantó de la cama jurando no volver a ver a aquel hombre. A la mañana siguiente, cuando ella me puso en autos de lo ocurrido, la calmé en lo posible y la recomendé que fuera obediente y transigiera con todo, pues el que paga tiene derecho a exigir. ¡Si viera usted qué bien la sentaron mis consejos! Ahora, mi niña no tiene que envidiar a la mujer más enterada. ¡Sabe de todo! Y puede ir donde vaya cualquiera de ellas, en la seguridad de que quedará mejor que ninguna. ¡Si lo sabré yo!... ¡Ay, «Perla»! Si usted rechaza al boxeador por sus caprichos, hace usted mal. La mujer moderna no debe asustarse de nada. ¡Adelante, siempre adelante! En amor, como en la guerra, estacionarse es retroceder. Ahora bien—concluyó el hulano—; si usted le ha rechazado por no estar de acuerdo en el precio, dígame usted dónde vive él y verá usted cómo todo puede arreglarse a gusto de los tres. ¡No sabe usted quién soy yo para formalizar asuntos! Le advierto que esto se lo propongo desinteresadamente; porque a mí, ¡Dios me libre de hacer ciertos papeles! ¡Soy muy joven aún para esas cosas!...

«Paloma de Segovia» interrumpió la interesante conversación surgiendo entre las cortinas de terciopelo negro del fondo, originalmente ataviada de india de

Ceylán; el maestro de la eximia danzarina sentóse ante el piano para interpretar una composición de Rubinstein, y todos los presentes guardaron silencio para seguir con atención el trabajo de la artista.

Solamente la «Curra», en voz muy baja, susurró al oído de uno de los amigos del modisto:

—Imposible negar que esta mujer está más loca que una cabra; pero tampoco se puede negar que a veces nos produce con su arte la impresión de algo que se sale de lo corriente. A mí la «Segovia» me gusta, porque su trabajo, aunque extravagante, no lo ha copiado de nadie.

Luego se internó francamente por el terreno de la mordacidad:

—Por cierto que, según ha dicho en los periódicos, piensa casarse con un duque yanqui, joven, hermoso, robusto y adinerado. ¡Qué ganga de hombre! Cuando una mujer encuentra un partido así, debe cerrar los ojos y aceptarlo en seguida, aunque sea como amante, no vaya a suceder que mientras se formaliza la boda salga otra y se lo lleve. Ya me estoy imaginando— prosiguió —las pruebas a que ella sometería al duque yanqui, antes de decidirse a aceptarle como esposo: «Mira, Fulanito, si quieres lograr mi mano, tienes que ponerte esta tarde unas calzupas amarillas que compré en el Afganistán, una chaquetilla de torero que me regaló Belmonte y un sombrero de teja que me llevé distraídamente de la última fonda en que me alojé en Burgos, y subido en el pescante de mi coche, vas a pasearme por Nueva York cantando la rumba mientras guías. Además, mañana mismo vas a desempeñarme una cazoleta de la época de los visigodos que me regaló Antonio de Hoyos y que la pignoré hace un mes para comprarme un corsé sílfide. «Por cierto que la

boda la celebrarán en el manicomio del doctor Esquerdo—concluyó la «Curra».

Después de aquella danza de india de Ceylán, «Paloma de Segovia», que poseía «alma de centauresa perdida en el bosque»—según opinión de Leo de Silva—, hizo una pantomima basada en pasajes de la Mitología griega, vestida con una túnica transparente como el agua y que justificaba la agresión de los faunos. Y finalizó su trabajo luciendo dos trajes más que causaron el general asombro por su fantasía y riqueza.

Sarabia, ataviado con un smoking rosa, y el dibujante, que ostentaba un frac celeste, se repartieron por el salón agrupando a los invitados en torno a unas mesitas que entraron las sirvientas, portadoras de golosinas y copas de champaña. El aquel momento llegaron «Heliana» y Guillermo Heredia, que se habían encontrado casualmente en la calle. Ella le había rogado que la acompañase a la fiesta del modisto, y el ex amante de Nené, siempre galante con las damas, la había complacido.

Ofelia, al verle, exacerbóse, profiriendo «in mente» contra él toda clase de recriminaciones.

—¡Qué hombre más cínico!—rumiaba la ex voluminosa jamona—. Se va a casar dentro de unos días; debía estar además preocupado por su ruptura con la pobre Nené, y como si nada de esto tuviera importancia, se viene a una fiesta con una grulla. ¡Eso sí que no! Lo que es a este pollo le estropeo la combinación. ¡Ya sé lo que tengo que hacer!...

La «Curra», que hablaba con Leo de Silva, le decía:

—Ustedes los poetas son hombres preciosos, ¡casi divinos!, que conmueven dulcemente al público y le obligan a sentir o desear, llorar o reir, amar u odiar a su capricho. Lo peor que pueden hacer con sus poe-

sías es dormirnos, y aun así, no dejan ustedes de ser encantadores, porque todos sabemos que el sueño es una cosa excelente:

Leo de Silva se mordió los labios contrariado, y dijo a la «Curra».

—Ahí está «Heliana». Es una gran admiradora de usted y dice que aunque en Buenos Aires le fué presentada, aquí en Madrid la ha retirado usted el saludo. ¿Por qué es eso?

—¡Oh!—protestó «la Curra»—, de ninguna manera. Es ella la que rehuye saludarme, temerosa, sin duda, de que yo deshaga la leyenda de sus fantásticos amoríos con un tigre de Bengala y exponga la verdad de su situación en América. Cuando yo la conocí en Mar del Plata, se decía en secreto que tenía tres amantes; pero una íntima amiga suya me lo desmintió, asegurando que el uno se había muerto, el otro estaba en la guerra y con el tercero estaba peleada. Positivamente se sabía que un viejo millonario era el encargado de sostener su lujoso tren. El viejo era uno de esos hombres que pasaron la juventud haciendo locuras y pasan la vejez afligiéndose por no poder hacerlas. Se empeñaba en patinar con ella públicamente, y una tarde le sorprendió en la pista su mujer, que armó el consiguiente escándalo. Sobrevino la ruptura; pero «Heliana» quedó poderosa y en disposición de continuar arruinando adoradores. Antes de irme yo de Buenos Aires, tenía un amiguito muy joven y acaudalado. Creo que esa bonita palidez de «Heliana» es debida al éter que toma. Es posible que ella me suponga capaz de contar todo esto a cualquiera. ¡Qué mal me conoce! Yo soy la mujer más discreta del mundo. Vamos a saludarla, para que vea usted que no soy yo quien la rehuye.

Los últimos rezagados, Gloria Luna y Paquito Alfayate, fueron recibidos con grandes muestras de regocijo por los contertulios de Sarabia.

Gloria Luna era una extraña mujer de edad imprecisable, con rostro de pilluelo y toda la anatomía de un chiquillo. Vestía en una forma excesivamente masculina, y con su gorro de colegial y sus viriles movimientos causaba la impresión de un efebo disfrazado de mujer. En cambio, Paquito Alfayate, alto, moreno, afeitadísimo, con las mejillas cubiertas de polvos, los labios pintados de rojo, su traje estrafalariamente femenil y sus modales afectados, parecía una virgen loca caracterizada de estudiante.

Paquito daba saltos aturdiendo a los presentes y causando la hilaridad de Guillermo. Se abrazaba a Leo de Silva para exclamar con voz aflautada:

—¡Ay!, no pensaba venir, porque hace dos días nada más que he llegado de Cádiz y estoy lo que se dice rendidito. ¡Qué bien lo he pasado allí! Auto, champaña, «toilette», alhajas, dinero, placer... de todo...

—¿Quién, quién? ¡Cuéntanos!—suplicó Leo de Silva—. ¿Alguna princesa? ¿Algún nabab?

—Secreto... secreto...—respondió el interrogado. Luego, adoptando una postura superelegante, preguntó:— ¿Cómo me encontráis, después de tres meses sin verme?

—Un poco más grueso—dijo un pollo.

—Pero no he perdido la línea, ¿verdad? ¿Sigo efebo?

—Sí, sí; completamente efebo—aseguró Silva para tranquilizarle.

—Está usted mejor que nunca—proclamó la madre de «Arabela», acariciándole jocosamente—. Yo no le negaría a usted nada.

—Señora—replicó cínicamente Paquito—, yo, en

cambio, se lo negaría a usted todo. Ha de saber que a mí no me gustan las mujeres más que vestidas por Sarabia. Y para eso... nada más que vestidas.

Y haciendo una complicada pirueta se separó del grupo para correr a los brazos del dibujante de la casa.

—¡Bribón, bribón! ¡Eres un bribonazo! He visto en los periódicos la caricatura mía y la de Gloria que has llevado a la Exposición de humoristas, y nunca te lo perdonaré. Eres un mal hombre, porque ni Gloria es tan marimacho como tú la sacaste, ni yo soy tan afeminado. Si se va a ver, ¿qué tengo yo de particular? ¿Que me pinto? Bueno. ¿Que me visto exagerado? Es cierto. ¿Que llevo demasiadas alhajas y que tengo unos modales llamativos? También es verdad. Pero fuera de esto, ¿qué tengo yo de extraordinario? Yo siempre he sido un buen amigo tuyo y no merecía ese pago. Me has buscado un disgusto con mi protector oficial, otro con mi amigo de corazón y otro con un joven que deseaba mi amistad.

Y levantaba la mano como implorando al cielo para que tintineasen las cuatro esclavas de oro que llevaba en la muñeca izquierda.

Gloria Luna, que se había sentado al lado de «Arabela» y sacaba de su petaca un cigarro de 0,50, un librillo de papel de cinco céntimos y una caja de cerillas de cocina, después de haber rehecho un pitillo y encenderlo, exclamó:

—Me figuro que ahora que estamos solos bailarán Paquito y Sarabia.

—¿Bailar yo?—dijo Paquito con gracioso e infantil fruncimiento de cejas—. ¡Eso sí que no! Eso, antes, cuando no estaba comprometido; pero ahora podría costarme un disgusto si se enterara el marqués

de Villamalo! ¡Con que siempre me está recomendando formalidad!... ¡Ay, no!...

—Vamos, Paquito—insistió la «Curra», que deseaba divertirse—; no se haga usted de rogar, y baile. Todos los que estamos somos de confianza. «Paloma», único punto negro del aquelarre, se acaba de marchar... Yo le acompañaré al piano.

Otras voces rogaron a Paquito que danzase, y Paquito contestó:

—¡Bueno!; lo haré por la «Curra».

El dueño de la casa ofreció a Paquito una bata de crespón color de rosa, le colocó una cinta de terciopelo en la cabeza, le prendió unas flores en las orejas y cuando la «Curra» empezó a tocar un tango muy flamenco, Paquito Alfayate, con un gran sentimiento artístico—según él—, pero que colmaba de regocijo interior a los presentes, empezó una serie de actitudes y movimientos arbitrarios, sin ritmo ni armonía, desdichada parodia de cuanto acababa de hacer «Paloma de Segovia».

Guillermo Heredia rugía de indignación, asegurando a «Heliana» y a la «Curra»:

—Os juro que como este tipo no acabe pronto, voy a salir a la antesala por mi bastón y le voy a moler las costillas.

—Ya se guardará usted muy bien de hacer eso—objetó la «Curra»—. Parece usted un Isidro. Estas cosas son muy interesantes, y ninguna persona culta debe horrorizarse ante ellas. En París es el plato del día. Las personas «bien», ya no nos descomponemos ante estas palpitaciones de la decadencia. Estos son los inconvenientes de los civilizados. Los negros de Abisinia no celebran «soirées» como éstas, precisamente porque son negros y porque están en Abisinia. Res-

petemos las debilidades ajenas, para que respeten las nuestras. Si el baile de Paquito le fastidia, se va usted, pero sin previo alboroto. Eso sería impropio de un muchacho «chic» como usted...

Guillermo no se atrevió a replicar a la «Curra» en su ética de super-hembra, y cuando oyó que Paquito iba a bailar una matchicha con el dueño de la casa, se dispuso a presenciar el espectáculo con indiferencia.

Sarabia se había puesto otra bata de seda azul ajustada por una faja que ceñía su abundante grupa, digna del homenaje de Vasconcellos; Paquito despojóse de sus cuatro pulseras de oro, que dejó sobre una mesa de te, y la jocunda matchicha dió comienzo para regodeo de la concurrencia.

Guillermo Heredia preguntó al oído de la «Curra»:

—¿Pero qué es esto? ¿Estamos en Lesbos, o en Sodoma?

—En Roma, en Roma—contestó la «Curra».

—¡Esto es horrible—exclamó la madre de «Arabela» acercándose a los interlocutores, sobreexcitada repentinamente—. ¡No se encuentra un hombre ni por equivocación! Todos los chicos que han venido hoy son «invertebrados».

—¡Bah, bah!—exclamó la «Curra»—. Siempre le queda a usted el recurso de desquitarse cuando salga a la calle. Aparte de que está usted en un error. Guillermo Heredia no es sospechoso. Ande usted con él. Y si él se resiste, reanude usted la conquista de Paquito.

—Déjeme usted a mí de fachas. Ese niño parece una confitera endeble, y yo necesito un panadero recio, que a ser posible venga con la pala del horno.

—¡Mamá, por Dios!—interrumpió «Arabela», que la había escuchado—. ¡No digas ferocidades! ¡Si te oyese el pobre papá!...

—No me hables del sinvergüenza de tu padre, por que me pondrás de mal humor. Más valía que antes de morirse se hubiera casado conmigo, o cuando menos te hubiera reconocido.

—¡Sí que hacías tú méritos!—respondió la chica velando por el honor paternal—. ¡Cada día le ponías mayores cuernos!

—Porque no funcionaba—dijo cínicamente el hulano.

—Tú no tenías en cuenta que era un viejo coronel retirado.

—Por eso tenía yo que recurrir a un teniente en activo.

A la terminación de la matchicha, Sarabia y Paquito iniciaron una disputa:

—Cada día bailas peor, Paquito.

—El que no sabe ni mover los pies, eres tú.

—¡Ya quisieras hacerlo como yo!

—¿Como tú? ¡Si pareces una furcia del Madrileño!

—¡Adiós, éste! ¡Ni que fueras la «Argentinita»!

—Lo que tú tienes es envidia.

—¿Envidia yo a un pellejo como tú?

—¿Yo, pellejo?

Y ni cortos ni perezosos, Paquito y el modisto se acometieron fieramente rodando por el suelo. Las damas se inquietaron, los caballeros dedicáronse a pacificar los ánimos de ambos beligerantes, y lo que amenazaba convertirse en «campo de Bramante»—según frase del hulano—tornó a ser Arcadia feliz. En la contienda, una mesa con servicio de te se vino abajo, destrozando la vajilla; el simbólico busto del Dante cayó al suelo con estrépito, y alguna que otra falda femenina se rasgó.

Gloria Luna fumaba impávida tagarninas de 0,10

céntimos; la «Curra» chillaba ebria de entusiasmo ante el giro que tomaba la fiesta, y el dibujante se desvivía por conjurar el conflicto.

Realmente, la ofensiva no podía durar mucho tiempo, y a los cinco minutos Paquito y Luis Sarabia platicaban amigablemente, como si nada hubiera sucedido, ante una bandeja de pasteles.

—¿Quieren ustedes una yema? ¿Un bizcocho borracho?—preguntaba el dibujante a la madre de «Arabela» y a la «Curra»—. ¿Qué traería yo para agradarlas?

—¡Traiga usted un negro! No hay como los hombres para animar las reuniones.

—¿Un hombre?—interrumpió la «Curra»—. Eso sería demasiado poco. Para eso es preferible que continúe usted sola.

—¡Ay!—suspiró el hulano, a quien el champaña había enloquecido—. ¡Yo con uno robusto y resistente me conformaba!

—¡Eso es, y a las demás que nos parta un rayo!—gritó «Heliana».

—Amigos míos—dijo la «Curra» melancólica—, piden ustedes gollerías. Si en esta casa hubiera lo que ustedes desean, lo guardaría Sarabia para él.

De improviso, Paquito, que había recobrado su disfraz masculino, preguntó intrigado:

—¿Y mis esclavas de oro? ¿Dónde están?

—Tú sabrás dónde las dejaste—indicó el modisto.

—Las puse aquí—replicó Paquito levantándose—, encima de esta mesa; pero han desaparecido.

—No, hombre—insistió Sarabia—. Búscalas bien.

—Ya las estoy buscando, y no parecen. ¡Ah, mis pulseras! ¡De oro macizo! ¡Regalo del Marqués de

Villamalo! ¡Cada una tiene veinticinco duros de peso! ¡No saldré de aquí sin ellas! ¡No, no y no!

—Paquito, no seas insolente—suplicó el dueño de la casa—; estás ofendiendo a la concurrencia.

Pero el pseudo-hombre, que no encontraba sus esclavas por más que las buscaba, rugió colérico:

—¡En qué guarida me he metido, santo Dios? ¡Aquí las buenas alhajas desaparecen como por encanto! ¡Ah, mis esclavas de oro!...

—¡Qué atrocidad!—exclamó «Heliana»—. Pues no se apura poco este hombre, o lo que sea, porque ha perdido cuatro esclavas de veinticinco duros. ¡Yo perdí en Buenos Aires un viejo que valía muchos miles de pesos, y no me afligí tanto!...

—Mira, Paquito—dijo Sarabia ante el rumbo que tomaban las cosas—; cállate, y mañana, si no han aparecido, yo te regalaré quinientas pesetas para que te compres otras.

Ante aquella promesa, Paquito enjugó unas lágrimas y no volvió a hablar más de la dichosa pérdida, a la cual no era ajena la madre de «Arabela».

En aquel mismo instante, las cortinas de la puerta de entrada se descorrieron y apareció Nené acompañada de Ofelia, que había ido en busca de su amiga para ponerla frente a Guillermo.

Hubo en todos los presentes un gesto de ansiedad; quedó Pitito pálido e inmóvil, y la «Curra» turbó la violencia de la situación adelantándose hacia la recién llegada para besarla con mimo apasionado:

—Reina mía—exclamó la «Curra»—, sólo tú faltabas en este concurso de beldades. ¿Cómo tan tarde, chiquilla? Te has perdido lo mejor.

—No—contestó quedamente Nené—. Lo mejor continua aquí, y me lo llevaré yo.

Saludó a todos los elegidos, parlamentó breves instantes con Sarabia, y después, acercándose serenamente a Guillermo, murmuró:

—He venido por ti. Tenemos que hablar. Abajo está el auto. Así es que si no quieres que te haga una escena, vamos a irnos cuanto antes.

Guillermo Heredia, persuadido de que Nené cumpliría su palabra, optó por despedirse de la concurrencia en evitación de posibles disturbios, y salió acompañando a su ex amante en medio de la consiguiente expectación.

La «Curra» quiso poner de manifiesto una vez más su peregrino ingenio, y exclamó dirigiéndose a los presentes:

—No me explico por qué esta muchacha se obstina en querer reconstruir un idilio que está completamente muerto y en retener a un hombre que dentro de cuatro semanas pertenecerá a otra mujer.

Y luego, con voz dulcísima, irónica y piadosa, cantó en el centro del salón:

Agua que no has de beber,
déjala correr,
déjala correr...

V

LA ÚLTIMA NOCHE DE DON JUAN

Ya solos en el auto, Nené, apretando contra su pecho el brazo de Guillermo, exclamó, procurando revestirse de serenidad:

—¡Vamos, que ya estarás satisfecho de tí mismo! ¡Qué tranquilo dormirás después de lo que me has hecho!...

—Mira, Nené—la interrumpió Pitito—; comprenderás que ésta no es la ocasión más a propósito para ponerse a discutir lo que no tiene remedio. Esto tenía forzosamente que pasar un día u otro, y ese día ha llegado. ¿Qué le vamos a hacer? Tú considera que yo venía haciendo un papel demasiado ridículo, y lo mejor ha sido cortar por lo sano y acabar de una vez, para evitarnos disgustos.

—¡Ah!—dijo ella, razonando sensatamente, acaso por primera vez en su vida—. ¿De modo que hasta que tú no has empezado a hacer un papel ridículo y a tener quebraderos de cabeza no has pensado en cortar por lo sano? Y cuando yo estaba en ridículo por tu causa y sufría disgustos tan grandes o mayores que los tuyos, ¿por qué no se te ocurrió aliviar mi situación con la ruptura? Mientras se trataba de tu conveniencia, ¿qué importaba que yo perdiese lo que he perdido? Ha sido preciso que empezaras a sufrir algunos contratiempos por mi causa, para que pensaras en renunciar a nuestro amor. Es decir, que yo por ti lo he aguantado todo, todo, todo, y tú por mí no has querido perder ni siquiera un poquito. Tú has dispuesto a tu capricho de mis intereses, mis derechos y mi vida, y en cambio no me crees merecedora del menor sacrificio de tu parte. Ha bastado un disgusto con tu familia para que no vacilaras en abandonarme, aun sabiendo las lágrimas que tu conducta me iba a costar.

—Bueno, niña—rogó Pitito—; haz el favor de bajar la voz, porque el chofer no necesita enterarse de que tú eres una histérica que no se aviene a razones.

—Y tú, ¿qué eres?—preguntó ella irritada—. Un sinvergüenza, un canalla y un mal hombre.

—Todas decís lo mismo, y en cambio no hay manera de que nos dejéis en paz. Si soy un sinvergüenza, y un canalla, y un mal hombre, ¿por qué te empeñas en no separarte de mí?

—¡Porque no puedo!—proclamó ella heroica—. ¡Porque ya es tarde!...

—No lo creas, mujer. Hay unos versos que dicen:

Para volver al bien en esta vida
cualquier momento es el supremo instante.

—Todo eso es poesía, poesía y poesía... La realidad es otra cosa, y la realidad me dice que no me puedo pasar sin ti.

—Tú eres una tontuela sin sentido común. ¿No comprendes que lo que te conviene ahora es dejar de pensar en mí, y en prepararte una «tournée» por provincias que te distraiga? Tú estás muy guapa aún; pero ya vas a cumplir los treinta años. No te conviene perder el tiempo en amoríos que no van a producirte una peseta. ¡Cuánto mejor no sería que te echaras un querido rico que te hinchase de brillantes!

—Yo no necesito brillantes. A mí no me hace falta nada más que tú.

—¿Y te parece poco? Yo no podía continuar contigo, porque todo el mundo andaba diciendo por ahí que tú eras una chulona y yo tu macarrón.

—Bueno, ¿y qué? A mí me tiene sin cuidado lo que diga la gente.

—Pues a mí, no.

—Porque eres un egoísta.

—No, soy un hombre que se debe a su familia y al honor del apellido.

—Muy bonito. Antes de la campaña de «El Cupletero», no te importaba que por todo Madrid se repitiese lo que luego puso Cadórniga en su periódico, que no lo leen más que cuatro gatos.

—Eso crees tú. Lo han leído personas serias que me han hecho comprender la necesidad de sacrificarme en aras de las conveniencias sociales.

—¡Qué bien hablas hoy! ¿De dónde has sacado esos términos? ¡Ni tú tienes dignidad, ni la has tenido en tu vida!

—¡Pero, hijita—replicó Guillermo, dando a sus palabras un acento humorístico—, si para hacer lo que nosotros hacíamos no era indispensable la dignidad! ¿Acaso la has tenido tú conmigo?

Después de una breve pausa, en que ambos se recriminaron con los ojos a la luz de una farola de gas, Nené afirmó nerviosa:

—Bueno, mira, ¿sabes lo que te digo? Que a pesar de los pesares, tú y yo no podemos romper. Te permito que te cases...

—Muchas gracias—interrumpió él.

—Pero júrame por tu madre—prosiguió Nené—que después de casado nos seguiremos viendo.

—¡Pero, mujer!—protestó Guillermo, bromeando para no indignarse—, ¿cómo voy a hacerte un juramento tan estúpido?

Ella quedóse un instante pensativa, y concluyó patética:

—¿De modo que no hay arreglo posible?

—No, hijita. ¡Si no puede haberlo!...

—Entonces, ¿no volveré a verte?

—Como no vuelvas a cazarme al alimón con Ofe-

lia, como hoy, me parece que no. Ahora, que yo estoy seguro de que esto se te pasará. Al principio te ocasionará unos días de inquietud; pero luego, tú misma te avergonzarás de haber estado tan ciega por mi persona.

Pero Nené ya no le oía. Había roto a llorar angustiosamente, y con el rostro cubierto por el pañuelo que enjugaba sus lágrimas, sollozó:

—¡Dios mío de mi vida! ¿Qué me habrá dado a mí este hombre para que yo le quiera tanto? ¿Por qué habré puesto mi cariño en quien no lo merece?...

—¡Prima que has sido!—respondió él, que trataba por todos los medios de alejar la parte dramática de la situación.

—¡Es verdad!—afirmó ella con voz entrecortada—. He sido una prima. Pero voy a decirte una cosa: que tú no serás para mí, pero para otra mujer, ¡tampoco has de serlo!

—Cálmate, Nené; no seas chiquilla, y cesa ya de decir tonterías. Y sécate esas lágrimas, no vayan a creerse los que nos vean que te estoy matando.

—¡No creerían más que la verdad!—dijo ella con arranque—. ¡Nunca pensé que tú pudieras ser tan malo para mí!...

Y permaneció largo rato en silencio, llorando acongojada. Guillermo Heredia, conmovido accidentalmente por las lágrimas de Nené, careció de valor para seguir rechazándola, y cogiéndola una de las manos, profirió, dulcificando el tono de la voz:

—Bueno, anda, cállate; no llores más: ¿qué quieres?

—¿Que qué quiero?—preguntó ella con viveza—. ¡Te quiero a ti!

—Pero, mujer, si ya te he dicho antes que eso no puede ser. Sosiégate, no me descompongas, y si eres

buena, te prometo que iré a verte a tu casa antes de casarme.

—¡Hoy!—exclamó ella, gozosa.

—Hoy no puedo—replicó él.

—Sí, hoy, hoy—repitió ella, ilusionada—. Hoy ya no te escapas de mi lado. Ya sé que me estás engañando y que cuando nos separemos volverás a rechazarme nuevamente; pero por lo menos esta noche te secuestro. Ven a casa a comer conmigo.

—Pero, criatura, ¿no comprendes que tiene que ser muy violento para mí volver a tu casa después de lo que ha pasado entre los dos?

—¡Si no ha pasado nada!—contestó ella, deseando allanar dificultades—. Mira, tú entras en casa como si todo hubiera sido un sueño... y nada... Ya verás qué alegría tendrán todos al verte... Ven... ¡Tengo tantas cosas que decirte!...

—Me las figuro...

El, por quitársela de encima y comprendiendo que el Destino había dispuesto encadenarle por aquella noche a su ex amante, dejóse enternecer por los ardientes ruegos de la joven, y una hora después se hallaba comiendo en casa de Nené en compañía de la familia de la artista.

La ex frutera, que estaba encantada con la fuga del aristócrata, al verle retornar no pudo reprimir una mueca de desagrado, y Angelito tampoco le hizo un recibimiento muy afectuoso. En cuanto a Pilarín, fué la única que por razones particulares exteriorizó su satisfacción.

La comida deslizóse bastante aburrida, no obstante los esfuerzos que por animarla realizaron Pilarín y Nené, y después de servido el café, la pequeña hizo funcionar el gramófono, para que bailasen su madre y

Guillermito. Luego, la nena puso un disco cantado por Carmela Reyes, porque toda la parentela de Nené gozaba lo indecible profiriendo graves insultos a la gitana cuando su voz salía de la bocina. Y según iba avanzando la música, todos a coro injuriaban a la Reyes, que, naturalmente, no podía contestar y seguía implacable su canción.

Pitito bailó luego un chotis con la nena, y balanceándose indolentemente acordóse de los felices ratos que había gozado con la chiquilla. Aquel recuerdo le hizo murmurar al oído de Pilarín, estremecido:

—¡Qué ganas tengo de volver a tenerte desnuda entre mis brazos!...

Nené, que estaba impaciente por hallarse a solas con su adorado tormento, procedió a disolver la tertulia, invitando a Guillermo a seguirla a su alcoba.

—¡Mujer, qué cosas tienes! ¿Cómo voy a pasar aquí la noche?

—Pues pasándola. De aquí no sales hasta mañana al medio día.

Guillermo transigió y empezó a desnudarse enardecido por la radiante hermosura de Nené, que le aguardaba en el lecho apenas envuelta por la dulce caricia de una camisa de encaje.

Los senos de la artista ya caían más de lo debido por obra de los años; pero ella sabía disimular aquel defecto recargando el escote de puntillas rizadas y de lazos de seda, que, velando misteriosamente las turgencias, realzaban su encanto.

Pronto, sobre la violácea tonalidad de las telas que decoraban la alcoba, destacóse la rosada desnudez de Pitito, hermoso y altivo como un Lauzun, adorable tirano de anchos hombros, muslos redondos y cintura flexible. Nené contemplaba embelesada la carne

fresca y dura de Pitito, sus armoniosos brazos, su pecho de gladiador, su cuello fino y ágil y cuanto en él había de virilmente grandioso. La contemplación del apetitoso muchacho producíala un mareo inexplicable, y sin poder dominarse, exclamó:

—¡Pitito, mira que si no vienes pronto, no respondo de mí!

Guillermo cayó sobre la cama, y Nené lo estrujó ansiosamente contra su pecho, con esa avidez de las mujeres que creían perdido al hombre muy amado y deseado y al fin lo recuperan. El la besó con apasionamiento, y luego, al levantarla la camisa y aparecer, alumbrada por la luz de la lámpara del techo, la joya más preciosa de Nené, él no logró dominar su instinto y la besó rabiosamente, como si quisiera despedirse de ella para siempre.

Nené experimentó todas las gradaciones del placer amoroso durante más de una hora, y cuando creía que todo había acabado, Pitito deslizó al oído una pretensión que a ella le hizo contestar sin asombro ni indignación:

—¡Qué golfo eres! ¿Tú te has creído que yo soy Rosalina Maldonado?

Pero él, insinuante y zalamero, se abalanzó sobre ella y con increíble destreza realizó su capricho, que fué para Nené un encanto inesperado.

Mientras la besaba ardientemente en la nuca, Pitito pensó en cuán gratas sensaciones le proporcionaba el amor de Nené, y a punto estuvo de formalizar con ella un contrato de posesión vitalicia; pero sobrevenido el espasmo y satisfecha la ansiedad de la carne, el aristócrata reflexionó en lo muchísimo más conveniente que era para él consagrarse a su futura esposa, que aportaba al matrimonio una gran fortuna y que

por su belleza no tenía nada que envidiar a Nené. Así que, cuando ella quedó rendida y adormilada, él la miró compasivamente, murmurando para sus adentros:

—¡Cuándo te verás en otra!... ¡Lo que es mañana, como no venga Vasconcellos!...

Porque todo el amor obsesionado y absorbente del aristócrata por la artista había desaparecido ante la conveniencia de él. Su egoísmo le hacía renunciar sin sufrimiento alguno al amor de la joven y a las caricias de la tierna Pilarín.

En aquel momento, creyó oir unos pasos medrosos en el corredor; pasos de alguien que sin duda se había detenido ante la alcoba sin decidirse a abrir la puerta. Guillermo permaneció indeciso unos segundos; pero en seguida se repuso y, envolviéndose en el kimono, salió al pasillo. Detrás de la puerta estaba Pilarín, en camisa, que le suplicaba silencio, poniéndose un dedo en la boca.

Aquel encuentro le obligó a apagar la luz de la alcoba de Nené, que dormía profundamente, y con gran cautela dirigióse, guiado por la nena, a la habitación de ésta.

La chiquilla, después de hacerle los reproches correspondientes, abandonóse en brazos de Guillermo, ávida de satisfacer un deseo excitado por la contemplación de los excesos de éste con Nené. Entregóse nuevamente a él con la docilidad y el estoicismo de anteriores veces, y Pitito, aunque se creía agotado, vió que aun disponía de recursos para aplacar la hirviente sensualidad de una chiquilla enardecida.

Cuando volvió a la alcoba de Nené, no había ella interrumpido su sueño, y él se acostó tranquilamente, sin despertarla...

Y se quedó dormido tarareando mentalmente un fado portugués que era todo un poema de ironía y de oportunidad.

VI

VARIOS ASTRÓNOMOS PREDICEN EL ECLIPSE DE LA ESTRELLA

¡Pero qué bien aprovechada estaba aquella mesa del café Colonial!...

En una esquina, la mamá de las «Trianitas», bailarinas gitanas recién llegadas de un cabaret de París, acompañada de Rosario, la menor; después, «Arabela» con su madre, y en frente de ellas, Ofelia, la ex jamona desengañada y aburrida, con Felisa, la celestina que, disfrazada de viosa, prestaba sus servicios en un importante music-hall de la corte.

En el argot teatral, la «viosa» es una mujer que ayuda a las artistas de varietés en sus transformaciones; pero Felisa, que era una mujer de más de treinta años, delgaducha, morena y enlutada, había complicado su cargo con las difíciles tareas de la heroína de Rojas. Era una mujer que, según decían sus enemigos, habíase casado para enviudar, pues su marido falleció durante la luna de miel, y mientras cambiaba de vestido a una «divette», en el diminuto tocador improvisado entre bastidores, la viosa, burlando la vigilancia de mamás, novios o amantes, proponía a la interesada toda clase de inteligencias «non sanctas» con el diputado X o con el marqués de H, que solían retribuir cumplidamente a la simpática alcahueta

por sus importantes menesteres. Felisa estaba en contubernio oficial con el jefe de los acomodadores del teatro—con el cual emprendía el camino de su casa al final de la función—; pero esto no era óbice para que ella se encontrara en constante ebullición, y todas las noches, cuando cruzaba los pasillos o el interior del escenario tan frecuentado por autores, periodistas y amigos de la Empresa, sabía componérselas para rozarse, restregarse o incrustarse con cuantos fueran de su agrado, que eran no pocos de los concurrentes. Ahora, Felisa acompañaba a Ofelia en calidad de rodrigón, y se hallaba encargada de proporcionarle jóvenes guapos e insolventes, o viejos feos y generosos, y bien sabe Dios con qué pericia y buena voluntad realizaba su misión la incandescente viosa, celestina ilustre, que en el río revuelto de las aventuras artísticas siempre solía pescar algún que otro pellizco y achuchón, amén de lo que cazaba su mano-anzuelo, que no era grano de anís, ciertamente.

Bajo la luz esplendorosa de los focos, reproduciéndose en los grandes espejos, aquellas seis personas se agrupaban fraternalmente en torno a las respectivas consumaciones para chismorrear de cosas y cosillas del Varietés español, y era el hulano, la madre de «Arabela», quien llevaba la voz cantante, pues tratándose de averiguar vidas ajenas y comentar sus actos conocidos, nadie la aventajaba.

—Ya he visto ayer—dijo, dirigiéndose a Ofelia—a su antiguo amor con su futura esposa.

—¡Ah, sí?—exclamó la ex gorda con indiferencia.

—Iban por la calle de Alcalá, acompañados del padre de la novia. Ella es una muchacha muy bonita y con todos los alicientes de una honradez de verdad; pero yo, hombre, no la cambiaría por usted.

Ofelia contestó con una sonrisa de agradecimiento, e instintivamente coqueteó con la Ofelia reflejada en la luna del espejo.

La voluminosa rubia había desaparecido, cediendo paso a una nueva Ofelia bellísima y razonablemente delgada. Ahora el rostro de la rejuvenecida artista disfrutaba de un óvalo perfecto; su cintura había adquirido una flexibilidad digna de competir con la de las palmeras del oasis, y todo en ella respiraba frescura y nitidez. Ofelia no representaba arriba de veinticuatro años, y al recuperar la línea y el aspecto juvenil, podía ufanarse de ser una de las muñecas más bonitas del arte. Aquella noche estaba regiamente endiamantada y vestida con «chic» insuperable. La madre de «Arabela» no mentía al deshojar ante el ex bólido la rosa de su admiración.

A la sugestiva Ofelia, la enunciación del nombre de su ex amante no la produjo el clásico escalofrío. Afortunadamente, se había curado de aquel amor, y ya el Wágner del Varietés no agitaba su espíritu. La madre de «Arabela», que contaba con suscitar una conversación amena, al ver la displicencia con que Ofelia acogía sus palabras, cambió de asunto, encauzándola por otros derroteros.

—Sabrán ustedes—afirmó agitando el brazo izquierdo para que tintineasen las cuatro esclavas de oro de Paquito Alfayate, sustraídas por el hulano en casa de Sarabia—que «Coralito» ya no habla con ese periodista gigantón que la acompañaba antes. Resulta que a ella la pretendía un catalán muy rico, y él, por darle achares, se ha puesto en relaciones con «Paloma de Segovia». ¡Qué suerte tiene ese hombre! ¿Qué las dará, Dios mío?

—Yo creo—interrumpió Ofelia—que sus triunfos

son debidos a que, como tiene ese tipazo tan flamenco, las mujeres le hacen cara para hartarse de macho.

—¡Ay, déjeme usted de hombres grandes!—protestó el hulano—. Yo, en vida de mi esposo, conocí a un amigo suyo que no cabía por esa puerta, y, sin embargo, a la hora de la verdad había que buscarle la gracia con un alfiler, como a los caracoles. A mí denme ustedes un pajarillo que cante, mejor que un loro que no digo nada.

—Señora—exclamó la mamá de las «Trianitas»—, misté que si ar periodista ése, con la estatura que tié, le da por cantá bien, debe de sé como para morirse de gusto.

—¡Qué atrocidad! ¡Qué sicalíptico está el patio!—dijo «Arabela» sonriendo—. Si de eso habláis las mamás, ¿de qué hablaremos las niñas?

—Las niñas de hoy día—aseguró el hulano—no tenéis salero para hablar de nada.

—Ni siquiera pa camelá a los hombres—añadió la mamá de las «Trianitas—. Dígamelo osté a mí, que tengo dos hijas que son dos esaborisiones, más parás que los postes der telégrafo.

Luego, la misma gitana, atacando voraz el cuarto bocadillo de jamón, prosiguió atropelladamente, dirigiéndose a la viosa:

—Misté, no es porque yo lo diga, pero con mi hija la mayó se puén ganar los duros a puñaos, porque mi Rafaela, a más de sé una niña presiosa, es una mujé de un talento colosá; ahora, que es una criatura que nesesita que tó se lo den hecho. Misté: cuando llegamos a París, éstas causaron furó, pero un verdadero furó. Pos güeno; tos los miyonarios empesaron a camelá a las niñas con biyetes de Banco. Y misté que tié grasia; presisamente la mayó, que es la que no

iba mosita, enganchó un tío que... güeno... ¿pa qué le vi a contá a osté? ¡La hinchó de brillantes! Pero ¿sabe osté quién atrapó ar manús aqué? ¡Pues yo mismita! Y tuve que metérselo a Rafaela poco menos que en la cama; porque eya, como es tan poco, no se atrevía ni a mirarle.

Después de una corta pausa, la mamá de las «Trianitas» lamentóse dolorida ante sus compañeros de asamblea de la insensatez de su hija Rosarito, chica lsin pizca de vergüenza, dignidad ni experiencia de a vida, que seguía rechazando, como en París, ventajosos partidos, prendada del «Percebe», un bailador cañí que la había herido en lo más hondo y la tenía «totarmente enmariscá».

—¡Vamos, madre; calle osté!—profirió la «Trianita».

—¡Paese mentira que diga osté que es un güen partío un malange como el de mi hermana, que ersige que se bañe tos los días! ¡Como si eso fuera tan nesesario! ¡Y tó por unas cochinas pesetas! Lo que es yo, picaíllo me hasían antes que dormí con un tío que se lava más que los calamares. A mí deme osté un hombre como el «Persebe». ¡Olé! ¡Eso sí que es un gachó! Mu flamenco, que güele a vino, y a tabaco, y a mujeres, y que chamuya calorré como los güenos. Pero no el tipo de mi hermana Rafaela, que sólo se ocupa de si una se lava o no se lava...

—Sí—contestó la madre rascándose la cabeza, con ese gesto deseperado tan peculiar en las gitanas—; el «Persebe» será mu flamenco; pero no tié dos ochavos.

—¿Y qué farta le hase, estando yo pa ganarlo. Además—añadió, retadora, Rosario—, me gusta, y s'acabó...

—Pero, ¿veis ustedes? ¿Veis ustedes?—exclamó, irritada, la madre, dirigiéndose a sus contertulios—.

¿Cómo voy a prosperá con esta hija, que podría tené los hombres ricos a dosenas y ha perdío la chaveta por ese mardesío? Premita la Virgen de la Macarena que te se indigeste ese «Persebe», pá que no le queen más ganas de arrimarse a tu vera...

—Pero, señora—observó la pintada Ofelia—, deje usted a la chica que se arrime a quien le guste. Si es feliz con ese hombre, pues... ¡andando!

—¿Felís?—gruñó la gitana—. ¡Si la arrea cá palisa que la ensiende er pelo! Y además, es un tío que la come toíto lo que gana. Pero, en fin, ella se ha emburrao con él, y ésta tié que verse lo mismo que Nené.

¡Nené! Hubo un corto silencio, y la preciosa cancionista, evocada por la gitana, se apareció a los contertulios envejecida y arruinada moralmente a los treinta años por la pasión de Guillermito Heredia.

A raiz del suceso de Sevilla, el cartel de Nené artista dió otra subida formidable: los empresarios la ofrecieron contratos más fantásticos que los que la encumbraron, y en las revistas ilustradas volvieron sus retratos a aparecer triunfales. ¡Nené, protagonista de una escena de amor, justamente con el torero predilecto del público! ¡Qué motivo tan natural para no trabajar menos de quinientas pesetas diarias! Hasta un agente de París la ofreció una «tournée» por América del Norte en condiciones verdaderamente excepcionales.

Pero la boda de Pitito la había traspasado el corazón, y trabajaba sin ningún entusiasmo. ¿Qué la importaba el homenaje del monstruo de las cien mil cabezas, si entre ellas no estaba la cabeza idolatrada? Y una gran melancolía empezó a dominarla, que fué degenerando en tristeza incurable.

¿Para qué le servían su belleza y su arte, si nada de

esto le proporcionaba la reconquista del muñeco apetecido, que la última noche que yació con ella la prometió volver a verla antes y después de casado y no había cumplido su palabra? Este pensamiento la irritaba, porque no hay nada que irrite tanto a un tirano como reconocer su impotencia para dominar a un rebelde.

A los tres meses de la nueva inteligencia con el torero «intelectual», fué éste despedido con carácter irrevocable, pues todos sus afanes por distraer a la Romero resultaban estériles. Nené se aburría al lado del coletudo, como al lado de cualquiera otro que la cortejase. Rescindió algunos contratos y se encerró en su casa, negándose a recibir visitas. Recluyó a Pilarín nuevamente en el colegio, para que no presenciase el espectáculo de su desesperación, y su única obsesión era esperar a Pitito, aunque nunca llegaba, y se iba a paseos y teatros sólo «por verle». Pero nada conseguía, porque Guillermo Heredia y su mujer continuaban su viaje de novios por Italia y Suiza, sin pensar en volver por Madrid antes de dos años. Y la impaciencia, el desencanto y el furor—que de todo había en el corazón de la gentil Nené—empezaron a marcar profunda huella en la artista: su rostro empezó a marchitarse prematuramente; sus espaldas se doblaban, robando gentileza al talle, y una expresión de dolor contenido y de resignada desesperación prestaron a la joven interesante aspecto.

Pitito era su constante ensueño, la llama que alumbraba su deseo de vivir y el talismán que la encendía de voluptuosidad. Encerrada con los retratos de su amante, se pasaba los días enteros en el gabinete, besando furiosamente la adoraba imagen y entregándose a toda suerte de extravagantes caprichos. Algu-

nos días se metía en el cuarto de la «toilette», y después de bañarse y perfumarse se ponía su mejor ropa interior y se vestía con el más elegante de sus trajes, como en las noches en que él iba a venir a comer con ella; luego pasaba a su gabinete y mantenía en voz alta conversación con un Pitito invisible que la arrullaba con ternura; y cuando ella, fatigada de coquetear ante el espejo y de charlar con él, se desnudaba enteramente, dejábase caer en el lecho, apagaba la luz y, como si estuviera acostada con Guillermo, su cuerpo estremecíase ondulado por el goce más intenso. Nené, creyendo ser gozada por Pitito, se gozaba a sí misma, y esto la deparaba un enervante consuelo.

Otras veces, cogía el pijama que usaba Guillermo en los dichosos y lejanos días de su idilio y lo estrujaba contra sí, aspirando convulsivamente el olor de aquellas ropas usadas por su amante. No había querido lavar el mantelito de encaje que una tarde manchara Pitito de café durante una merienda íntima, y aquella prenda servía, como el pijama, de instrumento de deleite. Todo cuanto le hablase de Pitito—un bibelot, la pitillera, la almohada, unos libros que le pertenecieron, un pañuelo olvidado, etc.—era besado por ella incesantemente ante el asombro de la madre y el hermano, que se burlaban de Nené y contaban sus excentricidades en «pública subasta», según la popular expresión de la antigua frutera, para curar a su hija de tan lamentable obsesión. Pero no consiguieron ni siquiera obligarla a volver al teatro o a tomar un nuevo amante, cosas que habrían contribuído a distraerla. Felisa, la viosa genial y esclarecida interventora, había fracasado en cuantos intentos llevó a cabo cerca de Nené para presentarla adinerados pretendientes, porque la artista vivía para, con, de, en, por, sin, sobre, tras Pitito.

Mas al año de la boda del joven aristócrata, después de haberse puesto en ridículo ante la cofradía del Varietés español, gastada por aquellos excesos perpetrados en la soledad de su alcoba, Nené contrajo una terrible enfermedad. Al principio, manifestóse por una gran debilidad que la enervaba y la roía, transformándola en una mujer más seca y diminuta; los ojos se le hundían circundados por ojeras azules en la amarillenta palidez del rostro; las sienes acentuaban sus concavidades, haciendo resaltar la frente deprimida, y sus ademanes eran todos de una rigidez de autómata. Los médicos no le decían el nombre de la enfermedad—originada por un espantoso reblandecimiento de la médula—, que no parecía sino que la había machacado los huesos dejándola sin fuerzas ni flexibilidad; luego su sensibilidad fué paralizándose cada vez más, al igual que su organismo, y Nené asistió fríamente a su propia catástrofe.

Algunas veces—por consejo de su madre—consultaba a una adivinadora, que le decía: «Curarás». Pero al verse en el espejo lívida y demacrada, y ver entre las sábanas del lecho sus piernas delgadísimas, sus caderas salientes, sus brazos esqueléticos y los huesos del cuerpo marcándose bajo la piel tirante, exclamaba desconsolada: «¡No hay remedio!» Entonces agachaba la cabeza y rompía a llorar, o desahogaba a gritos su desesperación, rebelándose contra el Destino. Aquel cuerpo que durante un año había estado ansioso de una voluptuosidad que no volvía y que se había destrozado por un excesivo desgaste medular, ahora se deshacía convertido en un fantasma viviente que causaba el estupor de cuantos lo veían.

Nené arrastraba una vida ficticia, hecha de convulsiones, de frenesí, de resistencia y de amargura; pero ella lo aguantaba todo: las noches de congoja, los vahidos, las náuseas o los dolores de huesos cuando intentaba mover bruscamente un miembro, procurando velar los estragos de su dolencia con aguas químicas, cosméticos, colorete y demás artificios de tocador, segura de que la presencia de Guillermo bastaría a curarla y devolverla a sus brillantes y pasados esplendores. Mas Pitito continuaba por Italia y Suiza, y Nené envejecía implacablemente, causando la impresión de una mujer enferma de más de cuarenta años. De aquella Nené bella, fragante y juvenil, quedaba un espectro amarillento y rígido, en cuyo rostro estucado las sonrisas parecían muecas y los ojos sin luz se consumían bajo el azul obscuro de los párpados. Trataba de disimular los súbitos desfallecimientos, los escalofríos de la espalda y la opresión del pecho, que a veces la sobrecogían, y hacía esfuerzos sobrehumanos para no prorrumpir en agudos alaridos.

Una noche, en un acceso de horror, destrozó con los dientes los encajes de las sábanas, se levantó febril del lecho y empezó a romper muebles, echando espumarajos por la boca y repitiendo con un estertor desesperado: «¡No quiero morir! ¡No quiero morir!»

Pero ella misma se mataba abismándose en el recuerdo de su amor por Pitito, sin hacer caso de los sanos consejos de su madre, de Angelito y de Ofelia, a quien el renunciamiento al amor del maestro Ros había hermoseado y rejuvenecido para enseñanza de Nené. La cancionista increpaba a todos, negándose a escucharlos cuando la recomendaban calma y reflexión, como único medio de curar una enfermedad cuyo origen era esencialmente moral, y contestaba siempre

con el mismo argumento: ¿acaso no procuró ella consolarse de la ausencia de Pitito en los brazos del «fenómeno», que la adoraba con amor empalagoso y absorbente? Pero la compañía del torero la abrumaba, y al acostarse con él, su roce le causaba una repugnancia aterradora. Era un sacrificio para ella dejarse acariciar por un hombre que no la interesaba carnal ni espiritualmente, existiendo otro que la tenía «secuestrada». Nené, en complicidad con Guillermo, hubiera sido muy capaz de mantener amistad amorosa con seis adoradores diferentes, porque el amor del aristócrata la deparaba una tranquilidad moral y corporal favorables al caso; pero sin él, Nené no quería los besos ni las caricias de nadie. Y renunció al amor del ganadero y al del coleta, a pesar de ser ambos generosos, y renunció a otros pretendientes no menos confortables y lustrosos que Pitito; porque ella no quería más amor que el de Guillermo, aquel amor amasado con lágrimas, pero amor al fin...

Todos estos detalles de la existencia de Nené fueron sabrosamente comentados en aquella mesita del café Colonial por tan pintorescos asiduos, astrónomos fisgones del firmamento del Varietés, que después de numerosas disquisiciones sobre planetas y constelaciones, estuvieron conformes en reconocer que muy pronto el fulgor de la genial estrella se apagaría para siempre, si Dios no hacía un milagro que salvase a la joven...

¡Pobre Nené!...

EPÍLOGO

LA ILUSIÓN QUE SE HA PERDIDO

Una mañana, la ex frutera preguntó en los pasillos al doctor, más impaciente que afligida:

—Dígame, don Antonio, ¿cómo estamos?

—La verdad es...—contestó el médico, encendiendo un cigarrillo—que como Dios no haga un milagro...

—¿De modo que Nené...?

—Se queda usted sin ella, sí, señora; no puedo decirle cuándo; pero se muere.

—¿Y cuándo, cuándo?—volvió a preguntar, ansiosa, la madre de la joven.

—¡Oh, eso es muy difícil de decir! Igual puede durar un par de meses, que morirse mañana: depende de la resistencia de la enferma.

En aquel momento, llegó Ofelia de la calle. La ex jamona, tranquila y consolada, solía venir diariamente a acompañar a su amiga, procurando aliviarla del aburrimiento de la enfermedad con su charla vaga y amena. La delirante Ofelia se había curado por completo del amor del maestro, debido a los filosóficos consejos de Felisa, la viosa. ¡Buena gana de andar pasando malos ratos por un hombre, habiendo tantos en el mundo! Además, su «prestigio» de artista la creaba numerosos admiradores, que por hacer con ella lo mismo que el maestro aun la obsequiaban con brillantes. Decididamente, la viosa tenía razón: las mujeres que sufren bajo el yugo de los malditos hombres, es porque ellas quieren. Si la «Pamperita», en lugar de dejarse sojuzgar por su padre, lo arrojara de casa, puesto que era mayor de edad, mejor pelo echaría; si «Mary del Mar» abandonase al sinvergüenza del marido que la explotaba inicuamente, no pasaría los apuros que pasaba; si la «Ideal Nena» se hubiera sacudido a los perdidos de sus hijos, se evitaría el tener que andar cantando la pulga a los cuarenta y cuatro años para mantener a sus retoños. La misma Ofelia, ¿no recobró la calma y el sosiego en el instante de dejar de pensar en el maestro Ros? ¡Ah, los malditos hombres! Es que la mayor parte de las veces son las propias mujeres las que se complacen sirviéndoles de esclavas. Necesitan el chulo opresor que las golpee y las explote; el hermano borracho y jugador que viva a expensas de ellas; el padre sin pudor o el marido sin decoro que las maneje caprichosamente, como si se tratara de muñecas. Por un mal entendido cariño y un equivocado concepto de la obediencia o la piedad, prefieren vivir mártires a rebelarse contra sus tiranos. Existe firmemente arraigada la creencia de que el hombre es «señor» y la mujer «sierva», y se someten resignadamente a ellos y se reducen a todo vasallaje, cuando tan fácil les sería declararse independientes y buscarse, como pudieran, una dicha que al lado de determinados individuos saben que nunca tendrán. Y su único recurso es quejarse contra el Destino y abominar entre ellas de los malditos hombres, sin los cuales, naturalmente, no quieren ni pueden pasarse.

Ofelia entró en la alcoba de Nené, y después de abrazar a la enferma, que yacía en el lecho con su mirada de idiota fija en el vacío, le dijo suspirando cariñosa, para engañarla piadosamente:

—He visto al médico en el pasillo, y me ha dicho que te encuentra muy mejorada.

—¿Sí?—exclamó Nené con voz apagada—. Y luego sonriendo, con la tonta cortedad de una niña pequeña, añadió:—¿De modo que podré curarme?

—¡Claro, mujer! ¡Qué cosas tienes!...—respondió la oxigenada rubia.

—¡Ay, qué alegría me das, Ofelia!—dijo Nené, queriendo palmotear sin conseguirlo—. ¡Me duele tanto la cabeza... y el cuerpo... y los brazos... y el cuello... ¡Qué gusto! Entonces volveré a trabajar en Romea...

Hizo un terrible esfuerzo de memoria, y reuniendo palabras que no significaban nada, quiso cantar con voz quebrada y ronca, que era más bien un estertor. Pero en seguida tuvo que callar, porque no recordaba su cuplé, que moría en la garganta ahogado por los sollozos. Desplomóse sobre la almohada con la boca desmesuradamente abierta, y tartajeó en un susurro:

—¡No puede ser!... ¡No puede ser!... ¡Ofelia, yo me muero!...

—¡Mujer, qué cosas dices!...—exclamó Ofelia, emocionada—. ¿Morirte así, tan joven?... ¡Calla!... No digas tonterías... Tú curarás dentro de poco tiempo y volverás a ser la Nené de siempre... No pienses en cosas tristes... Distráete... Ayer me dijo Perico Mora que quería venir a hacerte un rato de compañía. ¿Le recibirías?

—¡Psh!... Que venga...—respondió Nené—; se encontrará con mi cadáver.

—¿Ves como no quieres curarte?—advirtió Ofelia con aire de reproche—. Eres una criatura imposible. Calla, y duerme...

Una hora después, salía Ofelia, aprovechando el sueño de Nené, para avisar a Pedro Mora, que, sabedor del grave estado de su antigua amada, quería verla a todo trance. La madre de la joven bajó con ella, porque iba a ver si era verdad una «grandiosa liquidación de ropa blanca», cuyo anuncio había leído en «El Liberal». Y a los pocos momentos, Nené se despertó sobrecogida por un miedo horroroso que la invadió súbitamente. Vióse en la alcoba sola, casi a obscuras, y lanzando un grito de terror se incorporó para llamar al timbre.

Pero la faltaron las fuerzas y volvió a desplomarse rígida y esquelética, llena de sortijas, que brillaban en sus manos exangües como último detalle de su coquetería. Al grito de Nené se presentó Angelito, que, acercándose al lecho, contempló a su hermana dominada por el sudor de la agonía; su vista se extraviaba y la boca se contraía horriblemente...

—Nené... soy yo... ¿Por qué gritabas?—preguntó Angelito—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás peor?

Pero la joven no contestó, y únicamente hizo ademán de estrechar las manos del hermano, como si pretendiera despedirse de él. Angelito, sumamente inquieto por el aspecto de Nené, la abrazó con ternura; luego, al estrechar las manos de la enferma, observó que las sortijas le bailaban en los dedos, y con gran suavidad le quitó un solitario y una lanzadera. Mas no lo hizo con tanta destreza que ella, a pesar de su desfallecimiento, no lo advirtiese. Abriendo enormemente los ojos, con voz que casi era un estertor, exclamó la moribunda:

—¡Angelito!... ¿Qué has hecho?...

El no pudo contener un ligero estremecimiento y estuvo a punto de restituir a la agonizante las alha-

jas robadas; pero, después de una corta vacilación, optó por llamar a la criada.

—¡Juana, Juana! Venga usted, que la señorita se muere...

Aquella frase brutal aumentó el sufrimiento de la joven, que, por completo enloquecida y desorbitada, entró en franco delirio.

—¡Ladrón!... ¡Ladrón!... ¡Me ha robado Angelito mis sortijas!... ¡Mamá, que no se vaya!...—Y luego, mientras Angel, despavorido, salía de la alcoba:—¡Guillermo, Pitito, ¿qué haces que no vienes? Esta noche cenaremos en Parisiana... Juana, tráeme el vestido azul... Mamá, que vayan por Pitito...

Las últimas fuerzas de aquel cuerpo, estrujado como un limón por la enfermedad, se juntaron en aquella hora, que parecía iba a ser la postrera, y Nené, en un esfuerzo trágico, logró sentarse en el lecho. Había perdido la vista, pero en su imaginación desfilaron mezcladas las visiones más lúbricas y horripilantes. En su delirio interrogaba a las tinieblas, como si buscara entre ellas a Guillermo, y cuando trataba de incorporarse del todo, volvía a caer profiriendo gritos de dolor. Ante el estupor de la criada, que, espantada, no se atrevía a acercarse a la moribunda, Nené levantaba las sábanas con sus brazos esqueléticos, que se movían con rigidez de autómata, como si pretendiera abandonar el lecho.

Fatigada por los esfuerzos realizados, Nené cayó en la cama pesadamente, cuando en la alcoba penetró Perico Mora, seguido de Ofelia.

—¡Chist!... ¡chist!...—suplicó la criada—. No hagan ruido... La señorita está agonizando.

En su estertor, la joven repetía:

—Guillermo... Guillermito... ¿Estás ahí?...

Ofelia, aproximándose al lecho, murmuró:

—Nené... Nené... ¿Me oyes? ... ¡Mira quién está aquí!...

—¡Guillermo!... ¿Es mi Guillermo?...—preguntó ella tenuemente, con vidriosa mirada.

Ofelia careció de valor para contestar negativamente a su amiga, y en un momento de lucidez tuvo una idea piadosa y genial:

—Sí; Nené... Oye... es Guillermo... aquí le tienes...

Cogió las manos a Perico Mora para ponérselas entre las de Nené, y obligó al escritor a besar a la joven. Entonces el rostro de la cancionista pareció inundarse de alegría y felicidad, y besando débilmente el rostro de Perico, sollozó:

—¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz soy!... ¡Cuánto has tardado! ¡Bésame tú!... ¡Así! ¿Me quieres, Guillermito?

Luego, de la boca entreabierta de la artista salió un ronquido extraño y quedó exánime, como si hubiera dejado de existir.

Ofelia, Mora y la criada no pudieron contener sus lágrimas, y lloraron los tres silenciosamente ante Nené, desventurada criatura a quien su familia, en aquellas horas crueles, había abandonado...

Cuando la ex frutera llegó de la famosa tienda en liquidación, donde había efectuado compras importantes, y encontró a su hija rígida sobre el lecho y con el cabello esparcido, acompañada de Perico y Ofelia, que lloraban, intensamente pálidos, creyó, como ellos, que la joven había pasado a mejor vida.

—¡Pobrecilla!—dijo—. ¡Sí que es raro! ¡Yo la daba aún tres días de vida!

En un rincón de la estancia, Ofelia, que enjugaba sus lágrimas, dijo a Perico Mora:

—¡Pobre Nené! ¡Y pensar que esta chica es una

víctima de los malditos hombres!...—Y añadió luego, filosófica:—Por supuesto, no es la primera...

—¡Ni será la última!—añadió el escritor—. Hubiera bastado un poco de piedad y un cariño sincero a tiempo para evitar que esta chiquilla cayese al fondo del abismo; pero entre unos y otros han labrado su ruina. ¡Y si, al menos, su «caso» sirviera a ellas de ejemplo!...

Afortunadamente, Nené no sucumbió, como sus familiares y el médico creyeron. Después de unas semanas en que la vida de la artista estuvo a punto de extinguirse como una lámpara por falta de aceite, la ciencia consiguió arrebatar a la Muerte aquella víctima del amor.

Nené fué recluída en un sanatorio, donde permaneció una larga temporada asistida por Pilarín, y transcurridos los dos años de la boda de Pitito, al abandonar la casa de salud que la fortaleció física y espiritualmente, no volvió a acordarse más de aquella traición que estuvo a punto de costarle la vida.

Una noche, la cancionista se cruzó con Pitito en una de las escaleras del escenario de Romea, y como son tan estrechas, el joven tuvo que apartarse para cederla el paso.

Ambos se miraron frente a frente sin la menor emoción, como si únicamente se conocieran de vista y nunca el lazo de una pasión absorbente y dominadora los hubiese enardecido. Luego, a la conclusión del espectáculo, volvieron a encontrarse en la puerta del camerino de la estrella, y ni siquiera sintieron la necesidad de cambiar la palabra.

Ella se limitó a asombrarse de haber podido estar tan rendidamente enamorada de aquel petimetre, y

hasta sintió vergüenza de haber estado a punto de morir por un hombre que ya no le inspiraba el menor interés. Le miró fría e indiferente, y cuando él, al pasar cerca de ella, la rozó sin querer con un brazo, no experimentó la más leve impresión.

Y tal vez estribase la razón de su glacial indiferencia en que, como decía muy bien Perico Mora, el corazón de la mujer de teatro no pasa de ser un órgano como la mano, el pie u otro cualquiera, sin el cual se puede vivir perfectamente, una vez amputado. O en que, como decía el estribillo de la canción que Nené había popularizado en Romea:

El río vuelve a su cauce,
la golondrina a su nido;
¡pero al corazón no vuelve
la ilusión que se ha perdido!...

FIN

INDICE

PRIMERA PARTE

	Pags.
I.—Una estrella sin rabo.....	3
II.—Aparece el rabo de la estrella.....	16
III.—Nuevas amenidades de Nené.....	26
IV.—Dos buenas amigas hablan mal de los hombres.....	33

SEGUNDA PARTE

I.—La estrella con rabo se considera muy dichosa.....	53
II.—La sombra de Esquilo hace su aparición..	66
III.—Inesperada «reprise» de la guerra de Troya.	74
IV.—La estrella se percata de que pierde brillo.	88
V.—Silenciosa tragedia de una flor deshojada.	96

TERCERA PARTE

I.—Un bólido magnífico amenaza con dar un estallido sentimental.....	113
II.—Tres Gracias modernas fraguan una desgracia.....	123

Págs.

III.—La estrella advierte que se queda sin rabo. 138
IV.—Cosas de ellas y cosas de ellos..... 150
V.—La última noche de Don Juan..... 172
VI.—Varios astrónomos predicen el eclipse de la estrella 181

EPÍLOGO

La ilusión que se ha perdido..... 192